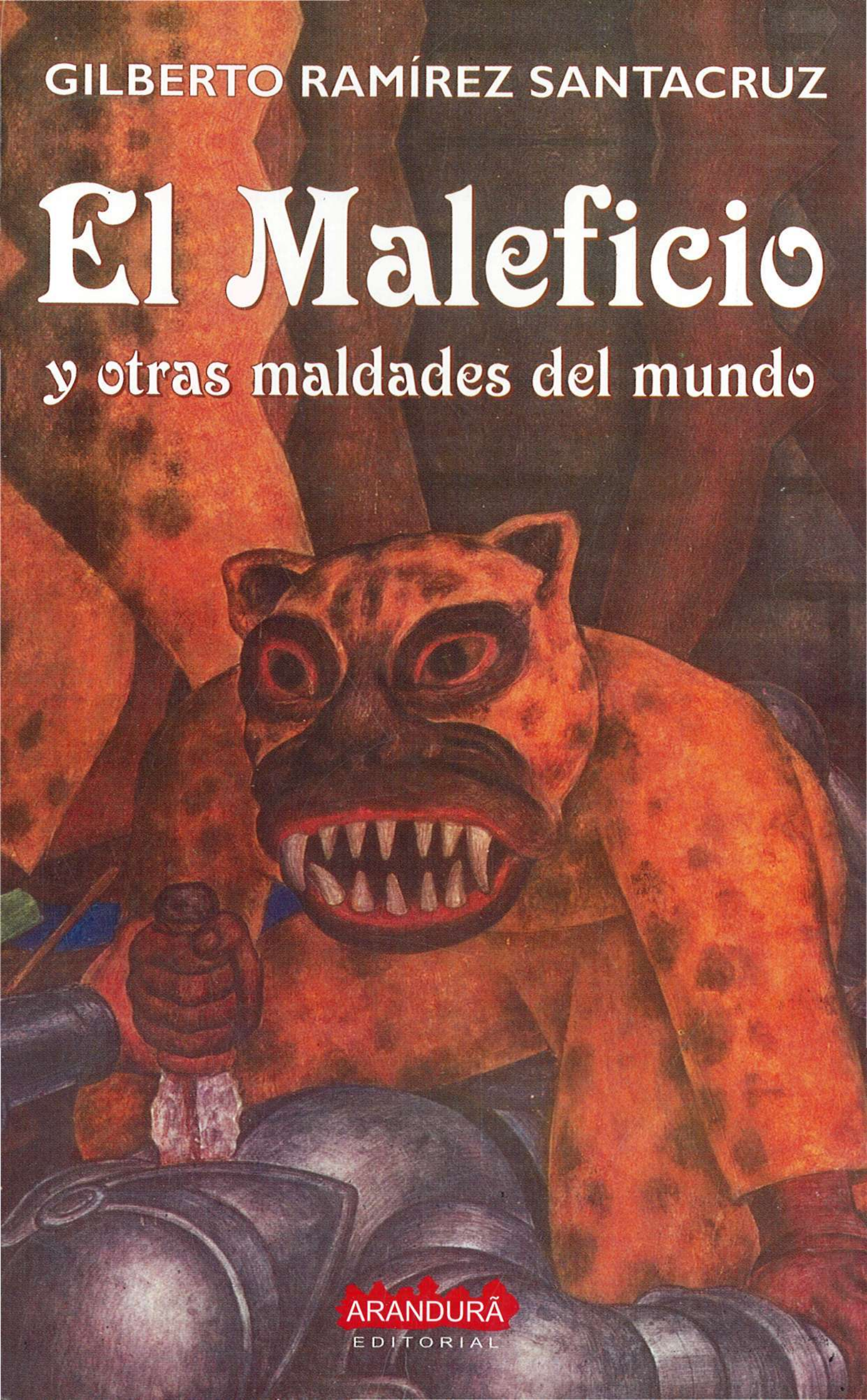
GILBERTO RAMÍREZ SANTACRUZ

El Maleficio

y otras maldades del mundo



ARANDURÃ
EDITORIAL

GILBERTO RAMÍREZ SANTACRUZ

El Maleficio

y otras maldades del mundo

ARANDURÃ
EDITORIAL

Ilustración de tapa: dibujo de Diego Rivera (fragmento).
Diseño de tapa: Graciela Galizia

© Gilberto Ramírez Santacruz
gilbertoramirezsantacruz@yahoo.com.ar
© Arandurã Editorial
Tte. Fariña 884.
Telefax (595 21) 214 295
e-mail: arandura@telesuf.com.py
www.arandura.pyglobal.com
Asunción-Paraguay

Queda hecho el depósito que establece la Ley.
ISBN

El libro esencial,
el único libro verdadero,
un escritor no tiene que inventarlo,
en el sentido corriente, puesto que
ya existe en cada uno de nosotros,
sino traducirlo. El deber y la tarea
de un escritor son sobre todo
los de un traductor.

Marcel Proust

Índice

El relator 7
Laconia 15
La fobia 17
El maleficio 19
El desatino 33
La salud de Cristo 35
El día que los niños dejaron de jugar 37
Esopo y la dialéctica 47
La riña 49
El gran soñador 55
El fútbol según Palanca 57
Con el alma herida 71
Ofertas del paraíso 75
Trasnochados 81
El tren que partió un día y no volvió nunca más 85
El paseo del sabio 95
El oyente 97
El celador 111
Apología de Diógenes 113
Con tactos 123
El arte de llorar 125
El refutador 129
La horca 159
La batalla semántica 163
El parco 165

El relato*

Cuando se escribe
se debe tratar de no artificializar
la naturaleza de los asuntos,
sino de naturalizar lo artificioso
de las palabras.

Augusto Roa Bastos

Después de escuchar decir a uno de los mayores artífices de las palabras y las letras que la literatura para él siempre fue un juego, entendido el juego como uno de los ejercicios serios y nobles que una persona puede realizar con placer y vocación, tanto como lector y como autor. Y Borges es, sin dudas, uno de los mayores expertos en la construcción de un poema, en la urdimbre de un cuento y hasta en la elaboración de un ensayo para convertirlos en el vehículo maravilloso de un sentimiento, un episodio y hecho reelaborado o elucubrado, una idea filosófica en clave de metáforas y una destreza admirable, casi artesanal, para abordar y bordar su escritura que lo convierte con y en toda su obra en un relator lúdico y sabio.

En realidad, para mí todo es relato.

Sólo que hasta el momento nunca se me había presentado la necesidad de explicar o reflexionar de cómo construyo yo mi relato. Y como el mundo y la vida están hechos de relatos, uno naturalmente también elabora y cuenta su propio relato. Pero debo reconocer que la afición a los relatos me vino o me quedó como herencia de mis abuelas, que en las noches de mi infancia campesina, mientras con-

templábamos el cielo de estrellerías, entre narraciones de casos y sucedidos, nos descifraban los astros y satélites del firmamento. Y había mencionado a Borges, a propósito, como una constatación de mi aprendizaje, bien lejos de los libros pero muy cerca del arte de contar.

En ocasión de recibir el Premio Nobel, José Saramago habló de todo cuanto aprendió de sus abuelos sabios y aclaró que ellos eran analfabetos. Como la mayoría de los campesinos de entonces, mis abuelas también eran analfabetas pero conmovedoramente sabias en materia de la vida y en el arte de la subsistencia. Históricamente, ellas fueron las primeras generaciones después del genocidio que resultó la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay, que arrasó con todo y en especial contra la incipiente industria y las "escuelas de la patria", célebres por haber erradicado el analfabetismo en nuestro país ya en 1825, reconocido hasta por los propios detractores del dictador Rodríguez de Francia que gobernaba entonces. Mis abuelas formaban parte de esa población mayoritariamente de mujeres que había quedado después de la guerra y compartían un hombre entre muchas. Tal vez por eso nunca conocí a mis abuelos pero sí un tendal de tíos, tías, primos y primas en todos los grados que se pueda imaginar.

Ustedes se preguntarán qué tiene que ver mi relato familiar con la construcción de un relato literario. Yo me estoy haciendo la misma pregunta, sin embargo la clave de mis relatos está en esta circunstancia y realidad de mis abuelas que llenaban sus vidas de interminables historias y relatos graves. Sumado al analfabetismo heredaron también la cultura autóctona o indígena en su mestizaje directo, donde el legado guaraní se caracteriza esencialmente por su oralidad y en la cual la palabra constituye el don

supremo, a tal punto de significar el mismo fundamento del ser y del alma. La palabra como origen de todo, con una interpretación estirada algo cercano a aquello de que "primero fue el verbo".

Y como en todas las culturas, el relato presentado como mito o génesis ha dejado como una matriz en nuestra mente para interpretar el mundo y la vida en general. Entonces, la forma de contar o el arte del relato conforma el estilo aprehendido en la infancia, en mi caso, la historia por descubrir gracias a las palabras elegidas del relator que revelarán finalmente la incógnita de un misterio o la causa o razón de un hecho o sucedido. En la narración o relación en todos los casos la expectativa es constante, la tensión permanente, el suspenso como atmósfera y el desenlace inminente como un borde resbaladizo del acantilado más peligroso.

Y a la distancia me doy cuenta de que lo que atrapaba en los relatos de mis abuelas no eran los hechos trágicos de las guerras, revoluciones y episodios pasionales que vivenciaron ni las experiencias sobrenaturales de genios y duendes de los mitos guaraníes, sino la forma estudiada y construida del relato para despertar interés y así aliviar el paso de las largas siestas y noches calurosas en el pueblo olvidado por el tiempo. Se sobreponían a su desgracia y adoptaban un discurso y una voz que disparaban innumerables historias como desde una trinchera de resistencia de la vida y su optimismo que desafiaba todo presagio y estadística.

Las dos abuelas, además de saber esquilar las ovejas, fabricar de la lana las hebras y tejer a mano y en los telares, y cuando hablaban demostraban la misma habilidad y delicadeza para variar los tonos de la voz y agregar, con un silencio repentino, el suspenso a la historia. Comenzaban a hablar de pronto, sin decir que iban a contar algo, sino des-

cribiendo un lugar o un momento de la noche, pero enseguida uno quedaba expectante y ya no podía dejar de escuchar y seguir el hilo de la narración. Contaban la historia como pelando una cebolla, en cada capa o vuelta del asunto se iba vislumbrando cada vez más el núcleo o corazón del relato.

Y yo digo que aprendí de mis abuelas el arte de contar. Cuento mis historias de una forma que pretende atrapar al lector y conducirlo dentro de un brete que, inexorablemente, desembocará en la sorpresa que uno se propuso al iniciar el relato. Se elige una historia para contar, luego se reúnen las palabras apropiadas que ayudarán a crear el clima y el espacio propicio para que acontezca determinado hecho y su consiguiente desenlace. Pero el relato surge no como un mero ejercicio intelectual sino una necesidad entrañable del relator. Aunque no siempre el relato se vuelca en escritura, cada uno de nosotros tiene su propio relato aunque no lo escriba y vaya narrando fragmentariamente a través de los diálogos cotidianos. Y también los pueblos tienen sus relatos, sus grandes relatos que guardan todo lo relativo a su mundo, su biblia digamos; incluso los pueblos indígenas tienen su propia biblia, varios rescatados del submundo sagrado y secreto donde tenían a resguardo para resistir la cultura aniquiladora de la conquista y poder transmitir a las generaciones sobrevivientes y venideras.

No hace mucho escribí algunas líneas para homenajear a nuestros dos maestros de la literatura paraguaya, el escritor Augusto Roa Bastos y el poeta Elvio Romero. Entre otras arriesgadas aseveraciones, escribí que la prosa de Roa Bastos estaba llena de poesía y la poesía de Elvio Romero, saturada de historias y relatos. Que los géneros literarios son muchos y tienen sus reglas, pero el relato adopta su modo y

se adapta a la forma. El autor tiene un mensaje que volcar en escritura y elabora su relato de distintas formas, en poemas, cuentos, ensayos y novelas. También lo hace el autor que dice descreer de las preceptivas clásicas o experimentales, escribe su relato negando el argumento y/o contenido/vacío de su obra esgrimiendo su propio argumento.

Lo que quiero significar también con este relato es que uno es el resultado de todos los relatos recibidos y reelaborados consciente o inconscientemente, para decir de una forma coloquial. Y todo lo que se escribe se hace desde un lugar específico, cuyo contexto determina la forma y el contenido de su obra. Aún los escritores que hacen ingente esfuerzo para evadir su circunstancia histórica, recurriendo a la ciencia ficción o un hecho histórico o prehistórico, lo que hacen es un relato no figurativo, digamos para usar un término pictórico. O también los otros escritores que hasta hace poco hablaban de la propia escritura como protagonista y argumento de su novela o cuento me resultaban tan pueriles y arrogantes al mismo tiempo. Creo que nadie escapa al rigor del relato que exige dos condiciones no negociables, "el qué" contar y la "necesidad insoportable y fisiológica" de narrar y dejar trascender la quemadura de una vivencia en un relato oral o escrito, buscando la forma exacta o más aproximada de transmitir al otro lo vivido y con la ilusión de que experimente también el mismo miedo, dolor o placer que hizo precipitar la narración.

Pero tampoco es para preocuparse, una cosa es lo que se dice o puedo decirles yo sobre la construcción del relato y otra cosa es lo que se escribe o lo que yo escribí en mis trabajos. El autor a veces resulta como esa gallina escurridiza o no domesticada que pone el huevo en un lugar y cacarea en otro, despistando a los curiosos o devoradores de

huevos. También lo hacen los teros y los escritores mucho más. Hasta hace poco un diario importante de Buenos Aires publicaba en el suplemento cultural una página en donde cada escritor hablaba o explicaba su propia obra, cuyo título era algo así como "la cocina del escritor". Dónde uno podía deleitarse del ingenio de cada escritor para explicar su obra, pero también lamentaba que ese mismo ingenio no haya puesto para escribir su pésima obra que la ensalza tan bien. Por todo ello, diría un buen orador, por eso pienso, digo yo, que es mejor que la obra hable de su autor que el autor de su obra. En ese sentido, a Pablo Neruda en una ocasión le preguntaron qué podría decir de su poesía y él respondió "nada", pero les sugirió que probaran averiguar con su propia poesía por si algo pueda decir de él, su autor.

Para resumir, les reitero mi pensamiento sobre la construcción del relato, para mí todo es relato. Tengo algunos libros de poemas, cuentos y novelas. Y trato de que cada poema tenga el punto de vista de cada hombre y cada mujer que lo lee. Los personajes que viven o pasan por una misma experiencia que cada uno sienta desde su propia piel y alma, tanto como víctima o partícipe necesario que exige la trama policial. La motivación y la experiencia siempre son personales e intransferibles, tanto como escribir o leer un libro. En mi novela **"Esa hierba que nunca muere"**, analizada, traté de resumir mi punto de vista al respecto, presentando a los guerrilleros que luchaban por derrocar la dictadura de Stroessner en los años 60, tenían sobrados motivos, coraje y mística para exponer y ofrecer la propia vida en pos de la libertad; asimismo los represores tenían demasiados privilegios que defender, suficiente pertrecho, asesoramiento, cobertura interna y apoyo externo para seguir gozando de las prebendas que ofrecía la

lucha contra el supuesto comunismo internacional, cuando entonces todo era sospechado de comunismo lo referente a lo social, político, cultural o estar simplemente disconforme. El Imperio que nos toca de turno o en desgracia elabora también su relato y lo llama "Hipótesis de conflictos" y lo aplica como una tesis concluyente y científica, nuestros pueblos pueden dar testimonios y hace décadas que sufren sus correlatos. Es decir, abordar un mismo hecho desde distintos puntos de vista, desde donde los personajes vivieron lo mismo pero relatan cada uno diferente, sin embargo todos al mismo tiempo confluyendo en el hecho de la lucha justificada por todos y la violencia ciega que devora también a todos, a víctimas, victimarios e inocentes en medio de dos fuegos.

Si me han escuchado hasta ahora y están esperando con interés mi conclusión, es porque la construcción de mi relato tuvo cierta atracción y aceptable eficacia. Y se lo debo este arte de relatar, tengan la plena seguridad, no a Borges que puede el maestro descansar sin culpas, sino a mis cuenteras abuelas Ángela y Lucía que, sin darnos cuenta, es posible que hayan estado escuchándome junto a Uds., o desde esos satélites espías de mi infancia que todo auscultaban ya como ahora, supervisando en qué medida logré cautivar al auditorio y lo poco que pude asimilar de este arte sencillo y maravilloso que es contar o relatar, y en el esforzado intento de develar el secreto y la argucia que se utilizan en la construcción de un relato.

** Ponencia del autor en el Cuarto Simposio Internacional de Narratología, organizado por el Centro de Estudios de Narratología "Mignon D. de Rodríguez Pasqués" (CEN), de la Universidad de Buenos Aires, en ocasión de un análisis de su obra narrativa, y de otros importantes autores, con participación de estudiosos de Latinoamérica y España, llevado a cabo en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, Argentina, los días 23, 24 y 25 de julio de 2007.*

Laconia

En Grecia, mientras Sócrates enseñaba la mayéutica a través del diálogo en las ágoras atenienses o el filósofo Diógenes *el Cínico* abandonaba su tonel para increpar a la gente sin piedad su hipocresía por las calles, en la aldea marítima de Laconia, cuyos habitantes se caracterizaban por hablar poco y nada, acaeció un mentado episodio.

Una mañana, dos pescadores lacónicos al recoger la red con su barcaza, entre otros especímenes del mar Jónico, apareció una hermosa e indescriptible sirena rubia.

Uno de los pescadores la levantó en sus brazos y el otro observaba la escena con fruición. La inspeccionó, con los ojos fuera de órbita, de arriba a abajo, recorriendo la mirada por el

rostro y la cabellera, la boca susurrante y los ojos azulados, el anverso y el reverso, pasó la mano por las escamas amarillentas y constató su extremo que culminaba en una cola de pescado.

Sin comentarios, la devolvió al mar y quedó pensativo con la mirada en lontananza.

El compañero ofuscado, en protesta por no haber podido tocarla siquiera, inquirió:

—¿Por qué?

Contestó al instante el otro, seguro de haber obrado correctamente.

—¿Y por dónde?

La fobia

Un tiempo después de vivir en la ciudad, el abuelo Agustín una mañana no quiso levantarse, dijo que debajo de su cama había un cocodrilo y le podría devorar.

La familia muy preocupada, por la reacción del viejo que añoraba cada día más su chacra y los animales domésticos, que dejó al fallecer la abuela Damiana, decidió llevarle a un psicólogo.

El diagnóstico fue sencillo: fobia.

De vuelta a casa, el abuelo resistió para ir a la cama pero se dejó arrastrar cuando llegó la hora de dormir.

A los pocos días, el psicólogo al llegar al consultorio, levantó el diario del piso al abrir la puerta, y leyó estupefacto los titulares. "Anciano fue devorado por cocodrilo. Apareció el reptil fugado del zoológico".

El maleficio

"La desgraciada
estirpe que agoniza sin hogar
en la tierra como en el cielo". (Tabaré)

Juan Zorrilla de San Martín

El día tan anunciado pero temido había llegado.

El pueblo hubiera querido ser escuchado por las autoridades. La intención de tomar por la fuerza el reducto sagrado de los Mbyá que trae la comitiva militar desde Asunción, nadie podría recomendar por la consecuencia que acarrearía al pueblo. Porque los memoriosos de Tatakua cuentan que sus antepasados refirieron que, cuando en 1848 el presidente del Paraguay don Carlos Antonio López nacionalizó las tierras con sus habitantes y legalizó su arrendamiento, se había producido un episodio muy similar. A raíz del levantamiento indígena, don Carlos se vio en la obligación de enviar una comitiva de apaciguamiento de los indios, consistente en abundante provisión de comida y

fuerza militar, ante la situación de que los lugares sagrados y santuarios Mbyá fueron usurpados por algunos arrendatarios.

Entonces también los indios respondieron con la hechicería, sometiendo a la gente bajo el poder mágico del Payé de la tribu, cuyos efectos se podía observar en el embeleso colectivo de los habitantes de Tupärenda, lugar de Dios, donde fue usurpado por un terrateniente el pequeño cerro considerado altar de los hijos-dioses de Ñande Ru, padre primigenio. Pero la incredulidad de entonces como la de ahora, ante los malos presagios del chamán, resultan idénticas y vuelven más poderosa a la angurria de los terratenientes, como auténticos Yvymoñái, ogros de la tierra, y enceguecidos por la ambición no veían la necesidad de tomar precauciones ni llevar en cuenta semejante amenaza de convertir a todos en animales, mientras dure la violación del lugar sagrado.

El plan de desalojar a los indios de las tierras supuestamente usurpadas siguió su curso, que según la Ley de Catastro Nacional exige un título de propiedad para ser dueño de una parcela y quien lo exhiba tiene derecho a ocupar su predio en forma inmediata y legalmente. Nada ni nadie pudo persuadir a los responsables del operativo, la tribu fue expulsada del territorio que ocupaba desde tiempos remotos. Los Mbyá, una de las etnias guaraníes más reacia e indomable a la influencia occidental y conquistadora a través de los siglos, descendiente directa de los monteses primitivos y originaria del mítico Guairá que los jesuitas no pudieron someter a sus Reducciones. El sitio profanado había sido elegido por los cuatro dioses protectores de los Mbyá que provenían del Yvy Mbyté, centro de la tierra

y patria mítica, para vivir al pie del cerro Yvypuruä, ombligo de la tierra.

Ante el inminente desenlace, el mburuvicha Arakatu, cacique o jefe comunitario cuyo nombre significa *el poder de la sabiduría del tiempo* en guaraní, rodeado de otras autoridades y colaboradores de la tribu, entre otros, del Gran Hechicero Japorendy, el Hacedor Iluminado, y jefes guerreros como Yvytupo, *la mano del viento*, y Hu'ysyjara, *dueño de la flecha madre*, advirtió duramente a las autoridades represoras sobre la inevitable consecuencia que ocasionaría al pueblo, la necia decisión de desalojar a su gente del último reducto sagrado que conservaban en el Distrito de Tatakua. Explicó Arakatu que no se debía alborotar ni perturbar el sitio donde depositara el Creador la vara-insignia, símbolo del poder de Ñande Ru, el Padre Absoluto, con la cual creó la esencia del alma que es el lenguaje y creó también con ella los dioses que llevarían luego a la tierra el alma de los hombres. Aunque las autoridades parecían escuchar sin darle importancia al Cacique la sarta de nombres y aseveraciones en su idioma más ininteligible, éste proseguía con su prédica cosmogónica e iba presentando a las otras divinidades menores. Karaí, dueño del fuego, a quien mandó el Padre Absoluto que "vigilara aquello que ha de producir el ruido de crepitar de las llamas"; Jakaira, dueño de la sabiduría y poder para conjurar los maleficios, a quien ordenó que "vigilara la fuente de la neblina vivificante que engendra las palabras inspiradas"; Tupä, dueño de las lluvias, del trueno y del rayo, a quien dispuso que "vigilara los ríos y el extenso mar y sus ramificaciones en su totalidad"; Ñamandu, dios del sol, a quien

encargó que "con la fuente de luz de su corazón y el sol, para que en toda la extensión de la tierra y el firmamento no hubiera nada que escapase a su vista". Dijo también que la tierra se sustentaba sobre cuatro columnas que constituían las varas-insignias y que moviendo cualquiera de ellas haría perder la estabilidad al suelo y al cielo.

Pero la férrea dictadura del gobierno de Stroessner, ya hacia el ocaso de su poder, había enviado a sus más insufribles esbirros para usurpar las tierras demarcadas por la Ley de Catastro, un cuerpo especial denominado "pará paraí", por el color de su uniforme de camuflaje, entrenado para guerra de guerrillas e insurgencia armada por instructores norteamericanos, que en la ocasión se hicieron acompañar por los elementos más fanáticos de la clase política pueblerina. A diferencia de otras oportunidades que las autoridades policiales y políticas se acercaron a los ranchos de los Mbyá, éstos los esperaban ataviados para la guerra, exhibiendo los hombres tatuajes en rojo y negro en el cuerpo y flechas decoradas y envenenadas al por mayor en su espalda, sin niños ni mujeres a la vista, como esperando ser atacados para responder. Pero aquellas visitas no eran sino con objeto de intimidación o anticipatorio de lo que vendría más adelante inexorablemente. Aunque esta vez, Arakatu, tal vez como táctica, mandó desatar las bolsas de ropa usada que habían recibido de una congregación de Hermanos Franciscanos, repartió a toda la comunidad para que se vistieran con ella y pudiesen esperar elegantes a los represores.

— Oú ñande piari, ñañemondé aó morotïme, jajoguahaguä chupekuéra, ikatu upéicha mba'e ñande poriahu rereko —vienen por nosotros, vistámonos para que nos vean

como sus semejantes, tal vez así sientan conmiseración—dijo el cacique algo apesadumbrado ante la inminencia de la llegada del ejército y sus acompañantes.

Cuando llegó el contingente se sorprendió de no encontrar a ningún indio haraposo ni harapiento, nadie con chiripá ni corona de plumas de arapacha o guacamayo. Todos estaban disfrazados de Juruá, así llaman los Mbyá a los blancos, como decía Arakatu, los niños bien peinados vestían pantalones con tirador que parecían recién llegados de Chicago o alguna otra ciudad del norte americano. Quizás la ropa que recibieron provenía de Caritas u otras organizaciones llamadas no gubernamentales pero funcionales a las gubernamentales. Las mujeres lucían vestidos ceñidos al cuerpo con aire de última moda, cuya elegancia no podía disimular lo grotesco. Los hombres, en pleno verano que rondaba los 40 grados, con pulóveres tejidos para frío de bajo cero, olvidándose o desconociendo que antes debían vestir una camisa o algo liviano. La jauría de perros famélicos fue llevada al medio del monte para no ladrar e inquietar siquiera el ambiente pacífico que oponía a la decidida y brutal represión que presentía Arakatu. Pero los indígenas ya estaban acostumbrados a recibir amenazas y ser amedrentados, en ningún momento mostraron miedo ni deseo de abandonar las tierras que ocuparon sus ancestros a través de los siglos y milenios. Antes de comenzar el atropello militar, el Cacique se había explayado sobre el fundamento religioso de su comunidad y el derecho irrenunciable a permanecer en Tupárenda. Igualmente las autoridades a su turno expusieron sus argumentos jurídicos y, entre forcejeos, hubo un intenso intercambio de puntos de vista.

— Para ser el verdadero dueño de la propiedad hace falta el título —dijo el oficial de justicia al líder natural que llevaba la voz de oposición y resistencia.

— Es lo único que Uds. tienen, un papel que hicieron que dice que un fulano de tal es el dueño, por lo demás... no hay nada —respondió desafiante el nativo que se identificó como Cacique y responsable del grupo humano que le apoyaba en silencio pero activamente.

— Qué se entiende por lo demás, la propiedad hay que respetarla —reiteró el representante de la justicia casi irónicamente.

— Lo que hay que respetar es a la tierra, cuidándola y no destrozándola, como hacen los llamados propietarios, arrancándole sus árboles, quemándole sus campos, arándole sus valles, cerrándole el paso a sus ríos, echándole a sus hijos que somos nosotros... —decía cuando uno de la comitiva disparó un tiro al aire como para interrumpir el razonamiento formidable del indígena.

— No hemos venido a escuchar su opinión karaí Cacique, venimos a hacer cumplir la ley y punto... —arremetió una vez más el representante judicial, llamándolo despectivamente "señor" en guaraní, e indicó al jefe de los milicos a iniciar el procedimiento sin contemplación alguna.

Desde tiempos inmemoriales los Mbyá venían habitando el caserío llamado Tupärenda, hábitat de dios, hasta que llegaron los militares de Asunción, trayendo supuestos títulos en sus manos, acompañados por los políticos tatakueños, se acercaron a los Mbyá y les intimaron con hipocresía, al principio, pero sabiendo de antemano que no tendrían a dónde ir y que quedaban pocos montes para habi-

tar. Pero la avaricia de los mandamás de la capital no supo de límites y procedieron violentamente al desalojo; quemando uno a uno los precarios ranchos de palmera; esposando y amaniatando a los hombres que no habían opuesto resistencia; rodeando a las mujeres como si pudieran perpetrar de un momento a otro una matanza a los miembros de la poderosa fuerza; en medio de llantos y griterío de los niños, arriaron a los que no fueron apresados hacia las profundidades de la selva, para luego dejarlos a la deriva y que no puedan retornar nunca a Tupärenda.

"La tierra es sagrada desde siempre, la propiedad es una ley inventada para robarnos el lugar de nuestra existencia. Tierra y existencia para nosotros es la misma cosa, al quitarnos la tierra nos dejan sin vida". El único que hablaba sin parar era Arakatu, y cada vez que lo hacía recibía en la espalda un culatazo del jefe militar, pero seguía advirtiendo que traería al pueblo un castigo de difícil reparación por violentar los designios de los Verdaderos Padres de las palabras-almas, que nunca descuidaron la morada terrenal de aquellos a quienes habían provisto de Ñe'ë Pará, palabras sagradas de los dioses; y que éstos lo último que hubieran perdonado era el haber sido alambrado Yvypuruä, que hacía miles de años fue elegido por las divinidades protectoras y utilizado por sus adoradores para rendirles culto.

La profecía indígena no se hizo esperar, a los pocos días en Tatakuá algo insólito había comenzado a ocurrir: una mutación profunda en el ser de las personas. Mucha gente amaneció sin habla, como si nunca hubieran hablado, adoptando un comportamiento absolutamente desconcertante.

Como por obra de magia y simulando un juego infantil con representaciones grotescas de animales, los habitantes de Tatakua se convirtieron en descontrolados seres irracionales. Unos gruñían como bichos desconocidos, otros bufaban en vez de hablar, algunos ladraban y aullaban. No faltaron quienes maullaban como gato montés u onzas, y croaban saltando como enloquecidos batracios. Todos se volvieron raros animales y comenzaban a caminar en cuatro patas por las calles, desesperados por ser socorridos. Hubo quienes intentaron volar como pesados pájaros, desplegando sus brazos en vano y tomaban carrera buscando la forma de despegar de una buena vez. Tampoco faltaron quienes se treparon a los árboles y permanecieron varios días en sus horquetas, alimentándose estrictamente con hojas, gusanos e insectos. Como aquellos también que, respondiendo a su condición de nuevos especímenes, fueron ganando lugar entre las malezas y refugiándose en los pajonales. Los pocos que permanecieron en sus cabales no pudieron hacer nada por el desconcierto que también los paralizó, algunas autoridades de segundo orden que no fueron afectadas se comunicaron con Asunción, para pedir ayuda y explicar el problema que había anticipado Arakatu como último recurso para abortar el desalojo. Pero nadie le había tomado muy en serio al principio, pero pronto se propaló a través de las poblaciones aledañas y empezaron a caer periodistas de algunas radios y diarios. Se publicó en grandes titulares en la prensa capitalina como *"Todo un pueblo hechizado... Cacique enloqueció a todo un pueblo... Sobre Tatakua cayó una peste... La maldición de Arakatu... Hechicería Mbyá"*, y aún así las autoridades de la capital tardaron varios días en tomar carta en el asunto.

Mientras Arakatu, el Hechicero y otros seguidores más cercanos fueron a parar con sus huesos en las celdas de Tatakua, la gente seguía bajo el encantamiento proferido por el cacique preso. Era de curiosos ver al intendente, tan conspicuo de los represores militares, removiendo basura con el hocico como un cerdo ruin por la calle principal del pueblo. El capitán que había golpeado con la culata del fusil sin piedad a Arakatu retozaba de un lado a otro imitando a un desbocado redomón, relinchando por momentos como parado en su dos patas traseras. El comisario que había identificado al cacique como cabecilla y responsable de la resistencia al desalojo, rebuznaba con raros soplidos como si fuera un despeluchado borrico. El juez de paz que acompañó al oficial de justicia para leer a los indígenas la sentencia inapelable, que el Instituto de Bienestar Rural mandó cumplir con la comitiva de fuerza, cacareaba sin parar y hacía que picoteaba el suelo como una gallina clueca. Así cada uno seguía como endemoniado hasta que alguien sugirió que se volviera a hablar con Arakatu para desanudar su payé y dejar sin efecto la maldición.

Pero expertos llegados de Asunción daban otras explicaciones, para los psicólogos se trataba sólo de sugestión y muy pronto pasaría el estado hipnótico que sufrían los pobladores, apenas se superara el conflicto con los Mby'a, que ocupaba ilegalmente un predio que pertenecía a un propietario con todos los papeles en regla. Uno de los psicólogos, el doctor Roque Vallejos, explicó que el maleficio produce efectos especialmente en las personas de escasa preparación cultural, porque tienen incorporado todavía el pensamiento mágico, por la falta de educación, y no la lógica racional fruto de una buena formación científica. Sin

embargo, la realidad indicaba que en vez de desaparecer en la gente la rara conducta se fue generalizando hasta en los niños y se temía que no quedase nadie fuera del peligro del contagio. Para el común de la gente se trataba algo así como de un embrujo pero que se manifestaba en forma de enfermedad o parecida a una especie de rabia, porque se veía a los afectados babosear y despedir espumas por la boca como a los perros cuando tienen hidrofobia.

Aunque los especialistas venidos de la capital seguían hablando de *"psicosis colectiva", "histeria generalizada", "paranoia contagiosa",* o algo así, la gente sabía de antemano que nada se podía hacer sin la colaboración de Arakatu y su hechicero Japorendy, que dentro del calabozo se habían llamado a silencio y no han pronunciado una palabra más después de lo ocurrido. Se pasaban durante el día mirando el cielo por la única ventilación que tenía la celda y por la noche, hincaban la cabeza en el suelo y permanecían inmóviles pero sin dormir. Sus compañeros de celda, también indígenas y estrechos colaboradores, decían que pronto hablarían y tendrían la respuesta para la gente que estaba sufriendo.

Decían también que el Cacique y el Hechicero por esos días estaban acompañando a sus seres queridos que fueron espantados hacia las selvas y protegiendo espiritualmente a los niños y ancianos de la tribu, que fueron expulsados de su tierra sagrada contra los designios de Tupä. Arakatu ni Japorendy por ahora no estaban en su cuerpo, por lo tanto también el habla estaba ausente. No podían atender ninguna cuestión relacionada con el maleficio que padecía el pueblo. Hasta que no lograran reubicar a su co-

munidad en algún claro de la selva, lejos del peligro de los indolentes invasores, no volverían en sí y no pronunciarían una sola palabra.

—Cuando el Mbyá pierde el habla por un tiempo, deja de existir en ese lapso— dijo el colaborador más próximo de Arakatu, llamado Yvytupo, la mano del viento, que parecía su ángel de la guarda.

—Ñe'ẽ ha ñe'ã peteĩ mba'ente— *el alma y la palabra no viven separadas*, dijo el segundo acompañante del cacique encarcelado, conocido como Hu'ysyjara, dueño de la flecha-madre.

Pasaban los días y el contagio se extendía a más gente, parecía no tener contención solamente con explicaciones psicológicas. Algo había ocurrido para que la gente sufriera efectos tan visibles y palpables en sus organismos, se diría en lo metabólico para que cambiara de conducta humana a una animal sin encontrarle una evidencia razonable. Nadie quería llegar a Tatakua por miedo a la rara infección que hacía que una persona se volviera un émulo de cualquier bicho o animal doméstico. Sin embargo, uno de los etnólogos que había venido de la capital, el licenciado Laureano Segovia, contratado por el gobierno como especialista en temas indígenas, pidió que les escucharan para poder entender lo ocurrido. Explicó que, según la creencia de los Mbyá, Ñande Ru cuando creó la primera tierra original, Yvy Tenondé, envió a los hombres, a la víbora, a la pequeña cigarra roja, y al Y-amaí, un escarabajo acuático; y también envió a la perdiz grande y al armadillo. Esta primera tierra fue destruida por un diluvio y los hombres virtuosos se elevaron al cielo, donde conservaron su figura;

pero los transgresores de la ley divina subieron también y fueron transformados en seres irracionales. Los animales que ahora viven sobre la tierra no son sino imágenes de los prototipos celestiales, esto es, de los hombres transformados en animales, terminó explicando el experto en las distintas etnias que habitan el Paraguay. Por lo tanto, dijo el etnólogo un tanto perturbado por la escasa atención que había obtenido en sus oyentes, las reacciones que se tenía a la vista responderían exactamente a este pasaje del libro de la creación de los Mbyá, llamado el Ayvu Rapyta, la raíz de la palabra o fundamento del lenguaje. Pero lo cierto es que a esta altura de las cosas, ya nadie dejaba de creer en cualquier superstición más o menos coherente y era cada vez más aceptada la idea de rescatar de la celda a los indígenas y pedirles que hicieran algo por la indefensa gente que no fue responsable del desalojo violento de sus familias.

En ese ínterin, uno de los soldados de la comisaría trajo al centro del pueblo la noticia de que Arakatu y Japorendy habían levantado la cabeza del suelo y parecían haber vuelto a su normalidad, aunque nadie les escuchó modular ninguna sílaba, pero le pareció que hablaban con sus seguidores que compartían el calabozo con ellos. Otro de los soldados explicó que los indios presos no estaban hablando sino orando a Ñamandu, dios del sol, como acostumbraban los Mbyá todas las mañanas: *"Acuérdate de nosotros a quienes has proveído de arcos y permanecen sobre la tierra en virtud de tu voluntad. Nosotros, unos pocos huérfanos del paraíso, volvemos a pronunciar al levantarnos tus palabras indestructibles que en ningún tiem-*

po, sin excepción, se debilitarán, séanos permitido levantarnos repetidas veces, ¡oh! Verdadero Padre Ñamandu, el Primero".

Los que podían fueron hasta la comisaría y lograron entrar junto al Cacique y el Hechicero, les hicieron saber que se había cumplido plenamente lo que habían presagiado. Tomó la palabra como siempre Arakatu, en nombre de todos, les habló serenamente y dijo que ellos no tenían responsabilidad alguna en lo sucedido, que sólo eran intérpretes de los dioses creados pero no engendrados por el Padre Absoluto, Ñande Ru, y podían explicar de esa forma el castigo recibido por el pueblo. Disparó diversas frases como flechas certeras al corazón de sus oyentes y pronunció cada palabra como letanía, sin perder nunca su tono ceremonioso:

"El Padre Absoluto que habita todo, más acá y más allá de las nubes, en la luz y la oscuridad, en el silencio y en los truenos, en el relámpago y en el tornado, en el fuego y en el agua... dispuso hacer justicia con los que violentaron su lugar sagrado y sólo la gente volverá a su mente anterior devolviendo la tierra usurpada, palmo a palmo, a sus verdaderos habitantes que son los Mbyá. Nadie puede ser dueño de la tierra, ella es dueña de todos nosotros. Los que la cuidan son sus hijos y a ellos les cabe poblarla en forma transitoria mientras vivan, hasta que se conviertan en Seres Privilegiados y puedan penetrar en la Tierra Sin Mal, Yvy Maraëy. La tierra tiene el remedio para todas las necesidades de sus habitantes, como también el veneno para los que la violentan. Somos muy pequeños para pretender poseer a la tierra, ella sí es capaz

de acunar en su seno a toda la humanidad. Nadie puede ir a la tierra, todos venimos de ella. Mejor que ella siga donde está, cuando la tierra decida partir nos llevará a todos detrás de ella.

Algún día, aunque tarde, como lo hicimos nosotros hace miles de años, aprenderán que tierra y existencia es la misma cosa, pero no al revés".

Julio, 1991.

El desatino

Una madrugada cubierta de espesa neblina, venía de mirar el río y sus vigías encendidas que señalizan la costa atlántica.

Al dejar los bajos de Retiro, crucé la Torre de los Ingleses y fui ascendiendo hacia la Plaza San Martín.

En pleno Barrio Norte, al cruzar la calle Maipú, me topé con Borges que iba a los tumbos, golpeando ruidosamente las paredes con su bastón.

—Le ayudo a cruzar la calle—me ofrecí cortésmente.

Borges molesto estiró su brazo y rechazó mi gesto.

—No, gracias. Busco la casa de Asterión— dijo sin embargo como pidiendo auxilio.

—Disculpe, soy nuevo en el laberinto— contesté la verdad.

—Y yo no sé si era en Buenos Aires, Ginebra o en alguna ciudad de mis sueños— agregó resignado y siguió su marcha con el tamborileo de su báculo.

Yo tampoco podía perder más tiempo. Apuré los pasos. Al llegar a Pompeya, casi al amanecer, frente al restaurante La Blanqueada, según el otro Borges, el cuchillero, en cuya vereda comienza la inmensidad de La Pampa, desperté y me encontré que seguía internado en el hospital Posadas.

La salud de Cristo

La imposición de la catequesis a los indios dio resultados muy relativos.

El misterio de la resurrección y la vida eterna por lo general llevan a una confusión lógica.

—¿Por qué murió Cristo?—preguntó confiado el cura al aborigen Mbyá que se confesaba por primera vez.

Apenado por la mala noticia, el indio respondió:

—¡Ah! ¿Murió? No supe ni que se enfermó. ¿Acaso Dios no era inmortal?

El día que los niños dejaron de jugar

"Niño, deja ya de joder con la pelota;
que eso no se dice, que eso no se hace,
que eso no se toca".

Joan Manuel Serrat

—¿Quiénes son los que nos tiran tantas bombas?— preguntó Sadeq a su padre Ismail, militar a cargo de la defensa de Bagdad durante la guerra del Golfo.

—Son los infieles de Occidente— contestó sin parpadear y rumió con odio la respuesta.

—¿Por qué matan tanta gente e incendian la ciudad?— inquirió el niño con ingenuidad.

—Porque amamos a Alá— respondió con énfasis y despejó toda duda de su hijo.

Si para entrar al cielo debemos ser como los niños, por qué entonces los educamos para que dejen las travesuras y aprendan modales.

Nos desvelamos por darles los consejos y mostrarles los ejemplos para que el día de mañana puedan sortear los escollos de la experiencia. Obviamente, les pudimos abrigar el cuerpito todas las veces que hizo frío pero su pequeña alma siempre estuvo lejos del alcance de las manos.

Pero convengamos que, a veces, los niños no son puros ángeles como se nos quieren pintar. También, por momentos, les afloran sus almas de diablitos. Desde que nacen, para perdonarles de alguna manera los meses de embarazo, comienzan a perturbar el sueño a los padres. Defecan, orinan y toman pecho o biberón en forma sincronizada y a contramarcha del cansancio y voluntad de sus progenitores. Que las vacunas, que los cólicos, que las gripes, que los mocos, que los pañales, que el bautismo, que los padrinos, que las demás cosas. Y no es que los padres no quieran a sus hijos, pero la rutina diaria subyace bajo ese amor filial que está por encima de estas pequeñas realidades.

Pasa el tiempo y los niños empiezan a gatear y caminar. Rompen los vasos y tazas de café. Ensucian las paredes y los manteles puestos exclusivamente para las visitas. Entran y salen de la alcoba de sus padres, sin importarles el horario ni la circunstancia. Lloran de noche desconsoladamente y gritan de día como si el mundo no tuviera oídos. Nada les resulta intocable y menos indestructible. Los libros están para garabatearlos y deshojarlos. Los discos y casetes sirven para lanzarlos y desliarlos. Las mesas no sirven sino para alcanzar el techo y acercarse a las nubes. Las camas para retozar y practicar todos los saltos acrobáticos. Las sillas para arrastrarlas y

probar fuerzas. Los espejos para hacerlos trizas. La paciencia para saber que no es infinita.

Estamos de acuerdo en que los niños son lo más preciado que tenemos. Sin embargo, qué padres no darían el oro si tuvieran a quien entretuviese a sus hijos mientras hacen la siesta o descansan simplemente después del arduo trabajo. O mientras escuchan misa a quien pudiese hacerlos sentar o callar como cualquier parroquiano. O durante que se ejecuta el himno nacional a quien lograra que se comporten patrióticamente. O cuando llueve a quien consiguiese explicarles que el agua moja y el barro ensucia. O antes de comer a quien pudiera enseñarles para siempre que deben higienizar sus manitos. O después de almorzar a quien tuviese el don de hacerles saber que existe la digestión.

Los niños verdaderamente son un problema en un mundo diseñado para adultos. Sería un gran perjuicio hacerlo para niños, ya que éstos pronto serían también adultos y se quedarían sin nada si no tuviesen un mundo para esa edad. Porque la infancia pasa como una fiebre ligera, pero la adultez dura hasta la muerte. Seguramente por eso se invierte más en los adultos, porque los niños y jóvenes viven transitoriamente sus momentos, para luego instalarse definitivamente en el mundo adulto que los aguarda. Mientras tanto, para entretenerse están las plazas, las escuelas, los circos, los juguetes, los caramelos. Hasta se instauró un día del niño en el ámbito mundial y se promulgó en Naciones Unidas también los derechos del niño.

—¿Por qué no debo juntarme con Yamil?— interrogó Yael al dejar el juego con el vecinito y acudió al llamado de su padre.

—Porque no hay que juntarse con los palestinos— argumentó sin vueltas Simón, director de un colegio religioso de Jerusalem.

—Pero Muhama es mi amigo— protestó el niño al tiempo que obedecía a su padre.

—Todos parecen amigos hasta que nos ponen la bomba— añadió con ferocidad el ortodoxo.

Pero qué sería de nosotros, los adultos, y del mundo sin los niños. ¿Quiénes preguntarían cómo vuelan los aviones? Sobre la respuesta de que vuelan gracias a su motor, su combustible y sus duras alas, y nos aplastan con su reflexiva comparación, diciendo entonces que los pájaros son mejores porque también vuelan sin necesidad de ningún motor y sus alas no son duras. Ellos también razonan pero con la imaginación, haciendo piruetas con el habla e invirtiendo el orden de los factores y alterando el producto.

No tratan de ser originales, sino son auténticamente filosóficos cuando se proponen interrogar o deducir por sus propios medios. Cuando averiguan por qué los adultos no juegan entre ellos o si lo hacen por qué no se ríen nunca, porque el juego es diversión y el que juega sin alegría no juega, hace cualquier cosa como trabajar, luchar, correr, saltar, parar, pero no jugar. O como aquel niño que se enojó con su abuelito al morir y lo acusó de egoísta, porque se fue al cielo sin haberlo invitado, ya que él también quería

conocer el cielo pero sin tener que morir. O el otro que reprochó a Dios no haberle consultado antes para enviar a otro hermanito, y así por el estilo hasta el infinito.

—¿Por qué vivir con la Jihad permanentemente?— se iba preguntando en voz alta el niño Hamid en Teherán, camino a la Mezquita y de mano de su hermano mayor.

—Porque manda Alá, es la única forma de repeler a los satánicos que nos quieren someter— disipó la duda el adolescente al hermanito.

—Entonces, seguirán matándonos quién sabe hasta cuándo— agregó el niño apesadumbrado.

—Los islámicos solamente debemos sumisión a Alá, el Misericordioso, a nadie más— concluyó categórico mientras se descalzaba las sandalias en el umbral del templo.

Los niños muchas veces no saben lo que hacen pero aman lo que hacen, no hacen nada sin sentimiento e imaginación. No como los adultos que utilizan otros criterios para sacar ventajas o perjudicar a los demás, elaborando razonables engañifas y seductoras patrañas para desprevenidos.

Pero estas palabras liminares sólo son excusas para presentar el mal que aqueja al mundo, precisamente relacionado con los niños y su principal razón de ser: el juego. De tanto ver a los adultos mentir, robar y matar pareciera que se pusieron de acuerdo y comenzaron en todo

el planeta una huelga: dejaron de jugar. Todo comenzó en un lejano poblado de Paraguay, Tatakua, lugar caluroso como un horno en lenguaje nativo, donde los niños una mañana permanecieron quietos sin saltar ni jugar, quedando boquiabiertos los adultos y maestras que observaban a los habituales saltarines estar sentados y sin ganas de hablar siquiera.

Pronto se escuchó por radio que también en los pueblos aledaños y más lejanos los niños se llamaron a silencio y renunciaron al unísono a jugar. Pasaron los días y ya la noticia fue mundial, y el mal de los niños tomó carácter universal. Los juegos fueron abandonados en las plazas y parques, sólo el viento cansino y desganado jugueteaba con ellos. O bien llegaban los niños y buscaban un lugar para sentarse, contemplando con melancolía y nostalgia algo que parecían haber perdido en el arenero o en las hamacas.

Una tarde en un parque de Buenos Aires llega un niño con entusiasmo para ocupar un juego, que estaban todos desocupados, y no sabía cuál elegir. De pronto observa que los demás chicos estaban mirándolo sorprendidos de que haya un niño con ganas de jugar, desacatando la huelga tácita de todo el mundo. Pero luego fue dejando el juego como avergonzado y fue a sentarse en silencio con los demás niños.

Las explicaciones médicas inundaron los medios de prensa y sugerían esperar que baje la gran contaminación que reinaba en el planeta, que la capa de ozono había extendido momentáneamente su agujero y dejaba escapar entre los rayos ultravioleta algo muy nocivo para los niños.

—¿ Por qué se matan entre ellos los árabes y los judíos?— preguntó Manolito a su padre, de ida a la escuela, al escuchar por la radio del coche un bombardeo sobre Ramalah.

—Porque los dos viven en un territorio que reclaman como suyos— trató de explicar el hombre a su hijo, mientras iba sorteando el tráfico céntrico de Madrid.

—¿ Y por qué no parten el territorio por la mitad para cada uno?— siguió interrogando el niño y, sin querer, planteó una solución.

—Porque ellos tienen otros intereses y no piensan como tú— dijo con sencillez el padre y levantó el volumen de la radio para cambiar de tema.

Así pasaron los días y semanas hasta que alguien intuyó, porque ningún niño pronunció palabra alguna con respecto a la causa, que los niños no estaban enfermos sino que estaban haciendo huelga y por eso no jugaban ni querían comer. A muchos les costó creer que los niños fueran capaces de ponerse de acuerdo en todo el mundo y concretar una huelga de tal naturaleza. Qué podía tener en común un niño de África con otro europeo; un sudamericano con un asiático; un niño ruso con otro yanqui; un niño de Groenlandia con otro de Mongolia y así, sucesivamente, nada que pueda hacer sospechar un común denominador. Pero sin embargo, los niños cada vez su silencio se volvía más profundo y elocuente, algo debía hacerse para que ellos vuelvan a su normal existencia: la alegría y la diversión.

Hasta que alguien dijo que un chico de su ciudad dijo que el motivo que llevó a los niños a dejar de jugar fue en protesta por la guerra interminable en el mundo y la matanza de inocentes bajo las bombas asesinas. Empezaron a preocuparse todos por si tenía asidero este nuevo argumento, los propios soldados y militares que estaban en los frentes de batalla preguntaron si sus hijos también estaban en silencio y sin jugar. La respuesta fue unánime y la gente comenzó a manifestarse en todo el mundo para que cesen las guerras y todos enfrentamientos de violencia.

Se escuchaba de sur a norte, de este a oeste, en ciudades y pueblos, una sola voz: "no a la guerra". No había otra consigna que terminar la guerra y que los niños vuelvan al bullicio y el maravilloso desorden a que sometían a las casas, jardines y plazas. Que vuelvan a gritar y saltar. Que rompan vajillas y manchen las paredes. Que jueguen todo lo que quieran y que terminen con el silencio que se vuelve insoportable.

La tragedia de la guerra es importante pero es más dramático que los niños dejen de jugar. Después de todo el movimiento mundial en contra de la guerra, los países hegemónicos y desarrollados suspendieron el ataque con misiles contra los pueblos indefensos. Lentamente se retiraron de los países usurpados y devolvieron la libertad a los prisioneros. Enviaron ayudas humanitarias y contingencia de voluntarios médicos y sociales. Los niños percibieron pronto que la guerra había dejado de tragar inocentes como un monstruo ciego de antiguas leyendas de ogros. Los pueblos salían a las calles a cantar victoria y los niños de a poco volvieron a su vieja costumbre: la pasión

de jugar y las travesuras infinitas. Los niños que, según José Martí, son la esperanza del mundo.

—¿Por qué tiran tantas bombas sobre Bagdad?— preguntó Tommy a su padre que lo llamó por teléfono desde Kuwait.

—¿Quién te contó eso, pequeño Tom?—contestó con otra pregunta el teniente Harrison.

—En New York se ve todo por televisión— aclaró el niño preocupado.

—¡Ahhh! Pero nada para preocuparse, hijo, pronto estaré en casa— tranquilizó el padre.

Tommy repreguntó angustiado sobre lo mismo:

—¿Entonces, quiénes son los que se mueren?

Dijo finalmente el militar, al otro lado del teléfono, casi cariñosamente:

—Pero no somos nosotros, hijo, sólo son los extranjeros.

Enero, 1992.

Esopo y la dialéctica

La polémica entre el gallo y el chancho ya es de vieja data, en cuanto a quién de los dos se lo considera más tonto y estúpido, teniendo en cuenta sus hábitos conyugales para denominar de alguna manera la cuestión.

El chancho con sentido común le apunta al gallo su gran incoherencia.

—Amigo Gallo, sólo un tonto puede dormir toda la noche con sus mujeres y a la mañana siguiente se pasa corriéndolas para pisarlas.

El gallo, muy molesto por la humillación sufrida delante de otros animales, contesta al cerdo su disparate.

—Por algo es chancho, además de revolcarse en el barro cuando se baña, se pasa la vida taladrando lo que ya vino de origen agujereado.

La riña

Aquella noche, cuya sombra acribillada a través de frondosos árboles por los resplandecientes lunares, tenía el color de su pensamiento. Aunque Ozuna dudara por momentos, el moro echaba a rumbear con trancos seguros que parecía olfatear el final inexorable.

El pueblo era muy pequeño para caber dos hombres de igual hechura, idéntico nombre y que disputaran los favores de una misma mujer. "Dos gallos para un mismo gallinero. ¡Imposible!". Así iba maquinando, mentalmente, Francisco Ozuna, por el monte que de tan tupido ignoraba la espléndida luna, mientras atravesaba el último tramo del bosque que antecedía al campo de Tatakua.

Era una noche del 20 de enero y el baile, en homenaje al Santo Patrono San Sebastián, dejaba escapar a lo lejos un haz de luces y sonidos confusos que sobrecargaban el aire que tragaba Ozuna a cada brazada de su caballo.

Más de una vez alguien hizo broma sobre la llamativa casualidad de llamarse uno como el otro. Era aconsejable que se cuidaran de que ninguno tuviera problemas con la justicia, ya que los dos podrían tener complicaciones por homonimia, dijo un informado en la materia. También que tuvieran cuidado de no enamorarse nunca de la misma mujer, aunque la advertencia había llegado tarde. Y tampoco era bueno que los tocayos viviesen en el mismo lugar, porque traía mala suerte al pueblo.

Ninguno de los Ozuna parecía darle importancia a la cuestión, hasta esa noche en que uno de ellos se dirigía, decididamente, a dirimir el asunto y así terminar de una buena vez la incómoda coexistencia con el homónimo.

Mientras iba espoleando a su caballo para apurar la llegada, Ozuna iba también rumiando su humillante disyuntiva: Aceptar la posibilidad de sobrellevar de por vida el agravio que le asestó Franciso Ozuna al quedarse con Felicitas Vera, la mujer de su desengaño, o vengar la afrenta como estila un caballero.

El otro siempre buscó sobresalir en el pueblo, ya actuando como auxiliar de la Municipalidad, ya presidiendo alguna comisión de obras; ya cumpliendo a cabalidad como comisario de tablada en el matadero y representando, muchas veces, firmes posturas políticas en defensa del vecindario en sus variados quehaceres. Admirado por

muchos y respetado por otros, eso le ponía en ventaja con respecto del otro ante las mujeres y todo el pueblo, aunque tuviera menos antigüedad en Tatakua.

A Ozuna, a medida que avanzaba hacia al pueblo, se le arremolinaban en la mente todas las cuestiones que lo llevaron a sentirse disminuido con respecto al tocayo. Con los años sintió que su figura se iba opacando y perdiendo terreno al no haber actuado antes con la misma decisión que llevaba esa noche. Tanto perdió en la consideración del pueblo que Ozuna logró imponer que a él lo nombraran todos como *el otro*, en forma peyorativa.

Nunca pudo asimilar que un buen día apareciera alguien en el pueblo con su mismo nombre y se quedara a vivir para siempre, ganando renombre y prestigio en desmedro de su propia persona. "Destino trágico, coincidencia fatal", decía Francisco Ozuna cuando se le hacía notar esa particularidad. Luego agregaba, para remarcar más la gravedad del caso, que su nombre era poco común y más todavía en Tatakua que tenía escasa población.

Francisco Ozuna al entrar al pueblo fue recibido por una jauría de perros, quizás porque le olieron la intención que llevaba en mente, al tiempo que palpó su cintura y se sintió más seguro al tocar el revolver. Terminaba de pasar las primeras casuchas del pueblo, cuando fue abandonado por los aullantes perros que le seguían como sombras a la luz del plenilunio. De pronto, ya comenzó a percibir nítidamente la animada fiesta por los altoparlantes y una fría transpiración recorrió su cuerpo. Intentó vanamente recapacitar sobre el plan inminente, pero no encontró un

argumento mayor que la permanente humillación que sufría por la portación de nombre y apellido de un fulano arribeño, que logró sobreponer el suyo al de él.

Hincó su caballo y ultimó los detalles mentalmente antes de llegar a la pista municipal. Observó que la fiesta lucía como nunca con la luz eléctrica estrenada en la ocasión, resaltada también por la potente música amplificada, a pesar de que él no estaba para distraerse esa noche.

Al apearse, Francisco Ozuna ató las riendas de su moro por el gajo de una ovenia, un poco más lejos de lo habitual. Se encaminó pesadamente hacia la boletería, haciendo campanillear sus espuelas, en señal de que no entraba a bailar sino a estar de paso y, como dejando librado a las especulaciones de quien lo viese los motivos de su llegada.

La fiesta estaba en plenitud, muchas parejas bailando en la pista. Su pretendida Felicitas Vera estaba acompañada por Francisco Ozuna, éste como acusando recibo al verlo llegar, estrechó aún más la ya hundida cintura de la mujer al ritmo de una *música kyre'ÿ* o polca ligera.

Salí, te espero afuera —conminó Ozuna en tono imperativo.

—Vine para bailar, no para acompañar caballos en la oscuridad— respondió también Ozuna, con ironía y como si tuviera ya preparada la respuesta.

Estaba seguro Francisco Ozuna que el tocayo buscaría otra ocasión para dilucidar cualquier inquietud o si no, parecía no importarle y que le daba lo mismo.

Ozuna, no sólo disconforme con la respuesta, se ofuscó sin disimulo por la respuesta desafiante y por desmerecer su presencia. Mientras buscaba la forma de extraer de la cintura su viejo 44 largo Smith & Wesson, el otro se escabulló como por arte de magia debajo de las mesas y aceptó el duelo.

Ambos se vaciaron los cargadores en una repentina e incesante balacera.

Se apagaron las luces fluorescentes, traídas por primera vez al pueblo y se olvidaron por esa noche las lámparas Petromac. Fueron tantos los disparos que era difícil saber quién murió y quién no. Cuando la gente recobró su aliento se sintió el fuerte olor a pólvora, impregnado en el aire, y un griterío desesperante se apoderó del lugar.

Uno de los Ozuna cayó tendido y ensangrentado en el borde de la pista. En medio de la batahola, alguien lo retiró en un parpadear de ojo o bien escapó malherido, fabularon los cuenteros del pueblo. El otro, en apariencia, fue tragado por la oscuridad circundante, porque nadie recuerda que haya habido ningún entierro el día siguiente.

Los caballos, asustados por el tiroteo, soltaron su atadura, abandonaron a sus dueños y se perdieron en la noche.

El orgullo desmedido y el miedo al ridículo hicieron que desaparecieran hasta los rastros de sangre del fatal enfrentamiento. La escena del crimen fue limpiada, en honor de los valerosos engreídos, por el instigador y mudo testigo del desenlace: el pueblo.

Felicitas Vera no supo si se convirtió en una novia abandonada o sólo en una desdichada, porque el destino le sustrajo los dos hombres que pugnaban por estar a su lado.

Tatakua conjuró su mala suerte, aunque tiempo después, se comentó como al descuido, que nadie escapa a su destino y menos el que apuesta a la muerte. Y también que Francisco Ozuna terminó en su ley, como por sus propias manos.

Febrero, 1993.

El gran soñador

El pastor primero fue expulsado de su iglesia por enmendar algunos versículos del Apocalipsis. Al poco tiempo, se instaló en la plaza y siguió predicando cada atardecer. Los chicos del barrio, cuando no teníamos en qué distraernos, nos convertíamos en su feligresía.

—¿Cómo será el fin del mundo? —preguntaba uno para que él disparara todo su repertorio

—Juan enloqueció de soledad en la isla rocosa de Patmos— dijo de entrada aquella tarde nublada.

—No soñó ni recibió ningún dictado de Dios sobre el fin del mundo, sólo deliró y vio su propio final quemándose en la locura— agregó y miró interrogante a su auditorio de turno.

En verdad, nadie se reía con ganas. Todos escuchábamos con cierta duda y perplejidad tantas afirmaciones desconcertantes.

—El mundo es un sueño del Dios que duerme su larga noche que dura miles de años— comenzaba el génesis de su evangelio.

—Las olas incansables son el ritmo de su soplido como coloso durmiente— seguía describiendo la creación.

—Los días son los momentos que duerme con los ojos abiertos— aclaraba con total desparpajo.

—Los truenos son los ronquidos de cuando duerme boca arriba— detalla los efectos en la naturaleza.

—Y cuando se despierte Dios el mundo habrá acabado como lo que era, un simple sueño— daba forma a su discurso y mostraba interés de seguir con sus revelaciones.

Cuando nos cansábamos de escuchar su interminable enumeración, le dirigíamos algunas preguntas para atizar más la fragua de su desquicio.

—¿Por qué tanto dolor, guerra, hambre e injusticia en el mundo, entonces?— disparó uno como inspirado para sofocar tanta imaginería.

—También a Dios, a veces, la cena le cae pesada— concluyó el pastor y besó el manojo de papeles que hacía de su libro sagrado.

El fútbol según Palanca

En la cancha se ven los pingos y a los burros, los domingos.

Así sentenció Palanca cuando escuchó al arquero subestimar al equipo adversario del próximo partido. Luego se unió al ruedo de tereré que hacían los muchachos en la sombra del naranjal, mientras esperaban que amaine el implacable sol de enero para comenzar la práctica.

Pero respondió uno de los jugadores, como haciendo contrapunto al técnico que ironizó el optimismo de su equipo, quedando abierto el juego de recuerdos y comentarios que tanto gustaba a Palanca pero simulaba no interesarle.

—Se cumplen 20 años de aquél clásico con el Club Sport, tal vez

repitamos la hazaña con nuestro equipo de aquella campaña.

Aunque haya perdido aquel partido memorable, Palanca salió como héroe para la afición, pero con una herida que nunca le cicatrizó, según El back, como le conocían todos. Era digno de admiración ver a Palanca, como capitán del Club 1º de Mayo, en aquella final inolvidable del Campeonato Interligas de 1970, en la Cancha Central de la Liga Gobernador Rivera, frente al Club Sport, con su figura grotesca que resultaba de tener las piernas tan arqueadas, las cuales conformaban una argolla casi perfecta. De tan chueco tenía los pies torcidos y como enfrentados de punta, y parecía un milagro que Palanca pudiera patear, como él sólo sabía hacer, dirigiendo la pelota como si hubiese lanzado con la mano y colocarla en cualquiera de los ángulos que elegía.

Por dicha condición tan especial de las piernas no podía usar botines y fue todo un dilema conseguir algo para sus pies a la hora de ponerles funda. Aunque en los torneos locales no había problemas, porque se podía jugar tranquilamente descalzo y a nadie llamaba la atención, ya que otros jugadores hacían lo mismo por no poder comprarse las zapatillas. Pero cuando llegó el Campeonato de Interdigas no era posible jugar descalzo, era estrictamente obligatorio el uso de botines con taquillas e indumentaria acorde a la reglamentación impuesta por la Asociación Paraguaya de Fútbol.

La solución vino de parte del único zapatero del pueblo, don Juan de la Cruz, un fanático del equipo, y en particular de Palanca que corría peligro de no jugar. Le fabricó especialmente un simulacro de botín, totalmente flexible,

con cuero y suela de nonato, tapones de goma y puntines dibujados, de modo que pudiera superar cualquier inspección del árbitro. Palanca jamás había usado un calzado, le decían "pies bolos" de tan redondeados que los tenía, pero eso nunca impidió que fuera el mejor jugador del pueblo de Tatakua y aledaños.

El día del partido, después que superó la revisión del referí, en la cancha comentó con ironía el mismo zapatero don Juan:

—Por las piernas lamentablemente no se pudo hacer nada, salvo que se cambie el reglamento y permitan usar pantalones largos.

Palanca seguía su precalentamiento segundos antes de que comenzara el partido, lejos del árbitro y de los *lineman*, tratando de no parar los pies para que nadie viese sus simulados botines.

La sufrida derrota de 2 a 1 contra el Sport nunca fue tema favorito para Palanca, a la hora de revolver el pasado de futbolista, aunque tuviera guardados como jirones de una prenda y en el fondo del baúl de los recuerdos. Siempre se sintió culpable de aquella derrota, porque participó de los tres goles del partido, aunque dos fuesen en contra. El primero de los goles fue olímpico y lo convirtió de una forma inexplicable. Tiró desde el corner un centro pasado, el arquero no pudo alcanzar y el arco de repente chupó la pelota que seguía la línea del área chica hasta la red. La gente hasta hoy recuerda el chanfle inimitable que puso en ventaja al 1º de Mayo durante el primer tiempo. Los otros goles Palanca prefería no comentar porque los consideraba venganzas del destino.

En esos años, descollaban en el mundo la orquesta de genios que dirigía Pelé en el Santos y en Paraguay, reinaban los Nino Arrúa, Carlos Lobo Diarte y Jara Saguier. En Tatakua, la varita mágica portaba el incomparable jugador de la vida y filósofo del fútbol, Ildefonso Irala, más conocido en el pueblo como Palanca. Sin embargo, quiso el destino que él mismo pisara el césped del Estadio Sajonia en un octogonal de Interligas, que también le dejó malos recuerdos. Porque jugaron cuatro partidos y ganaron todos durante el primer tiempo, algunos hasta por tres goles de diferencia, hasta que se encendían las luces y no encontraban más la pelota, porque no conocían las luces eléctricas en Tatakua. Palanca había comentado al respecto, como de paso, que fue una conspiración para eliminarlos, porque los demás habían jugado a la luz del día y ellos que a lo sumo habían aprendido a jugar en plenilunio o con iluminación de luciérnagas, pero nunca con el neón artificial.

Nadie sabía con precisión el porqué de su apodo. Algunos sostenían que era por la fuerza con que impulsaba el balón, tal vez en una analogía involuntaria con Arquímedes que pidió una palanca y un punto de apoyo para mover el mundo. En más de una oportunidad, con un saque de arco había convertido goles ante el descuido del arquero contrario, con la ayuda de una cancha despareja o algún viento cómplice que respondía al conjuro de aquel maravilloso personaje que era Palanca. Era célebre su saque de punta en que la pelota salía rasgada por la uña del dedo grande y zumbando por el aire como una bola sonora.

Otros decían que era por los defectos de sus piernas y las virtudes de su corazón de niño que nada le resultaba

imposible en su imaginación, y menos en la realidad de su definición como un pequeño dios de la pelota. Palanca era una especie de creador de un fútbol muy personal, cuya historia siempre fue sospechosa y sospechada de haberla inventado él mismo. Negaba rotundamente que fuesen los ingleses sus autores, aunque sí aceptaba su profesionalización y de ahí justificaba que su reglamentación fuera en inglés.

Palanca historiaba a su manera el fútbol a los jugadores y compañeros, dejando escuchar a los chicos que miraban de curiosos y parecían soñar con la magia del Back más renombrado de la región.

—El origen del juego de la pelota se pierde en el tiempo de la humanidad, hay antecedentes casi en todas las culturas, inclusive en las indígenas precolombinas. Pero lo que no se duda es que fue creado por niños y el sello del juego es la alegría. *Quien juega sin alegría no juega, mata el alma de la pelota. Debe dedicarse a otras cosas más serias.*

Recuerdan en el pueblo que, además de la práctica habitual de gimnasia y juegos de pelota, Palanca enseñaba a reír y sonreír a sus jugadores, como un ejercicio más dentro de la cancha. Perseguía a los que presentaban un aspecto recio y tomaban el fútbol como algo parecido a una obligación. Se obsesionaba con el tema de la alegría en el juego y su prédica volaba a los cuatro vientos, incansable repetía "jueguen felices".

Palanca exigía al jugador que dominaba un juego que aprendiera cada día algo distinto, reprendía hasta al que

convertía goles sin variar la jugada. A menudo, decía que hacer goles de la misma manera todos los días era igual a fabricar galletas siempre con la misma fórmula. Y como si todo fuera poco, exigía también mucha velocidad pero no a los jugadores sino en el pase del balón. Estaba convencido de que la velocidad debía llevar la pelota y el jugador sólo tenía que pasarla de primera. Pero para entrenar ese aspecto trazaba su famosa rayuela en la cancha, donde cada jugador ocupaba un recuadro con el número de su camiseta o puesto, y no debía nunca salir de su límite a la espera del balón para pasar a otro compañero hasta el alcance de los delanteros, que sí podían moverse libremente hacia el arco contrario todo lo necesario.

Palanca para cada táctica de juego no ahorraba reflexiones ni retaceaba la imaginación:

—Cada jugador que recibe el esférico no debe preocuparse en buscar a su compañero, éste debe aguardar en su puesto exacto y enlazar el juego con la pelota hasta anidarla en la red adversaria. Con ojos cerrados un jugador debe pasar el balón y llegará a buen destino si el compañero respeta su lugar encomendado. Porque al principio el fútbol y el rugby se jugaban como un solo juego, con los pies y con las manos, luego con el tiempo fueron diferenciándose pero quedaron algunos resabios en uno y en otro. En el fútbol, por ejemplo, el jugador que quiere llegar al arco con la pelota, después de cruzar toda la cancha, es típico del rugby, pero la velocidad se debe imprimir a la pelota con el pase rápido y preciso dentro de un plan de juegos aprendido de memoria en los entrenamientos.

Por momentos, en Palanca parecía mezclarse el papel de técnico y jugador en la cancha, indicando jugadas y

posiciones a los dirigidos al mismo tiempo que él se ubicaba como compañero y defensor infranqueable al ataque adversario, pero no antes de echar algunas ideas que reflejaban su filosofía de juego.

—El gol es una belleza, pero el placer está en la jugada. Los pases previos del gol son como las caricias para el clímax del amor.

La sola presencia de Palanca en la cancha era suficiente para atraer a la gente masivamente como con un imán, para ver el partido y su protagonista indiscutible, ya convirtiendo un gol olímpico o de chanfle de algún tiro libre, pateando con el talón del lado de afuera del pie torcido. Era un espectáculo aparte verle, por más entretenido que resultaba el partido. Parecía que jugaba, en primer lugar, para divertir a los espectadores y luego, si cabía dentro de la alegría, para la camiseta que lucía con el eterno número 2. Palanca era lo que se dice un jugador completo, funcionaba muy bien en todos los puestos, pero las demás posiciones en la cancha había aprendido sólo para reforzar el aprendizaje de su puesto. Hasta en el arco cumplía un buen papel y tenía algunas piruetas propias que los demás arqueros fueron copiando, como desviar un penal con la cabeza o colgarse del travesaño y rechazar con los pies.

Al respecto, Palanca tenía su propia teoría y trataba de imponer a pesar de la resistencia de un delantero, por ejemplo, de ir al arco como práctica inherente a su puesto de goleador.

—Un buen centroforward debe conocer al dedillo las astucias de un buen arquero, para eso es recomendable

aprender a ser arquero también, para ver el revés de un ataque de gol o mirar la trama del tejido en su reverso. Como también un buen arquero necesariamente debía ser un buen tirador de penales y delantero oportunista para abortar los desbordes ofensivos.

Aunque los jugadores trataban de seguir la imparable imaginación de Palanca, se resignaban a escuchar y tratar de asimilar lo máximo de la lección, pero decididamente no se ilusionaban con lograr las piruetas inimitables y jugadas mágicas del maestro que parecía por momentos irreal o imaginario.

Para romper esa incredulidad de sus jugadores, Palanca traía siempre a mención las palabras del legendario jugador argentino Alfredo Di Stéfano sobre el paraguayo saltarín Arsenio Erico:

—Saltaba tan alto en busca de la pelota que temíamos que se quedara en el cielo y nos dejase solos en la tierra sin la alegría de su juego.

También Palanca hablaba de Erico como si fuera un dios del fútbol y como si fuera al mismo tiempo un viejo conocido. Todos sabían que cuanto refería Palanca sobre el crack de los Diablos de Avellaneda había obtenido de oídas nomás, pero lo contaba con tantos detalles que cualquiera hubiera pensado al escucharle que fue testigo en cada hazaña deportiva.

Palanca se repartía equitativamente entre su papel de técnico y jugador, para configurar su personaje de director se quitaba del bolsillo un quepis, se calzaba en la cabeza, y arengaba a sus dirigidos. Luego volvía a guardar su gorra y se ubicaba en el equipo como un jugador más. Así iba

impartiendo su lección de fútbol mezclada en todo momento con una filosofía de vida que sólo él conocía o existía en su imaginario de futbolista.

Palanca era amado y admirado por todos pero totalmente incomprendido, porque no valoraba el resultado de los partidos y restaba importancia a las derrotas, que muchos sospechaban que era una excusa pícara para exculparse de cualquier fracaso. Palanca más bien rescataba las jugadas inolvidables de los jugadores, describiendo con exquisitos detalles, como si fueran joyas del aire, un buen salto o la estirada brillante de su arquero. Le favorecía un poco la costumbre de no mostrar mucho entusiasmo a la hora de ganar, más destacaba el buen juego.

Después de algún partido mal jugado o resultado adverso, sentenciaba algo siempre, ante la disconformidad de la hinchada y para el desconcierto de sus oyentes, como dijo en una oportunidad:

—Los goles son como los caramelos para los chicos, sólo sirven para los que no entienden de fútbol, y son también entretenimiento fácil para los que buscan un triunfalismo con poco esfuerzo.

Palanca apoyaba su tesitura de acuerdo a la historia de fútbol que él contaba. Nunca dio fechas ni épocas para el fundamento de sus aseveraciones sobre las cuestiones históricas del fútbol y las modalidades que fue adquiriendo a través del tiempo. Pero defendía con pasión cada una de sus teorías y estaba dispuesto a llevar su defensa todo el tiempo necesario para rebatir y convencer a su interlocutor de turno. Se explayaba muy suelto de cuerpo sobre su extraña teoría sobre su deporte favorito y no perdía ocasión para machacar sobre la pérdida del buen gusto en los

juegos, y el olvido permanente de que el fútbol tiene vocación de arte.

—Al principio no existían los arcos, éstos fueron inventos de los mercaderes del fútbol, para engatusar a los desprevenidos espectadores. Quieren hacer creer que los goles son la coronación de un partido, al contrario de lo que son realmente, efectismos de dudosa cualidad moral. De ahí que los jugadores hoy en día los podrían hacer de cualquier manera, con la mano y todo, con tal de que no lo advierta el referí; porque el fin justifica plenamente los medios: lo que importa es el resultado, no el fútbol en sí, sino el negocio.

Palanca abundaba en detalles para reforzar su argumento, ya recurriendo a ejemplos, ya tomando imágenes poéticas o comparando el partido con hazañas heroicas, casi siempre rematando a algún aspecto del inevitable cotejo entre Club Sport y 1º de Mayo.

—El fútbol debe sostenerse en la cancha con las jugadas, sin perder interés ni belleza, no debería depender de los goles para levantar el pesado trasero de la tribuna. Una jugada debe ser capaz de conmover hasta las lágrimas de emoción o provocar el grito victorioso de una batalla digna de ser contada por poetas como Homero, Ovidio o Emiliano.

Al futbolista Palanca exigía cualidades casi sobrenaturales, como un espíritu épico, una garra de héroe y un pecho de lanzallamas. Aprovechaba las fiestas de San Juan para organizar un partido con *pelota tata* —pelota de fuego—, donde cada jugador debía demostrar sus destrezas

con el balón en llamas como si tuviese la mejor número 5 a sus pies. El que llevaba la peor parte era el arquero, que debía rechazar o embolsar como si fuera simplemente el balón de cuero.

El pueblo disfrutaba como nunca del partido con pelota tata que realizaba Palanca en honor a San Juan, entre otros tantos juegos tradicionales, como el palo engrasado o enjabonado (*yvyra syïn*), caminata sobre brasas (*tatapyïn ári jehasa*), quema de Judas (*Judas kái*), sortija y corrida de toros (*toro ñemoñarö* o torín). El partido con *pelota tata* era la mayor atracción de todos los juegos, porque además los jugadores se disfrazaban de fantasmas o genios de la noche (*kambá* o *póra*), pero sólo a Palanca se lo distinguía entre ellos por el arqueo de sus piernas. Pero esta costumbre de disfraces en el Paraguay ya venía de las épocas coloniales, según algunos, heredada de alguna contingencia de esclavos venida de África; aunque otros afirman que la historia data de más recientes hechos que dejó el genocidio de la Triple Alianza, en manos de los brasileros y bandeirantes que usaron de carne de cañón a los negros esclavos contra el Paraguay.

Pero había pasado una hora larga y el calor de la siesta en Tatakua hacía honor a su nombre, horno de fuego en guaraní. Los jugadores no parecían con ganas de dejar la sombra fresca de los naranjos, aunque Palanca ya picaba la pelota con el arquero y pitaba de vez en cuando el silbato para cortar la modorra pueblerina. Algunos jugadores seguían buscando pretextos para conversar y demorar un poco más el entrenamiento.

De pronto, el jugador Juancho Portillo inquirió, aprovechando la curiosa predisposición de Palanca al diálogo, impulsado quizá por el intenso calor que derretía todo, hasta la memoria, hizo saltar al pregunta:

—Pero cómo fueron realmente los goles de Sport, la gente en el pueblo dice cualquier cosa y nunca supimos la verdad.

Palanca, sorprendido por la pregunta punzante, se dispuso a contestar haciendo gambetas como siempre. Habló, primero, de otros temas que les desvelaba y hacía a la formación del buen deportista. En un salto inesperado se instaló en la antigüedad, hablando del origen del gimnasio y el liceo, el cuerpo y el alma como una unidad y armonía. Habló con naturalidad y en tono sentencioso olvidando por completo echar luz sobre los goles de Sport.

—En Grecia, el ganador de las Olimpíadas se convertía en un pequeño dios para la gente, no por el hecho de triunfar, sino por reunir la suma de las virtudes, pero sin confundir con guerreros o patriotas a la hora de valorar al deportista. El deporte es universal y generoso, debe engrandecer a una nación y añadir paz al mundo. El deporte tiene una camiseta que defender y la patria, la bandera.

Los jugadores notaron la incomodidad y las vueltas de Palanca para abordar la respuesta esperada. Pero no cortó de cuajo, siguió el hilo de su exposición un rumbo incierto. Aunque entre consejos y reproches parecía encaminarse hacia la incógnita.

—El deporte persigue la virtud, no sólo el triunfo. El futbolista debe estar preparado de buena forma, jugar bien y saber valorar el buen juego. Por eso siempre les exijo

felicitar al adversario cuando nos gana con altura y arte, que Uds. tanto resisten.

El jugador Eusebio Flecha le notó indeciso a Palanca, allanó el camino con ansiedad y clavó la espina.

—El gol del Sport, el empate, ¿fue de contra?

Respondió en seco:

—No, no. Fue de culo.

Luego Palanca explicó que uno de sus saques de arco, de punta violenta, dio en el trasero de un wing que se interpuso y mandó de rebote al fondo de la meta.

A esta altura, Palanca estaba desvencijado y no podía disimular el resquemor que sentía ante los muchachos, al recordar un partido que le marcó para siempre *su trayectoria,* como si él fuera realmente un astro del firmamento.

Pero el gol de la victoria, el segundo de Sport, nunca fue misterio en Tatakua. Se sabe que, al salir el arquero, en un ataque contrario, Palanca quedó como último hombre para defender el arco y lo defendió, imaginariamente al cerrar las piernas, pero la pelota siguió su itinerario: primero, pasó de caño por su sortija de chueco y luego, se anidó en la red de 1º Mayo. Pero a Palanca nunca se le arrancó una palabra sobre este gol, hasta aquella tarde en corro de tereré, en la sombra y esperando la piedad del sol para comenzar el entrenamiento.

Otro jugador de más confianza, Leoncio Bernal, insistió para escuchar de una buena vez, al límite de su paciencia, la respuesta del propio Palanca.

—¿Entonces, el segundo gol fue en contra?

Palanca tomó la pelota, pitó el silbato, llamó a todos a la práctica y remató el asunto:

—No. Fue de concha.

Julio, 1998.

Con el alma herida

Me despertó el teléfono; sonaba insistentemente. Una mujer reconoció mi voz aún adormecida y me lo hizo notar al llamarme por mi nombre. Antes siquiera de restregarme los ojos y contemplar que ya había amanecido, me remató con la noticia.

—Francisco murió anoche, estoy avisando a todos los amigos— dijo Griselda, me pareció que jadeaba de tanto dolor.

Con un esfuerzo pude abrir los ojos y cerciorarme de que no era un sueño lo que acababa de escuchar por teléfono. Porque hacía tiempo que nada sabía de mi amigo, después que dejamos de publicar la revista y buscamos cada uno nuevos horizontes.

—¿Pero de qué?— atiné a preguntar algo más despierto.

—De su asma— contestó la novia como dando por terminada la comunicación.

Me senté de golpe en la cama y le grité que no cortara por favor.

—Dónde queda el velatorio— pregunté atropelladamente.

Dudó un instante.

—Rivadavia al diecisiete mil, entre Morón y Haedo— respondió nerviosa y cortó, excusándose que debía seguir llamando a los demás amigos.

Me levanté pesadamente de la cama y preparé el mate como un autómata. En mi mente fluían imágenes entremezcladas, donde Francisco aparecía con sus carcajadas y ocurrencias, su figura espigada y pensativo en la ventana de la oficina que compartíamos apenas unos años antes.

Busqué toda la tarde la casa de velatorios. Al parecer, había anotado mal la dirección. Recorrí todas las casas de la zona y en ninguna de ellas estaba el cuerpo de Francisco velándose.

Volví angustiado por la pérdida de un entrañable amigo, aunque estábamos distanciados sin proponernos. Pero más angustiado volví por no poder darle el adiós final y contemplarlo por última vez.

Pasaron casi tres años. Una medianoche volvía de ver la película *La Hora de los Hornos,* de Pino Solanas, y bajé en Plaza Once. Y, antes de tomar el colectivo que va hacia mi casa, mientras regaba con la micción el mausoleo que guarda los restos de Sarmiento, como una venganza

paraguaya por sus crímenes en la Triple Alianza, una voz familiar me llamó por mi nombre.

De inmediato reconocí, a mi espalda, la voz de Francisco, aunque pensé que provenía del más allá. Quedé paralizado al ver al amigo en cuerpo y figura.

—No te espantes, soy yo, no me había muerto— explicó Francisco con grandes gestos para inspirarme confianza.

Mi cuerpo estaba en levitación. No me salía una palabra. No corrí porque no sentía las piernas. Traté de bajar a tierra y recuperar la razón.

—No sabía que a vos también Griselda te mintió— agregó el amigo como aturdido por reiterarse la misma escena con tanta gente conocida.

—Qué pasó, Francisco— logré preguntar dentro de mi turbación.

Me contó, entonces, que había conocido una nueva chica y la dejó por ella. En represalia, robó su agenda y llamó a todos dando la misma noticia de su muerte.

Y dijo:

—Quedó con el alma herida y se vengó así.

Ofertas del Paraíso

Buenos Aires mezquina el sol en invierno y la plaza se convierte en el único lugar de la ciudad donde le es permitido alumbrar; porque los altos edificios cubren con sus sombras todas las calles y avenidas. Los transeúntes buscan la forma de ganar un banco o un sitio para recibir los rayos solares, antes de que caiga la tarde y también la plaza se vuelva una fría sombra.

En medio del vaivén de la jornada, una siesta se cortó mi labor por un rato y ocupé un banco en la Plaza del Congreso. Aquel día comencé muy temprano a recorrer la ciudad y había pasado por alto el almuerzo, entonces compré unas bolsitas de maníes y girasoles. Y mientras masticaba lentamente recreaba mi vista con las piruetas de la fuente, cuyas aguas

danzaban al compás de un vals de Strauss. A mí alrededor, unos niños incansables procuraban cazar palomas con granos de maíz, así también algunos ancianos tomaban sol, como lagartos cansados de la humedad, miraban de frente al sol y bostezaban.

De pronto, interrumpí mi deleite visual y me encontré con que un hombre de traje riguroso se había sentado en la punta de mi banco, sólo atiné a mirarlo como tomando nota de su presencia y parecía dispuesto a hablar de cualquier cosa. Me intimidó su mirada incesante y dejé de comer. Traté de seguir mirando todo cuanto se movía en la plaza con tal de no hablar con nadie, menos con el hombre que parecía buscar pretextos y ventajas de algún modo conmigo.

Estaba ya incómodo como para levantarme, cuando el hombre hizo un gesto parecido al mío y miró su reloj; me preguntó la hora como para corroborar la suya, pero yo no tenía reloj. Entonces, aprovechando el instante de mi atención, se despachó con una sarta de obviedades como "que rápidas pasan las horas en invierno... qué cantidad de chicos o qué linda fuente en una plaza pública". Preferí no pronunciar palabra alguna y sólo moví la cabeza afirmativamente, pero sin disimular la desidia que sentía ante la sola posibilidad de entablar un diálogo con él. No alcanzó mi repuesta, evidentemente, porque el hombre abrió su maletín, extrajo una carpeta abultada decidido a enfrentar mi silencio.

—Me permite hacerle unas preguntas, soy encuestador —dijo el hombre, disparándome por fin su porfiada intención de conversar.

No sabía si levantarme y dejarle con su pregunta por inoportuno o si contestarle con una evasiva.

Fui cortés aunque cortante.

—Señor, estoy apurado y no sé de qué se trata lo que está diciendo; de cualquier manera, le agradezco... —dije como ya despidiéndome al mismo tiempo.

El hombre saltó como un resorte y me hizo un ademán para que no me levantase. Se volvió a sentar más cerca de mí y abrió su carpeta para mostrarme un álbum de hermosos jardines, con flores que parecían un muestrario de colores y pinares que rodeaban el terreno.

—Ud. tiene familia, hijos, supongo. Por eso estoy seguro que le van a interesar mis preguntas—continuó el hombre deshilvanando algo en la mente.

Sin disimulo ya mostré fastidio y me dispuse a cortar por lo sano.

—Señor, le reitero por última vez, estoy apurado y no me interesa otra cosa que volver al trabajo... —le remaché de un tirón y guardé mi merienda frustrada en el portafolio.

Advirtió el hombre mi molestia y trató de disculparse, pero procuró de disuadirme que no me fuera antes de escuchar su propuesta. De inmediato me di cuenta de que algo quería ofrecer y le hice notar su primer paso en falso. Pero a esta altura, igualmente, y sin querer había entablado una conversación con el hombre en cuestión.

—Finalmente, qué vende o qué se le ofrece, señor —le allané el camino algo intrigado y animado por el deseo de ponerle un punto final al interlocutor.

—Bueno— respondió, ignorando mi fastidio—, Ud. debe ser un hombre exitoso, feliz y muy saludable, por lo que se ve, sin embargo debe coincidir conmigo en que no todo lo

puede resolver uno como quisiera en la vida. Hay factores involuntarios que determinan, muchas veces, el destino de nuestros seres queridos o de uno mismo —desenrolló un pequeño discurso el hombre sin decir *agua va.*

—Señor, sigo sin entender nada y le pido que me tenga en cuenta —le recordé, como de paso, y ya con ganas de que terminara de una buena vez.

—Ud., en esta parte de la vida, puede elegir el trabajo, también optar por una vocación, enamorarse, casarse, tener hijos, comprar una casa, muchas cosas —dijo el hombre, convencido de que había logrado mi atención; advertí claramente que dividió mi vida en dos partes, a propósito, y dejó una pendiente.

—Señor, le falta la otra parte de la vida —apunté irónico, como restando efectividad a su táctica discursiva.

El hombre pareció tomar impulso ante mi zancadilla verbal, se incorporó entusiasmado para esclarecer mi duda y comenzó a apoyar sus explicaciones con gestos severos, como si las palabras no fueran suficientes y las manos pudiesen convencer más que un argumento prefabricado.

— Claro, permítame continuar, Ud. lo dijo. Falta la otra parte, la más importante, lo que decimos comúnmente al perder un ser querido: *pasó a mejor vida.* Ud., y gracias a esta novedosa propuesta de nuestra firma El Paraíso S.A., puede elegir libremente su morada final y la de su querida familia —el extraño vendedor pareció entrar en trance, porque gesticulaba cada palabra con exageración y al final, al redondear su demorada oferta, fue acompañando su ofrecimiento con una amplia y satisfecha sonrisa.

—Nuestra empresa cuenta con la representación de los mejores cementerios privados, con variadas medidas y niveles de parcela, inmejorables condiciones de pago y seguro incluido, por si Ud. no llega a completar las cuotas pautadas. *¡Dios no lo permita jamás!*

Junio, 1997.

Trasnochados

El tren de la medianoche viaja lleno de pasajeros insólitos: Estudiantes nocturnos, obreros demorados en los copetines de la estación, trabajadores de doble turno, serenos y custodias que terminan a esa hora su jornada; mujeres que ofrecen compañía, borrachos que duermen y de los que vociferan su fluir de conciencia; niños que ofrecen estampitas o venden golosinas; enfermos y lisiados que piden ayuda económica; charlatanes de feria ofreciendo baratijas sobre rieles; predicadores de todas las sectas cristianas. Entre estos últimos, un apocalíptico hablaba de la inminente llegada del fin del mundo. Con su cara aindiada y el traje que le sobraba en

las mangas, que parecía prestado, deleitaba al pasaje con los versículos bíblicos.

—Hermanos, yo ya estoy preparado para hora señalada por el Señor— confesó el pastor con su voz casi ahogada.

Nadie se inmutó siquiera por tan importante revelación. El pregón de los vendedores y pordioseros, entremezclado con las palabras divinas, resultaba el mensaje con auspicio de galletitas, alfajores y refrescos.

—¿Y Uds. también están preparados?— interrogó al auditorio andante y giró 180 grados para escrutar con la mirada la respuesta.

El traqueteo del tren adormecía a gran parte de los pasajeros que volvían cansados a casa. Parecía que nadie prestaba atención. El vagón se hamacaba ruidosamente en las curvas y el evangelista se esforzaba más con su grito chillón.

—Pero están a tiempo. La misericordia del Señor es infinita. Yo también antes me daba a las bebidas. Me iba todas las noches con mujeres. De forma compulsiva jugaba a los naipes, el bingo y las carreras de caballo—enumeró el predicador las debilidades del pasado.

Despertó de repente cierto interés en los oyentes. Porque más de uno levantó la cabeza y dejó de dormitar al escuchar la confidencia del mensajero del Mesías

—...Hasta que conocí a Cristo, mi Señor, el único camino que lleva a la salvación. Desde ese día, no bebo más, dejé de lado las mujeres de mal vivir, abandoné todos los vicios, gracias a Cristo —dijo el profeta del fin del mundo,

seguro de haber dado una lección contundente con su ejemplar vida.

Por lo visto, un borracho seguía la prédica al pie de la letra. Sobre el tapete de lo dicho por el pastor, aunque respondió con dificultad en la modulación por el grado de embriaguez, en contrapunto a las palabras sagradas, tiró su conclusión al ruedo y ganó la sonrisa cómplice de varios viajantes. Justo en el compás de la expectativa, espetó su lapidaria respuesta:

—Entonces, Cristo te cagó la vida, hermano.

El tren que partió un día y no volvió nunca más

Cada vez más ausente,
como si un tren lejano
te arrastrara más lejos.
Cada vez más presente,
como si un tren querido
recorriera mi pecho.

Miguel Hernández

Todos coincidieron en el mismo hecho. El último tren partió un domingo a las siete y cuarenta de la mañana. Coincidieron también en que, con ese convoy final, comenzó la agonía de Tatakua.

La noticia que había surgido, primeramente, como un rumor sin importancia luego se fue corporeizando como todo mal presagio para los que se sentían ligados de algún modo con el pueblo; cada cual tenía su propio argumento para justificar la tragedia, buscando explicaciones variadas e insólitas, al triste final del pueblo.

Ubicado al pie del majestuoso cerro Yvytyrusu, Tatakua había nacido lejos en el tiempo y de una forma imprecisa; para algunos fue

primeramente una toldería de los Mbyá; para otros, un paraje de campamentos de carreros y obrajeros. Camino obligado para los que viajaban hacia el Alto Paraná en la época de la explotación de los yerbales, donde los *mensú* hacían parada antes de internarse en el *infierno verde* como llamaban a las grandes plantaciones de yerba y por las condiciones infrahumanas a las que eran sometidos los trabajadores. Cuentan también, los más viejos, que el pueblo sencillamente comenzó su historia como un puesto más dentro del feudo de los Mascardi, familia terrateniente surgida de la repartija de tierras que hubo después de la Guerra Grande de 1870, con la llegada de financistas de los aliados invasores contra el Paraguay que conformaron Argentina, Brasil, Uruguay e Inglaterra.

La llegada del ferrocarril se remontaba a los primeros años de 1900, cuando el pueblo comenzó su empuje con el negocio de la madera de lapacho, que era abundante en la región y de la mejor calidad. La vida del pueblo se transformó al ritmo vertiginoso de un siglo lleno de sorpresas y maravillas. La posibilidad de viajar a ciudades como Villarrica y Asunción trajo aparejada la puesta al día con las noticias e innovaciones tecnológicas que venían a ser lo más parecido al progreso visto desde la selva. Por esos años, el diario del día comenzó a ser frecuentado aun por quienes no sabían ni leer ni escribir.

En 1915 luego de una ruidosa ceremonia y un único discurso inaugural a cargo del Jefe de la Estación, comenzó a operar un flamante telégrafo morse. Sus señales llenaron sorpresivamente el aire de la región, incorporando a Tatakua en el increíble mundo de las comunicaciones.

Entre finales y principios del siglo pasado, y con la nueva estación terminal de tren, Tatakua floreció en el mapa como un gigantesco depósito de rollos macizos extraídos de las entrañas profundas de la selva. Sus campos y rozados pronto se cubrieron de rollizos que secaban sus cuerpos al fuego solar y aguardaban el turno de ser transportados hasta los aserraderos, para convertirse en durmientes, tablas, tablillas y tablones. Orgulloso cementerio de árboles sembrado alrededor del pueblo, el paisaje de cadáveres forestales extendía sus dominios más allá de las orillas del campo comunal.

Pero fundamentalmente desde la terminal se proveían rajas en cantidades industriales y también el sustento constante de leñas para las grandes calderas a vapor que movilizaban las locomotoras en todo el país.

Había lapachos cuyos espesores se elevaban como paredones rústicos a casi veinte metros de altura, y por primera vez mostraban en sus vetas internas y anillos de crecimiento los secretos de una vida varias veces centenaria: La frondosidad de sus copas había asistido al descubrimiento de América. Las huellas de los hachazos se contaban de a miles en la confrontación entre la madera y el metal. Fuerza contra fuerza.

Y al caer la noche, los fogones llamaban al momento diario del descanso y de comparar las hazañas de los hacheros, especies de héroes en el folclore regional. Allí fanfarroneaban sus proezas de fuerza medidas en días o semanas de trabajo por cada lapacho robado a la selva, frente a las caras imperturbables de los niños, quienes escuchaban en silencio a sus héroes. Una colección amplia

de hachas quebradas en la única herrería del pueblo hablaba acerca de la fiereza del combate de los hacheros contra los gigantes.

La mayoría de esos jornaleros eran forasteros venidos especialmente contratados para derribar lapachos y también para acarrear los troncos, carros mediante, desde las profundidades de los montes próximos y lejanos de Tatakua. De ahí que algunos en vez de narrar hechos heroicos o epopeyas personales, rememoraran sus pueblos de origen y describían a personajes queridos a la hora de llover tenuemente la nostalgia sobre los recuerdos. Otros apuraban el trago como queriendo ahogar los recuerdos que fluían a borbotones entre copas y copas de caña. No faltaron tampoco algunos músicos arribeños que amenizaban con algunas canciones de raigambre popular los temas de amorío y desengaño sentimental. En especial, era habitual escuchar a los cantores en los llamados *compuestos* que, como viejos trovadores, contaban y cantaban en largas historias pasionales por lo general con final triste.

Pero la noche también era el tiempo del descanso para las mulas, calculadas en cientos y miles, después de cada jornada y luego de arrastrar pesados carros por los lodazales, pasaban la noche en Tatakua pastando cuanta maleza encontraran a su alcance.

Mientras, los arrieros y carreros se agenciaban algún bocado de cena y libar su infaltable caña blanca; peleaban por ganar el espacio de contar la hazaña mejor de la oportunidad, a veces relacionada con tigres gigantes o aparecidos de toda clase en la noche densa. Y cuando los fuegos menguaban, era la hora de dormir. Y con el

amanecer retomaban su camino de vuelta a la selva para una jornada nueva, hasta reencontrarse a la noche con la misma escena de todos los días: caña blanca, casos e historias increíbles, mala cena y apenas dormitar hasta la madrugada. Un sol tras otro; una luna tras otra.

Aquella terminal había sido el único medio de comunicación y transporte con que contaba Tatakua hasta que, tras su desaparición, idearon algunas rutas alternativas de tierra que con las lluvias estivales permanecían más cerradas que abiertas. La gente comenzó a buscar nuevos horizontes, surcando caminos a los cuatro vientos. Fueron quedando los ancianos, madres y niños, ya que los hombres de trabajo marcharon en busca del pan, para luego llevarse de a poco al resto de su familia. Las casas fueron quedando abandonadas, sin dueños, cercadas por espesos boscajes. Los perros, también huérfanos, aullaban lastimeramente al llegar la noche y parecía que la luna les guiñaba el recuerdo de sus amos. Las muchachas aguardaban el momento de seguir a sus novios empujados por la necesidad de buscar nuevos rumbos.

Hasta que el pueblo se convirtió en un fantasma, apenas habitado por algunos ancianos solitarios, personas inválidas que no pudieron mudarse y otras figuras espectrales de difícil descripción. Era imposible imaginar de qué vivía esa gente, ya que no había quedado un almacén ni nada parecido donde adquirir los alimentos imprescindibles u otras necesidades vitales. Luego se supo que prácticamente vivían con lo que podían, a base de verduras, hortalizas y carne de animales domésticos, como en el Principio.

La noticia de la desaparición prácticamente inexorable del pueblo saltó a las páginas de los diarios capitalinos. Tocados por la nostalgia y la angustia existencial, los oriundos de Tatakua proyectaron una reunión para considerar la triste novedad que afectaba a todos los lugareños, aun los que habían salido de niños y casi no recordaban nada, pero *la tierra tira* dijeron a la hora de intentar reanimar el apoyo a su pueblo.

El día se fijó después de una larga jornada de deliberaciones en el Club de Amigos de Tatakua, creado precisamente a raíz del inminente peligro sobre el pueblo. La reunión se llevó a cabo luego de varias solicitadas publicadas en los diarios de Asunción. Así fueron apareciendo los tatakueños, heridos en su orgullo y por el miedo de perder para siempre su origen, su terruño, su lugar de nacimiento. Y aunque muchos trataban de ocultar su origen pueblerino e inventar alcurnias capitalinas, otros sintieron verdadera, en las profundidades de su ser, la posibilidad de borrar para siempre el punto del mapa que indicaba su arribo al mundo. Otros permanecieron inconmovibles y no hicieron nada por evitar el desenlace indeseado para los hijos sensibles de Tatakua.

Los tatakueños residentes en la capital establecieron un centro de apoyo para que el pueblo no muriera del todo. Acordaron el esfuerzo de ayudar a los últimos habitantes para que siguieran viviendo en Tatakua y promover de inmediato la repoblación, creando alguna actividad que facilitara fuentes de trabajo como la reactivación de un aserradero abandonado, a sabiendas que el pueblo aún contaba con madera de todas las especies; incluso

rehabilitar la precaria ruta que unía a la principal con destino a Asunción.

Entre los interesados aparecieron, entonces, varios profesionales y comerciantes prósperos que habían nacido en Tatakua pero que no volvieron nunca por desidia, hasta que escucharon que su pueblo corría peligro de morir por abandono total de sus pobladores. Ahora querían a toda costa sacrificarlo todo en pos de un resurgimiento del pueblo, devolverle a cambio de la vida que les dio un porvenir como todo pueblo con hijos agradecidos. "No podremos devolverle el tren", manifestó un representante de los entusiastas participantes del flamante Club de Amigos de Tatakua, "... Pero le llevaremos el progreso a través de un nuevo camino". Otro dijo: "El pueblo volverá por su senda de pujanza y bienestar", queriendo imponer un tono político al proyecto. "Los hijos bien nacidos de este pueblo no permitirán que vuelva a suceder la tragedia del olvido con Tatakua", sentenció un hombre bajito, quien dijo descender de los primeros pobladores del pueblo, sin aclarar si sus ancestros fueron indígenas o *mensú* de obrajes de los Mascardi, usurpadores de las tierras que hasta hoy envuelven al pueblo.

Apenas comenzaron los preparativos para reanudar la actividad en el viejo aserradero, volvió el último cura que había tenido el pueblo. Por suerte, la parroquia no había caído del todo, ya que la utilizaban los animales, vacas y caballos, también abandonados por sus dueños, para resguardarse de la lluvia y la fría llovizna de agosto. El padre Toribio había devuelto al pueblo las olvidadas campanadas para los rezos y convocatorias a misa y rosarios y oraciones

habituales. Al poco tiempo volvía a transitar gente por el pueblo, incluso vehículos de otros pueblos aledaños. También volvió el último comisario y retomó su mando en la tapera que había quedado de la comisaría. Toda la fuerza de seguridad del pueblo consistía en un jefe policial y un flaco soldado de apenas 15 años.

Cuando había transcurrido un año de la asistencia al pueblo se hizo una gran fiesta de refundación de Tatakua, donde asistieron todos los residentes tatakueños en la capital y otras ciudades importantes del Paraguay, como así también autoridades zonales y nacionales. Hubo promesas enardecidas al por mayor y juramentos por doquier a la hora de declarar el amor a su pueblo, el que jamás volvería al borde del abismo. No faltaron los desfiles de improvisados estudiantes, trabajadores y personalidades notables que habían visto la luz en Tatakua. Todo al ritmo estruendoso de una banda que pretendía ser militar pero de un indisimulable e improvisado linaje.

Al otro día de la fiesta, el pueblo recobró su silencio unánime y parecía haber vuelto a la normalidad. Aquel bullicio de la gente no era apropiado a Tatakua que permaneció por décadas olvidado y sin esperanza. La música no había alegrado el pueblo sino había resaltado la lúgubre costumbre de haber perdido el tiempo de ser feliz. Aunque la idea fue de recobrar el sentido de la festividad popular y, de alguna manera, refundar el pueblo con una celebración que dividiera la historia en dos. Enterrar, por un lado, la condena de haber vivido olvidado hasta el punto de desaparecer y, por el otro, levantar sobre el primero una vida renovada de perspectivas más confiables.

A pesar del decorado maravilloso que tuvo Tatakua en su fiesta, abajo permanecía la otra realidad, la de haber muerto en vida y que sólo el tiempo sabrá si realmente volverá el ritmo verdadero que tuvo alguna vez el pueblo. "Pero ahora volvió la vida al lugar y recuerda a otras épocas de esplendor", dijo un fervoroso lugareño, muy contento de recuperar su lugar de nacimiento.

A poco, los rincones del pueblo volvieron a latir al compás de una nueva vida: otro aserradero echó a andar al poco tiempo, y también una olería de ladrillos y tejas, y una escuelita en ciernes, y además gente que volvió para quedarse a vivir, y el paisaje de niños jugando en las tardes por las calles recién rescatadas de entre los yuyos y malezales; calles transitadas antes únicamente por las espectrales figuras de los últimos pobladores, volvieron a recuperar su trajín de mercados y ferias puebleras; hasta camiones de carga y coches con patentes de todo el Paraguay, circulando por la única ruta que entra al pueblo donde antes apenas se veían carretas y carretillas.

Todo pareció cobrar vida en el pueblo, excepto un único sector: La estación de ferrocarril de Tatakua.

Al lado del pueblo, resurgido como un cuerpo saludable, la terminal permaneció como un miembro inerte. Sobre su techo, el galpón de zinc acumuló con los años una plantación de enredaderas florecientes y sobre sus vías, una espesa alfombra de pastos salvajes. Tanto el galpón como las vías iniciaron el descenso final hacia el siglo XXI como trofeo de la modernización y de la descentralización concéntrica de los mercados, prueba final que la globalización no toma rehenes.

Ahora, en las noches mansas puede oírse el rugir de las máquinas y el traqueteo de los vagones, sobre todo cuando la brisa mínima viene de la selva y el silencio recoge los sonidos del tiempo en la dimensión de las ánimas, acaso para que el mundo sepa que una vez existió un pueblo. El sistema morse sigue transmitiendo telegramas de urgencia en las noches desoladas; sobre todo cuando uno pasa por la calle de la estación, entonces puede escucharse nítidamente el golpeteo incesante del mensaje y al paso de los minutos el campanilleo de la respuesta esperada.

Pero nadie advirtió que el pueblo resucitado no es el de antes. Se transformó en una especie de criatura sana pero sin alma. Aunque Tatakua se llame, parafraseando al poeta español Miguel Hernández que escribió *barro soy aunque Miguel me llame*, como la persona que pierde la dignidad sin cambiar de nombre. Se queda sin esencia propia y pasa a ser como otra persona. Así también Tatakua, aunque no haya mudado de nombre, el pueblo ya no será nunca el mismo sin el tren que partió un día y no volvió nunca más.

Mayo, 2000.

El paseo del sabio

En los últimos años de su vida, Manuel Domínguez salía todas las mañanas a pasear por Asunción, dejando a su paso saludos a vecinos y comentarios muy celebrados a circunstanciales interlocutores. El maestro, apoyado en su bastón, recorría el centro de la ciudad y coincidía con algunos colegas intelectuales en bares y plazas. Comentaban los últimos sucesos del país y el mundo, las investigaciones históricas, las elaboraciones literarias y ensayísticas. El autor de *El Alma de la Raza* y *Causas del Heroísmo Paraguayo,* en la década del 30 descubrió que el verdadero fundador de Asunción fue Juan de Salazar y Espinosa y no Juan de Ayolas como se creía hasta entonces.

Una de esas mañanas luminosas de Asunción, Manuel Domínguez cruzaba la calle Manduvirá y sintió un fuerte ruido y empujón que lo desparramó por el suelo. Al levantarse pesadamente recogió también sus anteojos y el bastón. El tranvía había podido frenar apenas pero no pudo evitar chocarle.

Los pasajeros alborotados reconocieron al afamado escritor nacional.

El maestro enfurecido se acomodó los lentes, se dirigió al maquinista y levantó su bastón al tiempo que golpeaba su parabrisas. Advirtió de la gravedad del incidente al responsable de la locomotora. Antes de seguir su paseo, reprendió con una sentencia, muy recordada en Asunción, al desarrollo tecnológico sin reparos humanos:

— Primero el hombre, después la máquina.

El oyente

Años de plomo les dicen a los de la década del setenta. La dictadura unánime cubre con su sombra toda Latinoamérica. El Paraguay a la cabeza, ejemplo de autoritarismo y fachada democrática. El dictador abocado a la caza de comunistas que, según sus expertos, había que buscarlos hasta en la sopa. Persecución y muerte de los líderes campesinos que dirigen las Ligas Agrarias. Apresamiento masivo de los trabajadores y profesionales que pretenden agremiarse fuera de las asociaciones oficialistas. Represión indiscriminada a estudiantes y docentes. Expulsión de sacerdotes extranjeros que asisten a las víctimas de la razzia interminable contra los opositores del régimen, en general, y los solidarios que reclaman por los derechos humanos. Abiertas

hostilidad y censura contra la prensa independiente y directa clausura de diarios y radios en algunos casos. Dentro de este marco de intolerancia y salvaje ejercicio de poder, inventan actividad subversiva contra el gobierno y detienen, bajo las leyes del Estado de Sitio permanente, a cualquier ciudadano que no exhiba simpatía hacia el régimen.

En una de esas tardecitas de San Lorenzo, al caer la tarde pero no el calor, mientras los alumnos nocturnos se acomodaban en sus pupitres, el profesor entró al aula apurado y de urgencia. Antes de cerrar la puerta, echó un vistazo hacia la calle, de donde acaba de llegar. Abrió el portafolio y repartió copias de un texto a tratar en clase, como hacía habitualmente, después de terminar la lección indicada en el manual obligatorio. Saludó a los jóvenes sin mucho entusiasmo, parecía molesto por algo que le ocurrió antes de llegar. Pero abordó la historia del Paraguay desde su ángulo más pesimista, diciendo que en nuestro país la historia se quedó a vivir. El Paraguay es toda historia, poco presente y nada de futuro.

—Cómo puede ser eso posible, nadie escapa de su presente y menos de su futuro— interrumpió un alumno ingenua e irónicamente.

—Creo que me entendieron mal, quise decir que tenemos una rica historia de lucha pero una perspectiva poco alentadora, sobre todo para los jóvenes— explicó el profesor y cundió aún más la confusión.

—Entonces, lo que estudiamos de qué nos va servi— agregó otro alumno como devolviendo el tono pesimista.

—Ahí está la cuestión. Los que no estudian no tienen ninguna posibilidad. Pero los que estudian deben hacerlo bien, porque el programa nos enseña para ser dependientes de un sistema de dominación, no para liberarnos y ser dueños de nuestro destino— aclaró el docente con énfasis.

Cuando el maestro se disponía a explicar gráficamente algo en el pizarrón, irrumpen unos policías armados y gritan ¡alto! como si alguien corriera o pudiese escapar del aula. El profesor quedó paralizado y se entregó mansamente a los hombres que decían venir en su busca. Lo llevaron esposado hasta la patrullera roja y lo metieron a empujones. A lo lejos se escuchaba perder la sirena de la Tercera que transportaba a Martín Almada. Quién sabe por qué motivo, pensaron los alumnos. De inmediato, se hizo presente el Director del colegio y autorizó que los alumnos por la fecha podían retirase a casa, aclarando que las autoridades dispusieron el apresamiento del profesor y que la institución era respetuosa de la ley.

Celestina, al enterarse de que su marido fue detenido, acude con urgencia a la Comisaría Tercera para averiguar su paradero. Por respuesta obtuvo que ella también quedaba en calidad de demorada, no apresada, según le aclaró el principal de guardia, hasta nueva orden superior. La condujeron a un salón contiguo a las celdas, de donde provenían griterío y ruido de las rejas golpeadas por los presos.

Se dejó caer sobre una silla y lloró de angustia. Pensó en los niños que aguardarán su regreso al caer la noche, sin saber lo que le deparaba el destino. En su cabeza giraba la idea de salir corriendo de la comisaría y gritar por las

calles su desgracia. La injusticia de ser apresado su marido sin causa alguna, su condición de demorada por averiguar la suerte de su esposo. En un impulso, tomó el picaporte de la puerta para abrir y lo encontró trabado. Volvió a sentarse, buscó una rendija en el cuarto por donde escapar imaginariamente. No había ventana, menos un respiradero siquiera. Ahí cayó en la cuenta de que ella también estaba en una celda pero disimulada. Se sintió observada en medio de esa aislada pieza. Pensó que le veían a través del vidrio oscuro de la puerta. No se equivocó. Alguien le estudiaba minuciosamente sus movimientos y reacciones en supuesta soledad.

Pasaron las horas, ya cerca de la media noche, el picaporte crujió y apareció un hombre con pinta de abogado. Bajó su maletín contra la pared y se sentó sobre la otra silla ubicada en un rincón opuesto. Antes había vuelto a cerrar la puerta y guardó la llave en un bolsillo interior del saco. Sin pronunciar palabras, observaba a Celestina en el otro rincón que permanecía con su cabeza gacha. El hombre ni siquiera había saludado y seguía tras sus gafas escudriñando a la mujer que tampoco buscó contacto, aturdida tal vez por algún mal pensamiento.

—¿Por qué apresaron a Martín?— preguntó enfurecida Celestina al hombre que parecía deleitarse en su silencio y mirada intimidatorios.

El hombre ni se inmutó. Siguió clavando su mirada en Celestina, ajeno a toda inquietud humanitaria.

—¿Y...a mí, por qué?— interrogó la mujer y se paró frente al inconmovible y callado interlocutor.

—Sólo soy el oyente, no sé nada de la causa— contestó algo preocupado por la furia de la mujer y le sugirió que vuelva a sentarse.

—¿Qué oyente?— increpó más rabiosa Celestina, aunque obedeció y volvió a la silla.

—Sí, como los oyentes de la escuela, pero yo soy de la justicia— trató de explicar el hombre con económicas palabras.

—¿De qué justicia me habla?— saltó de nuevo de su asiento y tomó el picaporte como para salir, pero luego se acordó que el hombre tenía la llave.

El ambiente se volvió irrespirable. Celestina estaba furiosa caminando de un lado a otro, los pocos metros de la sala. El hombre se levantó y permaneció atento por si la mujer intente agredirle. Esperó en silencio que vuelva la calma en la mujer. Parecía estar acostumbrado a enfrentar situaciones similares, como profesional en la materia.

De repente se sacó los anteojos, invitó a Celestina con ademanes que retome el asiento y permanezca tranquila. Ella ya estaba como abatida por el manejo psicológico de la situación que hacía el hombre desconocido, en medio de la noche, en una sala de pocos metros cuadrados. Abrumada por la idea de que su marido fuera maltratado a esas horas por los agentes del dictador, en manos de los temibles Alberto Cantero y Pastor Coronel.

—¿Ud. debe saber por qué fue apresado su marido?– inquirió el hombre como buscando sonsacar algo de la mujer o enfurecerla más.

—Y Ud. es un insolente. Mi marido sólo es profesor de un colegio de San Lorenzo. ¿Acaso es delito ser profesor? —respondió sobre como atropellando la injuriante pregunta.

—Le aclaré que yo desconozco por completo el motivo, tampoco me incumbe. Sólo soy oyente. Como los niños que van de oyentes a la escuela antes de inscribirse en el primer grado, pueden escuchar todo pero no intervenir en clase. Mi función es igual, puedo escucharle pero no hablar, menos dar explicaciones— amplió el hombre sobre el papel que cumple.

—También yo soy profesora, con mucha honra, pero estoy en busca de mi marido. Aquí estoy, me dijeron demorada, bien presa...— se largó a llorar sin haberse propuesto.

El hombre se paró y caminó hacia la puerta. Tomó su maletín. Lo abrió y sacó un reloj de bolsillo, miró la hora y lo volvió a guardar. Celestina seguía el movimiento entre llantos, esperanzada de que termine de una vez la pesadilla y el juego macabro.

—Si Ud. no habla, me hace competencia, va a terminar escuchando hasta lo que no quiere escuchar— dijo el hombre en tono de comentario al paso.

—Ud. me está amenazando y no va a quebrantar mi voluntad de liberar a mi marido, sano y salvo— desafió

Celestina retomando el espíritu inicial con que había llegado a la comisaría.

—Lo que Ud. calle su marido tendrá que hablar y será oyente conmigo de esa confesión— anunció en un tono arrogante para lograr cooperación.

—Qué quiere que le cuente, una fábula de conspiración o un plan armado para justificar el absurdo apresamiento —se desbarrancó de su prudencia Celestina y pateó la silla en señal de rabia incontenible.

—Su marido no sólo es profesor que habla de la educación como camino a la liberación, también agremia a sus pares y los conduce contra el gobierno...—agregó sorpresivamente el hombre y pareció salir de su paciencia.

—Por lo visto no sólo oye, señor, también habla acorde a la prédica de los insultantes fanáticos del gobierno— contestó parada a un paso de la cara del oyente.

El hombre perdió su compostura en apariencia. Levanta la mano enérgicamente e indica a Celestina para que vuelva a la silla, que tuvo que recomponer para utilizarla como asiento, después de haberla pateado. Ahora empieza a caminar el hombre de un lado a otro, como con ganas de cambiar el modo de llevar la conversación. Tomó su maletín y extrajo nuevamente el reloj, miró fijamente la hora, y lo volvió a guardar con sumo cuidado. Pero Celestina notó que no devolvió el maletín en su lugar, lo mantuvo en su mano. Se acercó a la puerta, cambió sus anteojos por otros más oscuros todavía. Mira hacia fuera como buscando a alguien a través del vidrio que no dejaba ver nada a simple

vista. Sin usar su propia llave, alguien abrió la puerta y apareció un policía uniformado de jefe o comisario.

—Nos acompaña, por favor —dijo el oyente y mostró un pasillo poco iluminado que conduce al fondo de la comisaría.

—¿Ahora qué?— interrogó Celestina y caminó a desgano mirando hacia fuera de la dependencia.

—Debió hacerme caso, señora, ahora resulta tarde para hablar, sólo debemos escuchar— dijo el hombre y le invitó que entre a la sala que acaba de abrir el policía.

—¿Es oficina o celda?— preguntó casi ingenuamente a esa altura de la cuestión y la noche.

—Es una sala de oyentes— contestó el hombre y cerró con llave desde adentro, después que el policía ocupó su lugar, detrás de un mostrador, en la misma sala.

A diferencia del cuarto anterior, Celestina percibió que éste tenía una luz blanca muy intensa y le dificultaba abrir los ojos y mirar a los otros. El policía invitó a tomar asiento. Caso seguido, comenzó a preparar unos cables y sacó de un armario dos pequeños bafles. Ante la mirada interrogadora de la mujer, el uniformado sonrió y trató de tranquilizarle.

—Vamos a escuchar... — comentó contento, como alguien que prepara para compartir entre amigos un disco nuevo.

—¿Escuchar qué? Yo vine a rescatar a mi marido, no a escuchar... nada— reprobó el planteo y se puso de pie, esperando alguna respuesta coherente.

—Escuchar a su marido — agregó el oyente que recuperó su posición de deleite al someter a Celestina en sus planes psicológicos.

—¿Cómo escuchar a mi marido? ¿Dónde está él?— sondeó alteradísima y miró a los elementos del sonido como para agarrarlos y armarse contra los dos hombres que le tienen a su antojo.

El oyente se interpuso y le sugirió que se calme con amenazantes ademanes. Celestina ya pareció renunciar al juego de las palabras y los silencios cargados de intimidaciones. Se alejó a un rincón y desafió a los hombres que apuraban las conexiones y preparativos para poner en funcionamiento el equipo. Tomó el respaldo de la silla como apoyo y comenzó a increpar a grito a los acompañantes.

—Uds. se creen valientes y profesionales con una mujer indefensa, mujerines— insultó Celestina ya dispuesta a todo.

—Estamos trabajando, señora— dijo el policía algo ofendido.

—Qué bien, maltratando al prójimo. A eso llaman trabajo, desechos humanos— devolvió con asco su respuesta.

—Ahora Ud. misma será oyente como nosotros— dijo el uniformado y dio vuelta el pesado mostrador, hecho de

madera maciza labrada, que por dentro tenía un sillón con cuerdas parecido al que se utiliza como silla eléctrica.

En un descuido Celestina fue tomada de atrás por el oyente y le sentó de golpe en la silla. El policía, en un parpadear, le ajustó las cuerdas y ella quedó atrapada. Le vendaron la boca y prendieron el equipo de sonido. El alarido de dolor que dejaba escuchar el grabador, le hizo retorcer en la silla a Celestina, pero no podía gritar ni hablar por la venda. Los hombres tomaron asiento y le observaban complacidos. No había duda, era una sesión de tortura, alguien que estaba siendo molido a palos o sometido al contacto de la picana eléctrica. Entre gritos espeluznantes y gemidos cercanos a la muerte, se escucha de repente con claridad.

—Soy Martín Almada, me están matando en la tortura... me están picanenado, estos Aña memby... ¡¡¡ayyyyyyyyy, carajo, cobardes de mierda!!!— profería el torturado a través de los bafles.

Celestina de tanto forzar las cuerdas y tratar de expresarse se desvaneció en la silla. El policía cortó el sonido. El oyente abrió la puerta y llamó a grito a alguien. Vino un enfermero, por lo visto estaba de guardia en la comisaría o se vistió para la ocasión. Tomó el pulso de la mujer y tranquilizó al oyente, que aprovechó para tomar un refresco. Se secó la frente con una toalla, colgada al lado de la puerta, preparada para los que trabajan en esa sala. Celestina volvió en sí y jadeó el nombre de Martín. Le devolvieron en la primera sala, mientras se iba despertando

lentamente del desmayo. Le hicieron beber algo, ella tosió al tragar el liquido. Gritó auxilio y el policía le cerró la boca con la mano.

—Cállese si no quiere que le vende la boca— advirtió severamente el policía.

—Cobardes, infelices...— balbuceó Celestina y lloró amargamente de impotencia.

—Ud. prefirió escuchar antes que hablar— le fustigó el oyente y siguió bebiendo su refresco, con muestras de cansancio.

—Póngase bien, señora, le vamos a llevar a su casa junto a sus hijos— le tranquilizó el policía sorpresivamente.

—Y mi marido muriéndose a golpes y torturas, hijos de la misma perra— le respondió la mujer sin vueltas y se incorporó para atacar al oyente que observaba impávido la escena.

—Piense en sus hijos, su marido responderá por sí mismo— aconsejó el hombre mientras sostenía los brazos de Celestina.

Abren la puerta y aparecen tres policías más. Le agradecen a los dos encargados y le invitan a la mujer para marchar a su casa. Salieron al patio de la comisaría y una camioneta roja en marcha aguardaba. Le pusieron en el asiento de atrás, en medio de dos policías acompañantes. Salieron de la comisaría, Celestina logró detectar que el amanecer ya estaba pintando. Comprendió entonces que permaneció toda la noche bajo los designios de esos dos

dementes, tan torturadores como los que molían a su marido y transmitían por el grabador.

—Ud. permanezca en su casa, no salga en ningún momento. No reciba visitas, no comente nada si quiere volver a ver a su marido. Espere noticias de nosotros, le llamaremos por teléfono— dijo el principal que comandaba en la patrulla, al dejarle en la puerta de su casa.

Celestina entró violentamente a su casa, gritó llamando a sus hijos. Abrieron la puerta, le abrazaron llorando dos adolescentes y una niña. Estaban con los abuelos y al momento preguntaron por su papá. La mujer, en vez de contestar, se largó a lamentaciones. No había forma de consolarle, los hijos buscaron la forma de saber algo.

—Está en la Tercera, preso y torturándosele— informó con mucho pesar y volvió a estrechar a su cuerpo sus tres hijos.

—Busquemos algún abogado y que presente el hábeas corpus —sugirió uno de los adolescentes.

—A la mañana veremos qué hacer— dijo Celestina y apoyó la cabeza sobre su hija más pequeña.

En vano presentaron los recursos legales para poder asistir en su derecho al profesor Almada, los comisarios decían desconocer su paradero. Algunos dijeron que fue trasladado al Departamento de Seguridad, otros a la Técnica y demás, sostenían que directamente fue llevado a

la lejana cárcel de Emboscada. Pasaron los días y ninguna noticia sobre Martín.

Celestina andaba delicada de salud, no pudo reponerse de aquella noche de terror. Fue al sanatorio del barrio y ningún médico quiso atenderle, por miedo a las autoridades de la seccional colorada que amenazaban a todos los vecinos, para no solidarizarse con la familia Almada que había caído en las fauces del dictador. Los mismos colegas del colegio justificaban el apresamiento diciendo que el profesor mezclaba la educación con la política y la docencia con el sindicalismo. No respetaba el programa del Ministerio de Educación, hacía leer textos prohibidos clandestinamente a los alumnos. Lideraba a algunos docentes que pretendían formar un sindicato independiente. Tenía contactos con las Ligas Agrarias que eran consideradas subversivas por el Ministro del Interior. Como también con un grupo de estudiantes e intelectuales que estaban conformando un brazo armado para la guerrilla urbana, denominado Organización Primero de Marzo (OPM).

Una noche, después de que los hijos habían dormido, Celestina recibe una llamada. Presintió que traía alguna novedad importante sobre el misterio de su marido. Saltó de la cama, tomó el teléfono desesperadamente. No escuchó nada, lo pasó al otro oído y sintió que alguien respiraba agitadamente del otro lado sin responder.

—Hola..., hable..., quién es..., responda... — atendió al que le escuchaba.

—Ud. es la señora Celestina— preguntó la voz de un hombre en el teléfono.

—Sí, por supuesto— contestó intrigada Celestina.

—Espere, señora, le van a hablar de la Central de Policía — dijo el hombre que fungía de supuesto secretario.

—Le habla el jefe de policía, señora, le rogamos que venga a retirar el cuerpo de su marido lo antes posible...— agregó como un heraldo fatídico y cortó agresivamente.

Celestina no terminó de escuchar toda la frase y cayó desplomada como atravesada por cien espadas. El teléfono siguió en su mano y el cuerpo quedó sentado contra la pared. No pudo soportar tanto dolor asestado por mentes tan inhumanas. La tortura en el alma es más mortal que la del cuerpo. Así demostraron al mundo Martín y Celestina, cómo se ofrecieron en cuerpo y alma en pos de la libertad y la dignidad humana.

Diciembre, 2002.

El celador

Sin querer un día escuché el relato de un conocido cantor del Paraguay que, cuyo nombre prefiero omitir por su lastimosa reputación ciudadana, famoso en el Río de la Plata por la difusión de las polcas y guaranias en la primera mitad del siglo pasado, refería que durante una actuación con fines solidarios, en el auditorio lleno de internos de un Hospital Neurosiquiátrico de Montevideo, observó que un señor del público, sentado en la primera fila, asistía al recital pero no aplaudía ni parecía tomar parte de la bulliciosa concurrencia que celebraba efusivamente al final de cada una de las canciones interpretadas.

El cantor, después de constatar la indiferencia del singular concurrente, comenzó a dirigir cada canción a este

inconmovible señor que sólo atinaba a mirar de reojo de vez en cuando a los excitados internos que festejaban cada canción como si fuera la última. El desconcertado intérprete de la música paraguaya desgranaba los mejores matices de su colorida y dulce voz en cada polca y guarania, buscando despertar de su inquietante letargo o ensimismamiento preocupante.

Y nada.

Entonces, el cantor al concluir su actuación, en medio del griterío y desenfreno de los demás internos por la alegría de haber disfrutado en directo del popular artista, tan difundido por todas las radios, se dirigió al imperturbable señor que ya estaba levantado y un poco recostado contra la pared que daba al pasillo de salida.

Sin mediar palabras, el cantor le interrogó:

—Señor, ¿no gustó de mis canciones?

El hombre contestó, sin inmutarse, secamente:

—Por favor, no me confunda, señor, no soy internado sino el que cuida a ellos.

Apología de Diógenes

El hombre y sus necesidades, hete ahí toda la cuestión filosófica por resolver, parecería resumir el pensamiento del más grande y rebelde pensador de la humanidad de todos los tiempos: Diógenes de Sínope.

Pero como ocurría a menudo, en Grecia, con los que perdían los favores del poder o cometían un delito, eran castigados severamente con el destierro. Diógenes, hijo de un acuñador de moneda y confianza del rey hasta entonces, cometió el grave desliz de quedarse con más de lo que le correspondía y cayó en desgracia con toda su familia. Icesias se vio en la obligación de enviar a su hijo Diógenes a Atenas con Manes, uno de sus sirvientes más fieles. Apenas dejó el joven desterrado su tierra natal de

Sínope, una ciudadela de Turquía ubicada sobre el mar Negro, fue abandonado por su sirviente y comenzó a disparar una de sus primeras frases célebres, que repetirá con ingenio sin parar a través de su larga vida ante cada interrogante o situaciones que se presentarán.

—Si Manes es capaz de vivir sin Diógenes qué hace pensar que Diógenes no pueda hacerlo sin Manes.

Muchos se burlaban de él, al verle morder el polvo del camino que lo llevaba al forzado exilio, teniendo en cuenta su condición de pertenecer a una familia aristocrática y acomodada con el rey por mucho tiempo, diciéndole que todo Sínope le condenaba inexorablemente al partir, a lo que Diógenes respondió sin titubear:

—Y yo condeno a todo Sínope a quedarse y no podrá partir nunca de su infortunio.

Pasó primero por Corinto y Esparta antes de afincarse en Atenas. Luego en uno de sus viajes a Egina fue tomado prisionero el barco en que viajaba por piratas, convertido en esclavo fue vendido como tal a un corintio rico llamado Jeníades, quien le encargó la tutoría de sus hijos y los quehaceres domésticos. Los piratas le habían preguntado su oficio y Diógenes, sin dudar, respondió:

—Soy experto y sabio conductor de hombres, sólo seré útil a aquél que pueda pagar mi precio y necesite un amo de quien recibir consejos y emular ejemplos.

Con el tiempo, ya instalado en Atenas, Diógenes se convirtió en un ferviente seguidor del filósofo Antístenes que enseñaba en el ágora principal de la ciudad, como su maestro Sócrates y era el más notorio representante de la escuela mayéutica, pensador solitario que era conocido por rechazar discípulos y negarse rotundamente a la idea de formar escuela. Al principio, Antístenes le corrió a Diógenes con su canon o vara porque no quería que nadie tome su ejemplo o comulgue con su pensamiento hipócritamente, menos abrogarse dignidad para ser guía de la sociedad ni conformar una corriente filosófica.

Antístenes predicaba en contra de las convenciones sociales y religiosas, no creía en el politeísmo griego y vivía con extrema austeridad. Rechazaba los placeres mundanos y promovía la virtud espiritual como única verdad. Diógenes, a pesar del reiterado rechazo del maestro ateniense, respondió con porfía y le juramentó al maestro su innegociable decisión de convertirse en seguidor y fiel discípulo, para llevar hasta las últimas consecuencias su enseñanza:

—No habrá vara ni bastón suficientemente fuerte que pueda apartarme de tu lado y tu camino.

Al recalar en Atenas, Diógenes se instaló en el ágora central de la ciudad, acompañado de un perro de la calle que pareció entender pronto su causa filosófica. De noche se introducía para dormir en un tonel abandonado, que antes contenía aceite de oliva y ahora servía de dormidero al callejero y pensador en ciernes. El aprendiz de filósofo pronto se ganó el apodo de perro, por morar en una plaza y

hacer sus necesidades fisiológicas en la vía pública. Le decían filósofo canino o cínico, pues entonces estas palabras significaban lo mismo. Y comenzaba de esta forma a vivir ejercitando la total austeridad llevada a extremos, siguiendo el ejemplo de su maestro Antístenes, comiendo lo mínimo y necesario para sobrevivir de las sobras que dejaba la gente al pasar por el ágora. Diógenes sostenía que, como ideal de filosofía de vida, la máxima virtud consistía en la supresión de las necesidades en el hombre y que no descartaba la posibilidad que en el futuro se haga realidad:

—Si persisto lo suficiente en comer cada vez menos llegará un día en que me sacie el hambre con sólo frotar con la mano el vientre.

Diógenes se desperezaba saludando la salida del sol e invitaba a los transeúntes a observar las maravillas del día. Invitaba también a despreciar las formalidades y la hipocresía social. Insultaba a cuantas autoridades y funcionarios que encontraba a su paso. Diógenes aguardaba en las escalinatas de los templos o edificios de gobierno para tirar con su excremento a los funcionarios y pensadores cortesanos que no eran de su devoción. Cierta vez pasaba un consejero de la corte del rey, se apiadó de Diógenes, al verle comer tan sólo un plato de porotos, y le sugirió:

—Usted, como filósofo, debería comer un plato digno de un sabio.

A lo que respondió sin vueltas:

—Usted, como adulón incurable, jamás probará los porotos de un hombre digno.

La obsesión del filósofo llamado El Cínico era demostrar una y otra vez que no necesitaba casi de nada ni de nadie para vivir. Su mayor escándalo en ese sentido fue, una tarde que paseaban por el ágora las más lindas doncellas de la corte del rey, masturbarse ante la mirada absorta de las jóvenes y gritar al mismo tiempo sus razones filosóficas:

—Como pueden ver, Diógenes no necesita de ustedes, y menos de su eyaculatorio, para lograr la propia autosatisfacción plena y vencer la mala costumbre de depender de una mujer para esta simple función fisiológica. Las virtudes morales consisten en suprimir los deseos para que los hombres no dependan de ellos como los esclavos de su amo y el amor es sólo negocio de mundanos y ociosos.

Diógenes no sólo dialogaba con los parroquianos del ágora, sino arremetía contra los consagrados filósofos como Platón, Aristóteles y otras celebridades. En una ocasión, al enterarse de que Platón definió al hombre *como un animal bípedo e implume*, agarró un gallo que merodeaba por la plaza, lo desplumó y se dirigió a la Academia del mentado pensador de la corte de Pisístrato. Golpeó la puerta y atendió el celador, a quien le entregó el gallo desplumado con encargue de mensaje para Platón:

—Dígale al sabio de su amo, aquí le dejo el animal bípedo e implume definido por él.

En otra oportunidad, un discípulo le comentó que Aristóteles aleccionaba en su Liceo que el hombre es un animal político y ejemplificaba en la figura del tirano Pisístrato. Diógenes se acomodó, contra el árbol que hacía de su respaldo, y volcó la acidez de su pensamiento sobre el discípulo de Platón:

—Sólo que, en este caso, se trata de un político animal.

Una tarde de invierno, Diógenes aprovechaba el sol a pleno en la plaza, cuando una figura humana le hizo sombra. Levantó la mirada casi molesto y encontró a nada menos que a Alejandro Magno, recién regresado de Oriente con su alforja llena de las legendarias hazañas militares y su poder en el máximo apogeo.

—Yo soy Alejandro Magno, rey del mundo.

—Y yo soy Diógenes, amo de las calles.

—Pídame lo que quiera, venerado filósofo, el poder del mundo está en mis manos.

—Entonces, sólo córrase que me está tapando el sol.

El emperador se retiró meneando su cabeza, convencido de que se han encontrado por un instante el hombre más poderoso y el más sabio de la tierra. Dijo, en voz muy baja, a su consejero más próximo:

—Si yo no fuera Alejandro Magno me hubiera gustado ser Diógenes.

Pero el hecho que resalta en la vida de Diógenes está relacionado a su conversión filosófica. De haber

renunciando a toda riqueza y abocarse al pensamiento profundo de encontrar al verdadero hombre, un hombre honesto entre todos los hombres. Su búsqueda en vano la emprendió a plena luz del día con una antorcha, gritando por las calles que buscaba al hombre verdadero. Buscar hasta encontrar al hombre verdadero, inteligente y sensible, no al ordinario forjado por las costumbres degradantes y mezquindades mundanas. Al hombre libre, en resumida cuenta. Aunque Marx definió la libertad como una superación de las necesidades, Diógenes había sostenido que el hombre libre no necesitaba nada, no habló nunca de saciar necesidades. Cuando él repartió sus pertenencias entre los pobres había dejado sólo un jarro para beber, pero luego observó que un esclavo bebía agua con el cuenco de la mano, comprendió así que tampoco precisaba ningún recipiente.

En aquel tiempo, se organizó en Atenas la feria de productos más grande que se haya conocido entonces, viniendo los mercaderes desde los cuatro puntos cardinales. No faltaron a la cita los productos más exóticos de Catay; las maravillas de tejidos y alfombras de Persia; los sabores y colores de China; los perfumes de Turquía; alhajas, cuños y monedas de cada polis de la Grecia democrática; variados puestos de atuendos y armaduras; de caballeros y guerreros; lanzas y espadas de todos los confines; arcos y flechas diseñados artísticamente; collares, pulseras y medallones labrados por ignotos artesanos.

Duró el *mercado del mundo*, como llamaron a la feria, durante una semana y ningún ateniense ni extranjero de Grecia dejó de visitar y ver los prodigiosos objetos de las

naciones más remotas. Pero la novedad fue la asistencia perfecta de todos los días a la feria del filósofo cínico Diógenes de Sínope, famoso más por su desprendimiento de las cosas o desdén por todo lo que sea material que por su pensamiento incisivo contra la hipocresía. Recorría Diógenes la feria de punta a punta, apreciando atentamente cada producto y cada objeto artesanal como deleitándose o muy interesado de conocer de cómo fue elaborado o de qué material fue hecho.

Toda la gente le seguía atentamente a ver si adquiría algo o preguntaba por lo menos su precio. No pronunciaba una sola palabra, proseguía con su inspección de los productos y sonreía de tanto en tanto al retirarse de cada puesto y comenzaba con el otro. Así se pasó todos los días de la feria, hasta que fue clausurado el mercado del mundo y la gente lucía su nueva adquisición aquí y allá. Al parecer, nadie dejó pasar la feria sin comprar algo llamativo, aprovechando la oportunidad de que el mundo se reunió en el ágora mayor de Atenas.

Diógenes de nuevo en la plaza, sentado entre las raíces salientes del árbol milenario, pensaba en la trivialidad de la gente, en su necesidad vulgar y poca inclinación hacia los objetos espirituales. Un discípulo le interrumpió en su razonamiento y le hizo saber que toda la ciudad comentaba "qué hacía Diógenes todos los días en el mercado si al final no compró nada". El maestro, sin perder la ocasión, envió un mensaje a todos aquellos que portaban larga la lengua y escasa la prudencia.

—Dígales que sólo apreciaba la cantidad de cosas que producía el mundo y disfrutaba, con profundo goce, de que yo no necesitaba ninguna de ellas.

Un final con paradoja tuvo Diógenes al fallecer dialécticamente victorioso y ya muy anciano el día que aprendió a vivir sin comer. Primero se acostumbró a comer una sola ración por día y en forma frugal. Al consolidar este hábito, empezó a no ingerir alimento una vez al mes, luego dos veces y hasta llegar un día en que ya no debía comer más y vivir. Pero ocurrió lo inesperado para Diógenes y le falló su propia lógica. Si bien pudo confirmar su teoría de poder un día llegar a no comer directamente y vencer a toda necesidad, la experiencia le salió caro, le costó la vida y no pudo contar él el cuento.

Junio, 2002.

Con tactos

En una de esas aparentes noches tranquilas de Tatakua ocurrió lo inesperado.

Como era costumbre, a los ojos de los abuelos los nietos muy tarde dejaban de ser niños. Una noche nos destinaron a compartir la misma habitación pero en dos camas. Yo, recién arribando a la adolescencia. Ella, algo mayor, pero además, era pariente lejana. Los dos, en plena ebullición de las hormonas y una callada atracción de imán entre nosotros.

Se apagaron las luces, velas y lampiones. La luna curiosa apenas se filtraba por las juntas y rendijas de los tablones de la pared. Reinaba un elocuente silencio entre ambos, interrumpido constantemente por la tos

inventada de ella y mi incansable movimiento que hacía chirriar mi catre con tramas de cuero.

Hasta que la sangre pudo más que el corazón galopante, yo me deslicé lentamente, como un pesado y prehistórico lagarto del desierto, sin hacer ruido alguno por el suelo de la habitación, y ella, sin ninguna duda, aguardaba ansiosa las señales de mi acercamiento.

Pronto me fui trepando a su cama y busqué a tientas, como un náufrago moribundo, alguna parte de su soñada humanidad. Mis dedos agarraron justo, lo más preciado a mi febril imaginación, su muslo suave y sudoroso de esperar al reptil nocturno. Aunque tembló al primer tacto, luego se fue aquietando hasta paralizarse de placer y, finalmente, terminó relajada con esporádicos sacudones de su cuerpo exhausto.

Ella fue generosa de hecho con el intruso de su camastro, pero sólo logró preguntar, ingenuamente, como si pudiera estar alguien más con nosotros:

—¿Quién?

En toda la noche se pronunciaron dos palabras, la otra fue mía ante la exigencia de identificación, al instante respondí:

—¡Yo!

Demás está decir lo ocurrido después aquella noche, en plena oscuridad, con la luna al acecho, entre tactos y contactos, en el rito de iniciación de nuestro insomnio compartido, encuentro develado por primera vez y para siempre.

El arte de llorar

La noticia demolió a Pedro Villalba, la muerte de su camarada de lucha y uno de los últimos amigos de su período épico, Alessandro Gerardi. Una catarata de recuerdos se agolpó en la mente de Villalba, casi todos relacionados con las vivencias por las villas miserias de Colegiales y Barracas. Ellos formaban parte de esos oscuros personajes que tan bien describió Bernardo Verbitsky en su novela *"Villa miseria es también América"*, la mayoría procedente de los países limítrofes y algunos que otros españoles e italianos que llegaron después de la Segunda Guerra Mundial. En el caso de Pedro Villalba que vino del Paraguay en 1947, a consecuencia de una derrota de la mayor revolución contra la

dictadura fascista que ha conocido este país, originada en Concepción y aniquilada en los umbrales de Asunción con la ayuda militar del general Perón.

Por esos años en que se conocieron Villalba y Gerardi, organizaban comisiones solidarias y de seguridad en las villas, también colaboraban con los movimientos políticos internos de la Argentina y apoyaban otros externos que conformaban los uruguayos, chilenos, bolivianos y paraguayos, fundamentalmente. Todos ellos eran luchadores revolucionarios y cuanto menos progresistas, con experiencia sindical, estudiantil y política que enriquecieron las organizaciones con su aporte. Villalba contaba una y otra vez las innumerables aventuras junto a Alessandro Gerardi, a quien consideraba prácticamente su maestro e ideólogo, sin dejar de sentirlo como un camarada más y un compañero a tiempo completo por varias décadas. Pero al recibir la noticia de pronto se dio cuenta de que el tiempo había pasado y él ya no tenía la fuerza de antes para soportar un golpe como éste. Recurrió a mí para acompañarlo al velatorio, como para tener a alguien en quien apoyarse en los instantes más dolorosos, aunque yo a Gerardi lo conocía de mentado que era en los relatos de mi amigo Pedro Villalba, hombre tan experimentado en los rigores de la lucha y la vida clandestina en épocas de gobierno dictatorial.

Había llovido toda la semana y esa tarde del domingo en Buenos Aires no fue la excepción, llegamos empapados literalmente a la casa de velatorios en la calle Gallo del Barrio Abasto. Nos dirigimos directo a la sala del fondo donde se veía el ataúd, yo sentí que Villalba se dejaba pesadamente arrastrar por mí. Muy conmovido y lloroso

él, nos ubicamos al pie del muerto que no dejaba ver su rostro por tantas coronas personales que cubrían el féretro abierto. Los supuestos familiares no terminaban de observarnos y parecían extrañados por nuestra presencia. Tampoco Pedro Villalba saludó a nadie y me llamaba la atención que no conociera a alguien de los presentes en la sala, siendo Gerardi un compañero por largos años. Mi amigo lloraba desconsolado y parecía enceguecido por el dolor. Había hecho casi una hora que llegamos cuando un hombre joven se levantó del lado de una señora con luto riguroso y se dirigió hacia nosotros.

—Yo soy el hijo mayor de Rodríguez Real, la señora de negro es mi madre, les agradezco su presencia pero no tengo el gusto de conocerlos como amigos de mi padre— dijo cortésmente.

Pedro Villalba balbuceó algo ininteligible y dijo algo así como que él no va creer nunca que Gerardi haya partido para siempre, haciendo caso omiso del nombre del muerto que yo advertí de inmediato.

—Él es Pedro Villalba, un amigo paraguayo que vino a acompañar en su partida al compañero que a lo mejor por la emoción fuerte está un tanto confundido— dije para ganar tiempo y averiguar lo que pasaba.

En eso pasaba un mozo que servía café a los deudos y amigos del fallecido, el hombre casi ofuscado pidió que nos sirviera y preguntó, sobre la marcha, qué vinimos a hacer ahí si no conocíamos a su padre.

—Cómo no, soy íntimo amigo de Alessandro Gerardi desde el año 1947— respondió Villalba como recitando y enjugó sus últimas lágrimas.

—Señor, Ud. está en un lugar equivocado, a ese hombre lo están velando en el primer piso —dijo el mozo y a mí el estupor se me transformó en un ataque de risa imparable. Pero me contuve por respeto y sentí un dolor intenso en el pecho por no poder explotar de risa y nerviosismo.

Con un esfuerzo sobrehumano, fuimos subiendo lentamente al primer piso y ahí recomenzamos todo el rito del dolor y el llanto. Pedro Villalba repitió la escena de llorar cada vez más conmovido y lacerante, aunque yo noté que ha disminuido bastante el caudal de lágrimas, él siguió el trámite de acercarse al ataúd y , esta vez con suerte, saludar a los deudos compungidos de dolor y tristeza. Y yo, les puedo asegurar, sin tener ninguna vela en el entierro, sufrí doblemente la muerte de Alessandro Gerardi y el error lamentable de mi amigo Pedro Villalba.

Stroessner y Perón sellan su abrazo
con la emoción creadora de los hombres
que vencen al destino
y hacen en la historia a golpes de verdades
vivientes como himno de los hombres.

¡Venid y ved, pueblos del mundo, cómo
el peso de la espada es justiciero
cuando se yergue en defensa de la paz
y su eje de diamante
busca lo vertical de la esperanza!

En sus hombres soldados
en sus pueblos de paz, en su destino
común de patrias enlazadas,
Paraguay y Argentina están unidos
de corazón a corazón,
hermanos para siempre,
eternamente... [1]

La maledicencia en Paraguay es una disciplina ejercida con eficacia por muchos, con intencionalidad o por puro deporte. Una vez elegido el objeto como blanco hasta los novatos afinan su puntería, haciendo trizas el buen nombre y fama profesional como en mi caso. Imperdonables

[1] **Eternamente Hermanos**, poema épico publicado por Augusto Roa Bastos en el diario El País de Asunción, el día 20 de agosto de 1954, con motivo del encuentro de los generales Alfredo Stroessner y Juan Domingo Perón, obra que le granjeó la simpatía del gobierno que devolvió el gesto con una beca y misión cultural por Europa, durante el año 1955. Este documento echa por tierra la aseveración de Roa Bastos, tantas veces leída y escuchada, que siempre estuvo en contra de la dictadura de Stroessner y que su lucha permanente se enmarcó dentro de la resistencia democrática contra el autoritarismo instaurado por el general Higinio Morínigo. (**Nota y compilación de El Refutador de la Infamia contra Francia**).

aprendices de canallas que serán a su vez blanco de mi certero dardo más temprano que tarde. No toleraré a esta altura de mi vida el más mínimo de los desaires. Cálmese, Augusto, cálmese. Póngase cómodo hoy en la perezosa, dejemos el diván para otro tipo de sesiones. Cuente su desazón por los versos publicados que ya estaban en el olvido. Montiel, vengo en llamas por la indignación que me causó leer aquel poema que me hubiera gustado olvidar para siempre. Pero la inquina no tiene compasión de nadie, menos de mí que estoy en la picota de amigos y enemigos. Aunque en Paraguay nadie pierde ni gana reputación, según dijera un célebre político, en mi caso saben que ahí está mi talón de Aquiles, en la conducta. Tratan de menoscabar la consideración que me tienen en el extranjero, por eso me endilgan obras del pasado que la propia historia se encargó de corregirlas o, como en este caso, de borrarlas. Me viene a la memoria todo lo que leí e imaginé en mi novela sobre Rodríguez de Francia. Creo que me siento igual que El Supremo al conocer aquel falso testamento que amaneció un día clavado en la puerta de la catedral. En el cual ordenaba que al morir su cadáver fuera decapitado y todos sus funcionarios y colaboradores fuesen condenados a la horca. De inmediato conminó a su secretario privado y amanuense, Policarpo Patiño, husmear toda la ciudad y el país entero en busca del autor malicioso. Y no me quiero imaginar lo que hubiera pensado Francia sobre mi novela "Yo, el Supremo". No hubiera entendido jamás que yo, en el fondo, lo admiro profundamente, porque mi obra enfoca su figura literariamente y no desde lo histórico. Pero él, con su severidad voltairiana, no hubiese admitido la consideración siquiera de sus detractores, a pesar de que algunos de ellos también escribieron sobre su papel histórico

desde la admiración. Estoy persuadido de que su opinión sobre mi trabajo hubiera sido también la misma que vertió sobre el pretencioso ensayo de Rengger. Cuentos forjados al paladar de Europa. Ensayo de mentiras, en el que todo se desfigura de modo que conduzca al intento de desconceptuar al Dictador.[2] Sin embargo, Francia era un gran lector de las obras de su tiempo. Tenía como única compañía la lectura, en medio de esa tremenda soledad del poder absoluto. Mandaba importar regularmente los libros y recibía remesas enviadas por algunos de sus destacados que tenía por el mundo. Pero, Augusto, el doctor Francia era también implacable con la cultura y las expresiones literarias en general. A Rodríguez de Francia le construyeron sus célebres visitantes europeos una imagen mefistofélica que ni el propio Satán hubiera envidiado. Uno de los Robertson, joven comerciante inglés, que había descripto su rostro como sombrío y con ojos muy penetrantes, en su primer encuentro con el Dictador se llevó un desencanto por la amabilidad y por lo hallado en su rancho de Ybyraí. Robertson encontró en la chacra donde vivía Francia al visitarlo no cráneos humanos ni pócimas diabólicas o hechiceras, sino un globo astronómico, un gran telescopio y un teodolito, que el anfitrión utilizaba para indagar en los misterios de la naturaleza y no en los de Belcebú. Dijo que había muchos libros sesudos de derecho; pocos de ciencias

[2] Opinión del propio doctor Francia, entonces Dictador Supremo del Paraguay, al hojear en sus manos el libro que lo indignó del Dr. Juan Rodolfo Rengger y consiste en un ensayo sobre la naturaleza del gobierno del Paraguay que le cupo presidir desde los primeros años de la independencia. *"El doctor Francia a quien la superioridad de su genio y la extensión de sus conocimientos daban una gran ascendencia sobre sus compatriotas, se hizo luego el alma de este nuevo gobierno"*, escribió el médico suizo Rengger en su Ensayo histórico después de permanecer 6 años en el Paraguay, haber visto la influencia que ejercía el futuro Supremo sobre la Junta Gubernativa creada por la Asamblea General y el trato personal que mantuvo con el Dictador. (**Nota de El Refutador**).

experimentales; algunos en francés y hacía alguna ostentación de su familiaridad con Voltaire, Rousseau y Volney, y asentía completamente a la teoría del último. Pero más que todo, se enorgullecía de ser reputado algebrista y astrónomo. Y aprovechando la ocasión, Francia solicitó a su huésped para que le trajera en su próximo viaje un telescopio, una bomba de aire y una máquina eléctrica, elementos que develan las íntimas aficiones del Dictador.[3] Pero, bueno, mi Gran Augusto, volvamos al incendio de su paciencia por los versos publicados. Hay que traducir el episodio en palabras y actuar en consecuencia. Mirá, Montiel, como la envidia literaria en nuestro país llega a niveles deplorables, revuelven mi pasado de poeta y literato en ciernes para desacreditarme. Cualquier escritor en sus inicios comete errores y prefiere corregir con el tiempo a través de la experiencia, dejando de lado las obras primerizas que no pasan de ser balbuceos de la verdadera voz que vendrá posteriormente. Pero la maledicencia también utiliza precisamente esos tropiezos que uno realiza hasta encaminarse hacia la vocación auténtica. Te pido una ayuda más, además de lo psicológico, quiero que investigues, cueste lo que cueste, quién fue el rufián que desempolvó aquel olvidable poema que habla de Perón y Stroessner. Estoy seguro de

---

[3] Hubo hasta quien aseveró, incluso después de 'Yo el Supremo', que Roa nunca dejó de ser cuentista, si se tiene en cuenta que 'Hijo de Hombre', más que una novela propiamente dicha, es una colección de cuentos largos, con personajes, historias y situaciones entrecruzadas; y que 'Yo el Supremo' está armado como una constelación de relatos y textos diversos que giran en torno a unos cuantos núcleos que difícilmente pueden equipararse al concepto tradicional del 'capítulo'. Además, tanto uno como otro texto rompen definitivamente con la idea convencional de novela". "Pero más allá de esta discusión, posiblemente estéril, acerca de si Roa es más cuentista que novelista y viceversa, lo que no se puede soslayar es la importancia de la cuentística de este escritor y la originalidad del aporte de sus cuentos en la literatura de lengua española contemporánea. Ellos funcionan como laboratorios en los que se experimenta, en forma condensada y potenciada, lo que después estará y se desplegará en sus grandes textos novelísticos, pero son en sí mismos acabadas obras literarias a través de las cuales el autor va desarrollando apasionante aventura artística." **Jorge Aiguadé**, Asunción, año 2003.

que fue algún despechado enano de la literatura que me eligió para sobresalir de su medianía anónima. Alguien relacionado con el riñón ideológico de la dictadura, amigo de los escribas stronistas como González Alsina, Ramos Giménez o Halley Mora. Algunos de ellos habrán proveído al idiota útil el poema que ni yo recordaba, escrito con inocencia y esperanza de aquellos años en que Stroessner pudiera tomar la revolución social de Perón para su política de gobierno. Sólo aplicó el aspecto más repudiado del creador del justicialismo, el autoritarismo, el populismo, la demagogia intolerante y la consecuente persecución de sus opositores políticos. Es apenas un error de juventud, vaticinio político desmentido por el devenir histórico. Para más datos, fui uno de los primeros en caer en desgracia por la política represiva del entonces aprendiz de dictador, aunque mi exilio había comenzado mucho antes, durante la dictadura del general Morínigo y la derrotada Revolución del 47. Por eso no puedo admitir la divulgación capciosa y fuera del contexto histórico del poema de marras. Antes de responder, quiero que mi respuesta tenga su destinatario y ver si resiste el bombardeo de mi escrito. Alguien quiere reducir mi figura de escritor en la de un adulón de tiranos, bufón de intrigas palaciegas. No le va resultar fácil a mi compilador de intrigas mientras tenga la pluma en mano y el orgullo en pie.[4] No, Augustito, Ud. no tiene parangón como poeta ni como narrador en el Paraguay, pierden su

[4] En primer lugar, se ha afirmado generalmente que su exilio comienza en la dictadura de Morínigo con su expulsión después de la guerra civil del 47, en realidad su marcha a Buenos Aires no surge del exilio político, sino de otras razones como la de su nombramiento como secretario de la Embajada o su participación en una misión cultural junto al músico Cayo Sila Godoy en decretos firmados respectivamente por el dictador Higinio Morínigo y por el presidente Federico Chaves, misiones a las que renunció posteriormente, a la segunda por razones de salud. Con Stroessner disfrutó de una beca

tiempo. Pero tarde o temprano pondré la espada de mi ira sobre el cuello del cerdo panfletario. Alguien con sabiduría había escrito que para ser un gran escritor era necesario primero elegir en qué país nacer, luego hacer el trabajo literario para que resulte provechoso. Mi desgracia fue no elegir el país, me tocó el Paraguay que es un país sin literatura y lo que es más grave, sin lectores como la gente. Aquí la oralidad heredada de los guaraníes se lleva al extremo, los que dicen ser escritores se pasan hablando de las grandes obras por escribir pero en lo hecho no pasan de algunos librillos circunstanciales. Son autores en miniatura que cuando hablan se transforman en gigantes de humo y cuando escriben, en gnomos que no pueden sostener ni la lapicera. En vez de trabajar y procurarse un destino literario, se pasan enlodando el camino como los caracoles. Mi temor es que un día amanezcan ahorcados en su propia lengua, como Peru Rimá que de tanto hablar y tensar las cuerdas vocales termina enredado con ellas. De algunos de esos desgraciados diletantes surge la insidia venenosa, con vuelo bajo, y traicionando por la espalda. Son personajes residuales del legionarismo cultural instalado después de la Triple Alianza y cuya sangre espuria sigue volcando su odio de ignominia contra los que removemos la verdad histórica. Se ahogarán al final en su propia agua servida y el tiempo escupirá estos malos tragos. No obstante, responderé

...
de estudios en Europa para analizar los nuevos métodos de propaganda y difundir la cultura paraguaya en el exterior. El exilio de Roa Bastos se puede deber a circunstancias personales y culturales más que a las políticas, teniendo en cuenta sobre todo que seguía manifestando su amistad y agradecimiento al colorado Epifanio Méndez Fleitas y al jefe de policía, el coronel Esteban López Martínez, como se comprueba en algunas notas de prensa, con la retórica que roza la del fascismo, al primero lo declara "heredero del Mariscal de Hierro, Francisco Solano López". La realidad es que Roa Bastos emigró a Buenos Aires en 1947 por decisión propia, donde residió hasta 1977. *Literatura y sociedad. La narrativa paraguaya actual (1980—1995)* de **José Vicente Peiró Barco.**

con altura las bajezas de los escribientes de pacotilla, como caballero que soy, esgrimiré altivo el duelo intelectual. No soy de los soldados que corren pensando en otras batallas, para mí la primera escaramuza me compromete a vencer o morir. Siempre regreso como héroe de todas las guerras, la vida y la muerte es apenas una disyuntiva para cobardes.[5] Pero, mi admirado Augusto, Ud. ganó nada menos que el Premio Cervantes y que tal vez, el único que el Paraguay obtuvo y obtendrá gracias a su valiosa e incomparable obra. Antes era admirado por muchos de mis compatriotas, después de los incontables premios que recibí aparecieron los defectos por doquier. Ahora, hasta los que se decían amigos murmuran por lo bajo que yo negué hasta mi lugar de nacimiento. Dicen que yo nací realmente en Iturbe pero que digo en Asunción para darle abolengo a mi cuna. ¿Cuántos atropellos más a mi reputación debo soportar, Montiel, antes de que callen las malas lenguas? Es preciso descubrir la usina de mentiras, además de la heredada de la dictadura, hay que caerle con toda la fuerza de la elo-

---

[5] La literatura paraguaya es pasible de muchas criticas, observaciones y hasta descalificaciones, si se quiere, pero lo que no se puede razonablemente hacer es negarla. Como toda literatura la paraguaya está ligada a los avatares de su pueblo, que supo de exterminios, guerras y revoluciones interminables. De ahí su falta de desarrollo regular y sostenido, comparada con las de otros países que también tuvieron sus dificultades pero no en el grado que tuvo el Paraguay, que padeció de largas épocas de aislamiento geográfico y sobre todo cultural. El sello de estas circunstancias cíclicas en la historia del Paraguay puede observarse en el anacronismo que padecen las obras literarias desde la colonia y hasta la configuración de la literatura actual. Para entender nuestra literatura como fenómeno social se debe dejar de considerar tres aspectos básicos: a) la aparición tardía porque no existía la imprenta hasta 1845 y hasta entonces sólo circulaban manuscritos; b) discontinuidad por las guerras y revoluciones; y c) el aislamiento que impidió que se formara una capa social suficientemente culta y numerosa para sostener la literatura, lo que provocó que los escritores fueran sobre todo políticos, historiadores y poetas de circunstancias. Con estos precedentes, la literatura de ficción sólo tuvo tímidos engendros, y no pudo ser cuantitativamente rica, aunque existieron algunas grandes novelas, y hasta la década de los cincuenta no hubo escritores reconocidos internacionalmente. **Juan Bautista Rivarola Matto**, *La literatura paraguaya existe*, diario Hoy, marzo de 1982. (**Nota resumida por El Refutador**).

cuencia y fulminar tanta sofismería. No recuerdo a nadie que haya trabajado más que yo por la literatura paraguaya, viviendo encerrado años para elaborar mis obras. ¡Cómo habré estado encerrado y aislado que prácticamente con cada libro que escribí fui perdiendo y cambiando de esposas! Cada vez que abría la puerta para brindar por el fin de una escritura no encontraba a nadie, de vuelta a buscar una nueva esposa hasta el próximo libro. Pero no faltó quien dijera tampoco que tuve más esposas que libros. Aunque más hijos pueden ser, sin embargo no viene al caso. El asunto de la difamación es algo tan corrosivo que termina salpicando al país y su incipiente cultura.[6] MI ilustre Augusto, usted fue muy generoso con su decisión de vivir en el Paraguay y soportar estoicamente tantas diatribas. Estoy cansado de responder lo mismo cuando viajo por el mundo. Reconocer que el Paraguay no tiene tradición literaria, sobre todo en narrativa, aunque los versos tienen un poco de trayectoria en el folclore. Pero todo ha llegado a destiempo en el Paraguay, la poesía que pudo haber sido resulta al final como un refrito de la corriente poética o literaria ya superada en el mundo. Es el caso de los poetas seudomodernistas que copiaron tardíamente a Rubén Darío y otros, como el caso de Ortiz Guerrero, por ejemplo. La prosa tampoco pasó de la descripción pintoresca, cos-

[6] Roa Bastos no debiera subordinar su arte a una finalidad no artística. Debe, ante todo, concebir su obra como obra de arte. Primero el arte. Lo demás vendrá a su obra por añadidura, y en forma mucho más convincente. Por otro lado, si siente él la urgencia imperiosa de dar voz a su afán redencionista ¿por qué no emplea otro medio de expresión, distinto del cuento o la novela? Roa podría ser un brillante ensayista. En su lúcida prosa, y a la luz de una teoría estricta, él podría hacer un análisis riguroso de los males de su patria y formular un programa positivo de regeneración. Roa también debe evitar la exageración. La verdad basta; ya tiene ella en sí y por sí una elocuencia que no necesita distorsiones. Tampoco debe recurrir a los efectismos de esa literatura que un crítico sueco ha llamado de *flottiga papperet*, de papel grasiento". **Hugo Rodríguez Alcalá,** Asunción, La Tribuna, año 1954.

tumbrista y chato realismo psicologista, sin soplos poéticos ni elaboraciones literarias adecuadas. Para sortear estas falencias de nuestra cultura, yo tuve que volverme autodidacta y beber largamente en fuentes de la cultura universal. Después volver a mi abrevadero natural pero en forma simbólica, sublimando una cultura inexistente y liberarme de la atadura del bilingüismo autóctono.[7] Yo pienso igual que Ud., mi respetado Augusto, el guaraní entorpece y aísla a la gente del Paraguay de la cultura globalizada. Montiel, no se debe perder de vista y confundir el decoro personal con la adulonería permanente, pero tampoco caer en la execrable actitud del difamador e intrigante consuetudinario. Este país está lleno de chismosos que sólo producen y gastan babas. La larga dictadura ha corrompido hasta el tuétano, además de traer ya en sus genes la herencia de Francia y los López. Tenemos una tradición del autoritarismo despótico y que últimamente ha entrado aún más en decadencia, tocando quizá su hondura más profunda en cuanto a lo moral. Los propios escribas del Tiranosaurio perpetran contra mi persona las peores calumnias, buscando en mis obras lo inhallable, simientes de violencia e instrucciones para una insurrección armada. Todo lo que dicen los miserables del diario Patria en los últimos

[7] En este país, se asegura, no existe un corpus de literatura de ficción, vale decir que carecemos de un número y una cronología suficiente de textos, de ajuste de una tradición, o sea de una parcela nutricia, una generosa levadura que actúe al propio tiempo de techumbre y tierra firme de los narradores paraguayos de generaciones próximas, o partir de la última década del milenio. Pero no se puede negar la existencia de una narrativa en el Paraguay sin considerar los siguientes aspectos: a) El sustrato cultural paraguayo también queda integrado por las obras literarias importantes de la cultura universal. b) La tradición oral cuentística paraguaya, tanto guaraní como mestiza, es un terreno aún por explorar. c) El creador no tiene fronteras. d) El argumento más directo es la cita de treinta y nueve escritores que han publicado en castellano cuentos, novelas cortas y novelas. Entre las obras de estos autores la calidad es dispar como la de cualquier país, pero lo cierto es que son cien libros los que se han publicado en 25 años. **Carlos Villagra Marsal**, *Variaciones sobre narrativas del Paraguay*, Asunción, Diario Hoy, 10 de septiembre de 1989. (**Nota resumida por El Refutador**).

días, dando por hecho mi encarcelamiento o expulsión del país. Yo sólo quiero que mi hijo se haga paraguayo, tiene derecho por sangre, y me extiendan los documentos que me han denegado otras veces. Sólo pido que me dejen en paz con mi humilde trabajo, que pueda recorrer libremente el país, hablar con los jóvenes, aprender de ellos, acompañar a los campesinos por su reivindicación, promover la lectura y demás.[8] Pero, estimadísimo Augusto, el tirano teme a ese "demás" de la lectura que enseña Ud. en su recorrido por la geografía de la patria. Pero el dictador ve la amenaza hasta en mi sombra, a cada paso me encuentro con un pyragué soplón. Los secuaces también ven comunistas hasta en la sopa, si fuera cierto ya tendríamos una dictadura del proletariado y no la de un autoritarismo facineroso. Quieren tapar el sol con las manos. El pueblo no aguanta más la mentira y su imposición por la fuerza. Tarde o temprano caerá el régimen a pedazos por su propio

[8] En las primeras páginas de la novela, que comienza con la transcripción de una especie de decreto por el cual el propio Dr. Francia, el Supremo Dictador, ordena que al acaecer su muerte su cadáver sea decapitado y sus servidores civiles y militares sufran pena de horca, etc., se da un diálogo entre el dictador y su fiel de fechos, en donde contrastan dos tipos de discurso: por un lado, el del Dr. Francia, un racionalista, un ilustrado, capaz sin embargo de sobrepasar largamente la mera racionalidad del discurso logocéntrico mediante un manejo lingüístico-lúdico excepcional; por otro, Patiño, que se mantiene en el nivel característico de una mentalidad mítica. Roa Bastos pone en boca del Dr. Francia (página 70) algunos de los pasajes más agudos sobre la naturaleza del lenguaje, lugar donde se revela la condición humana y al mismo tiempo instancia de negación de la misma, cuando se traiciona y condena en la chapucería o la manipulación ideológica. Pero el espacio de la novela es también el lugar en donde se manifiesta el compilador-autor, que inserta allí su voz y con ella la ocasión de la referencia intertextual (las voces ajenas que se integran al cuerpo de la novela), magníficamente ficcionalizada, por ejemplo en las páginas 203-207, para dar un nuevo giro a la reflexión estético-literaria, en tanto el Supremo critica la escritura literaria y valoriza el habla concreta de los hombres de carne y hueso (página 208). Por lo demás, las citaciones –alusivas a otros textos, historias y personajes, sean del propio Roa, sean de otros autores– están hábilmente integradas al cuerpo textual, de modo tal que pasan a integrarse legítimamente al mismo, sin violencia alguna para la coherencia de su estructura artística y su universo significativo". **Miguel Ángel Fernández**, diario *Última Hora*, Asunción, año 2003.

peso. Y no porque yo lo diga, hasta el Papa recalcó lo mismo y enrostró al dictador en la catedral durante su última visita. Dijo que no se puede arrinconar a Dios en los templos ni olvidar la libertad en los papeles de la Constitución y las leyes. La Marcha del Silencio acalló la amenazante "voz del coloradismo radial" y sus maldiciones de índole inquisitorial. Además tiene el tirano el diario Patria a su favor, con la pluma de los mercenarios que se hacen pasar por periodistas de investigación o escritores columnistas. Pero ni uno ni otro, todos repiten la misma cantinela sobre mi persona, que estoy al servicio del comunismo internacional, filosofía desalmada que socava el estilo de vida occidental y que tiene su basamento en la concepción cristiana de la vida y su visión del mundo.[9] Por lo que se sabe, mi apreciado Augusto, Ud. tampoco nunca disimuló su admiración por la Revolución Cubana. Últimamente su acercamiento al comandante Castro hizo chispas por los cuatro vientos, mientras otros intelectuales aliados de primera hora hoy buscan otros horizontes políticos, para no decir que desertaron barajando argumentos como que la revolución se volvió vetusta y anacrónica. Qué cosas védere, Montiel. La libertad nunca caduca y sobre todo la que sostiene con sangre el pueblo cubano. El comandante Castro representa hoy lo que fue en su época el doctor Francia, un adelantado a su tiempo e incomprendido por completo

[9] El paladín de la "transición democrática" del Paraguay Augusto Roa Bastos renegó de su nacionalidad y solicitó la naturalización española, con argumentos falaces y alevosa intención de obtener rédito propagandístico, en desmedro de los intereses de su propio país. De esta forma vemos a uno de los tantos "embanderados patrioteros" por el mundo avergonzarse de su patria y, sin ningún orgullo,¡imperdonable!, renunciar supuestamente "porque se había quedado indocumentado". Lo que no dice este ex becario y cantor de loas arrepentido, y malagradecido, que forma parte de una siniestra campaña de desprestigio contra la democracia sin comunismo que lleva adelante el Superior Gobierno del general Alfredo Stroessner Matiauda. *Diario Patria*, Asunción, año 1982. **(Nota compilada por El Refutador)**.

hasta por los más revolucionarios. Francia nunca fue ejemplo para Bolívar, Artigas ni San Martín, sin embargo encarnaba plenamente el objetivo de estos héroes de la emancipación. Como nos pasa hoy en Latinoamérica, todos los países hablan de su autodeterminación y soberanía de boca para fuera, pero a la hora de tomar posiciones se encaminan hacia el chasquido de dedos de los Estados Unidos. Sin embargo, Cuba es el único país que puede hablar por sí y de sí, sin ruborizarse ni mirar el piso. No está adherido al sistema imperial y por tal motivo, permanece bloqueado hace más de cuarenta años. A pesar de todo, ha podido desarrollarse social y científicamente, dejando en el pasado su condición de Edén prostibulario de los americanos del norte; los yankis tuvieron que trasladar todo ese submundo del hampa y del sexo a las espumosas playas de Florida. En la época de Francia y los López , Paraguay también permaneció bloqueado, atacado, amenazado y hasta destruido por los intereses imperiales. Pero igualmente había logrado un alto grado de desarrollo con una buena administración y la negativa a la inversión extranjera que siempre implica dependencia. De ahí mi admiración de siempre por la Revolución Cubana, sólo que antes había que formar cola para hablar bien de Cuba, del Che, Camilo y Fidel. Ahora los escritores, poetas e intelectuales fueron ganados por el mercado global y en una vuelta de carnero, empezaron a mirar el mundo con ojos de la realidad acomodaticia y no por un cambio de ideología. Salvo contadas excepciones, Montiel, los artistas de la izquierda festiva se habían montado en el caballo de la Revolución como para un paseo vacacional y hoy están de vuelta a casa, de la que nunca debieron salir para engañar a la gente y traicionar los ideales de muchos que dieron la vida como prueba de

fe en la lucha. Francia y Fidel se consagraron a su pueblo y el pueblo responderá hasta la última gota de sangre. No hay duda, querido Augusto, trate de no mezclar las épocas, Ud. necesita abordar el presente sin enredarse con el tiempo ido y las fábulas de sus personajes. La persecución es la práctica política en el Paraguay desde las épocas coloniales. Cada gobierno que subía aniquilaba o exiliaba a la otra parte y así mermaba la población en vez de crecer. Sumados a los enfrentamientos fratricidas internos están los genocidios perpetrados por fuerzas externas, durante el ahogamiento en sangre de la Revolución Comunera y la Triple Alianza. Sin olvidar la guerra del Chaco que devoró a más de cien mil bolivianos y cincuenta mil paraguayos, para terminar perdiendo en la mesa del Tratado de Paz lo que se ganó en los campos de batalla. El Paraguay independiente no tuvo paz ni tiempo para desarrollarse, menos para crear una literatura. La Historia devoró todo cuanto se quiso escribir en el Paraguay, tenemos más historiadores que escritores.[10] Vivimos mirando el pasado, una suerte de presente histórico para hablar gramaticalmente. El paraguayo cree firmemente que su futuro está en el pasado. El modelo de país que creó Francia y desarrollaron los López creen que debe reeditarse para volver por la senda correcta el país. Precisamente fue destruido el Paraguay por nadar contra la corriente colonialista y la revolución

[10] Para comprobar la existencia de la literatura paraguaya, sugiero yo al señor Roa Bastos, no tiene más que pasar una tarde por la librería Comuneros de Asunción y rectificar su punto de vista, su desconocimiento en el exterior no tiene que ser inexcusablemente síntoma de calidad; el no trascender no es el resultado de una tabla de valores estéticos, sino de circunstancias concretas, especialmente la falta de mercados que sí tienen Perú, Argentina, Chile o Colombia. Si Gabriel Casaccia, Elvio Romero o el mismo Roa Bastos no se hubieran ido, hoy serían solamente valores locales. Lo que ocurre a la literatura paraguaya es su gran desconocimiento, pero nunca eso puede implicar su inexistencia. Mario Halley Mora, *Valga la intromisión*, Asunción, *El Diario*, año 1989. (**Nota resumida por El Refutador**).

económica liberal en boga. Paraguay, entonces, económica y socialmente respondía a una organización inspirada en los socialistas utópicos que seguro conocía Francia, o al menos a los pensadores de izquierda de la Revolución Francesa. Sus detractores más benevolentes le llamaban "el jacobino" de América, otros menos indulgentes directamente le decían "el ayatollah", por su reconocida vida austera e implacable rigurosidad a la hora de castigar los delitos bajo sus leyes. Mi literatura trata de desembarazarse de estos embrollos psicológicos en que patalean los paraguayos sin ir a ningún lado. No me perdonan que haya pintado a Francia en su oscura vocación autoritaria, pero sólo como pretexto, porque mi idea original era indagar sobre los mecanismos del poder, en este caso, para más un poder absoluto.[11] Sí, mi maravilloso Augusto, pero no hay duda alguna, ha logrado el retrato más acabado de un dictador. Reconocido por los críticos literarios más renombrados de América y Europa. Qué más se le puede pedir, agradezcan que Ud. es paraguayo y el mérito también lo usufructúa todo el país. Eso mismo, Montiel, el Paraguay era considerado una incógnita literariamente hablando, hasta que trascendió mi obra ese misterio y ya comenzó a hablarse de la literatura paraguaya. Creo que, humildemente, rompí con la medianía literaria que reinaba en nuestro país e irrumpí en la consideración de la palestra universal. Si bien no puedo negar que nací en el Paraguay, yo me hice escritor primero

[11] El promotor del desorden y la agitación por medios literarios y culturales Augusto Roa Bastos fue expulsado a Clorinda, en un procedimiento policial llevado a cabo en el día de ayer. No hubo mayores comentarios, pero la causa es de público conocimiento que dicho sujeto pretende imprimir a su papel de escritorzuelo la desestabilización que tanta sangre ha costado al país y que el gobierno del general Stroessner restableció por el camino del desarrollo y el bienestar para el Paraguay. *Diario Patria*, Asunción, año 1982. **(Nota compilada por El Refutador).**

afuera y luego recién fui admitido como tal en este bendito país. Se cumplió plenamente conmigo aquello de que nadie es profeta en su tierra. Nuestro país es una nave que va a la deriva, perdida en el tiempo y ha olvidado su punto de partida. Está aislado en el mundo. Es una isla sin mar. Mejor dicho, es una isla rodeada de tierra. Pero estas imágenes que tratan de abarcar la realidad profunda del Paraguay, digamos, geográficamente, no me quitan tanto el sueño. Pero su desconexión temporal, sí. Su falta de conciencia del tiempo que vive, su falta absoluta del concepto de contemporaneidad e, inclusive, su negación de coterraneidad en relación a otros países que también tienen historia pero palpitan su tiempo.[12] Parece sencillo, mi amado Augusto, creo que al Paraguay le falta más cultura para entender todas las cuestiones que acaba de enumerar, claramente, para poder salir de su encrucijada histórica. Deberíamos escribir juntos un libro para esclarecer la confusión general. Pero si yo vengo diciendo y escribiendo lo mismo desde hace cincuenta años. Llevo publicados varios trabajos sobre el aislamiento del Paraguay y sus causas. Desde el punto de vista sociológico, histórico, político, literario y hasta lingüístico. Porque el bilingüismo también aporta lo suyo en este atraso, la educación siempre se impartió en castellano mientras el pueblo funciona en guaraní. Lo que debería ser una ventaja, el hecho de contar con el idioma autóctono como nacional y el español como oficial, se convierte en una contradicción perjudicial. El pue-

[12] Queda sin valor la repetida afirmación de Josefina Plá y Augusto Roa Bastos de que la literatura es una literatura sin pasado, y en época colonial sólo la historiografía fue un género copioso, por lo que hasta bien entrado el siglo XX no se puede hablar de una producción de nivel continental. Se escribió en los mismos géneros que en el resto de Hispanoamérica. *Literatura y sociedad. La narrativa paraguaya actual (1980-1995)* de **José Vicente Peiró.**

blo es analfabeto en el idioma que habla y es alfabetizado en el que no habla. El resultado de estos factores antagónicos encontramos que el paraguayo lee poco y escribe menos. No está capacitado, quiero decir educado, para hablar ni para escribir. No puede hablar en guaraní porque no es aceptado como idioma dominante y no lo escribe porque es analfabeto en esta lengua. Tampoco habla en español fluidamente porque maneja un vocabulario apenas básico y no lo escribe tampoco por el hecho de su escaso conocimiento. En la mente del paraguayo chocan dos flechas de sentidos contrarios, en su cerebro se anida la entelequia misma y el pensamiento se convierte en un callejón sin salida. Llevamos la contradicción encarnada en nuestro intelecto.[13] Sin embargo, mi celebrado Augusto, hoy en día mucha gente domina el castellano y otros idiomas más en el Paraguay. Por supuesto, estamos hablando en términos generales, estimado Montiel, no en particulares. La clase dominante, como en todos los países, en el Paraguay recibe la educación de la metrópolis como colonia que es del imperio de turno. Se habla a la perfección el idioma del imperio, en señal de abyección y en calidad de súbditos, después viene el idioma oficial de los colonizados. Eso no quiere decir que lo que yo puntualicé sobre el bilingüismo esté en contraposición a esta realidad. El Paraguay permanece encerrado, como se dice, bajo las siete llaves de su proceso histórico que lo condena en forma cíclica al exter-

[13] Después de obtener el Premio Cervantes en 1989, con la implicación política de apoyo a la transición democrática del Paraguay que representaba el dar un premio a su escritor más internacional, Roa Bastos abandonó su retirada temporal de la publicación de obras nuevas. En oposición, si en la obra del autor de los ochenta representan años de escasez de ficción creativa, los noventa son su época más fecunda cuantitativamente. *Literatura y sociedad. La narrativa paraguaya actual (1980-1995)* de **José Vicente Peiró Barco.**

minio o, cuanto menos, al desangre crónico. En toda su historia la justicia de cada época habló a través de los patíbulos y tribunales de sangre. La dictadura de Stroessner no fue la excepción, pasó por sus cárceles y cámara de torturas más de la mitad de su población, además de los exiliados y desaparecidos que hasta hoy no se terminan de contabilizar. Con el hallazgo del Archivo del Terror saltó a publicidad la estadística del infierno, historias de suplicio y muerte de muchos compatriotas paraguayos y latinoamericanos. Los sicarios, organizados en comunidad, elaboraron sus rapiñas como bien reza su nombre: el Plan Cóndor. La muerte es el precio que paga todo aquel que opone resistencia a los designios de los opresores.[14] Hoy está trágico, mi ponderado Augusto, su nivel de angustia y conmoción es sólo comparable al último divorcio con la española. ¿Tanto será, Montiel? Esta angustia me persigue en sueño, no termino nunca de caer y rodar por aquella escalera, después de ser arrojado por mi esposa al sorprenderme con aquella joven investigadora de mi obra. Todavía cruje mi brazo al recordar el episodio que quebró mi muñeca derecha. Considero que fue un accidente todo lo ocurrido, sobre todo el breve acercamiento con la estudiante de letras. Los políticos suelen meter la mano en la

[14] Gabriel Casaccia es un demócrata liberal que simpatiza con el pueblo y que se desentiende de la política. Pertenece a la clase media alta, estrechamente vinculada a los círculos dirigentes tradicionales. No sabe de necesidades extremas ni ha padecido la humillación social. Roa Bastos, en cambio, asume, aunque con vacilaciones y altibajos, ciertas posturas progresistas, populistas y, por momentos, hasta revolucionarias. Vinculado por su origen a la pequeña burguesía semirrural, es un veterano catador de la pobreza sin remedio, de la frustración y el abandono, de las hieles más amargas de la desilusión y del resentimiento. De aquí que la fría vivisección de Casaccia sea reemplazada en Roa por la fabulación de la historia por vagos sueños reivindicativos que se concretan en la creación de arquetipos imposibles, más parecidos a estatuas que a seres vivientes". **Juan Bautista Rivarola Matto,** periódico *Tiempo de Hoy*, en Buenos Aires, diciembre de 1970.

lata, cuando son descubiertos pierden votos y bancas. Los creadores también metemos la mano, a veces, pero en la musa, y cuando somos pillados perdemos dientes, costillas y huesos. Algunos indolentes optimistas dirían sin pestañear, son gajes del oficio. Pero la dialéctica es formidable si se sabe aplicar, una mala noticia del día con el tiempo se vuelve la mejor y viceversa. Gracias a ese doloroso incidente pude conocer a Marina y disfrutar de su juventud piadosa. Aunque algo más de sesenta años menor que yo, sabe disimularlo muy bien y me hace sentir cada vez más joven. ¿Será que estoy cayendo nuevamente en mi abismo mental? Quizá necesite algún tratamiento psicoanalítico más riguroso para expulsar de mis entrañas los demonios y monstruos que me carcomen el corazón y el pensamiento. Esto de hablar yo solo no conduce a nada, me revuelvo en el pasado y me trae más soledad. Mi camino al pasado está señalizado por todas mis pérdidas y me resulta como un paseo por mi propio purgatorio. Como si hubiera tragado un espejo y me devuelve en imágenes todo lo oculto de mi interioridad.[15] Mi adorado Augusto, nos queda por probar la hipnosis como método, para escuchar las voces más lejanas y perturbadoras de su ser. Estoy dispuesto a todo, con una sola condición, Montiel: quiero que Marina asista contigo a las revelaciones de mi estado hipnótico, que espero saldar cuentas con mi historia e histe-

[15] Desde que volvió al Paraguay participa con frecuencia en la vida cultural del país, pero algunas contradicciones que se deducen de sus manifestaciones le han convertido en una personalidad polémica. Nadie discute en el Paraguay su importancia y la calidad de sus obras, pero algunos círculos culturales cuestionan su integridad o sinceridad. Valga como ejemplo las numerosas polémicas sobre la narrativa paraguaya que ha mantenido en su país con otros escritores como Juan Bautista Rivarola Matto, Mario Halley Mora, Carlos Villagra Marsal y otros, que le han provocado la ruptura de la amistad con quienes ha mantenido por muchos años. *Literatura y sociedad. La narrativa paraguaya actual (1980-1995)*, de **José Vicente Peiró Barco.**

ria, para no decir mis ataques de esquizofrenia. De paso dar la razón a los que dicen que los tres juntos conformamos el aparato freudiano. Según piensan y dicen por ahí, Montiel representa a mi Yo, Marina a mi Ello y, por suerte, yo mismo encarno mi Super-Yo. Así dicen de nosotros, Montiel, esos alienados. Pero siguiendo con lo nuestro, siento que mi alma está poblada de espectros humanos que me interrogan y acusan de no sé cuántas cosas. Mis partes psíquicas sobrevivieron a las mujeres que amé y los personajes que robaron la mayor parte de mi vida en pos de su creación. Las primeras me sacaron en cara siempre la desatención como marido y padre, y los segundos, mi obsesiva influencia en el destino de mis hijos literarios. Gaspar Mora calma la furia de la española con un concierto sublime, de alguna forma es el hijo que más sensibilidad me inspiró. Macario burlón e irónico me recuerda el destino de los traidores de Francia. Casiano y Cristóbal Jara me asisten en silencio y parecen estar más allá de las pasiones humanas. Miguel Vera me reclama la falta de oportunidad para poner punto final a su relato, que quedó inconcluso en "Hijo de Hombre". Estoy rodeado de todos ellos, me cercan sospechosamente y estarían todos en contra de mí. También están los que me tiran con artillería pesada por la prescindencia política, como los ultraizquierdosos, y los que me tildan de activista a sueldo al servicio del comunismo internacional, los esbirros de la dictadura. Sin duda, he cometido muchas imprudencias en la vida, pero nunca fui desleal con mis principios. La gente juzga a la ligera, no toma previsiones para acusar. Montiel, quiero que busques la paz para mi espíritu, hace tiempo que no concilio el sue-

ño como quisiera.[16] Cómo no, mi pequeño Augustito, pase al diván. Tenga en cuenta que la hipnosis es una técnica muy delicada, pocas veces aconsejable, porque la mente guarda misterios que sólo sirven para su desenvolvimiento interno. Pero también puede aportar elementos que subyacen bajo el cimiento racional y proyectan sombras sobre aspectos de la vida cotidiana. El hipnotizado puede realizar regresiones hasta el mismo estado fetal, asimismo algunos creen que es posible llegar a vidas pasadas. Nunca se sabe el límite de una hipnosis, el paciente en ese estado puede convertirse hasta en médium de algún espíritu o de una obsesión. No me preocupa nada de eso, Montiel. Lo que busco es la paz interior interrumpida. Quiero ubicarme más allá de las mezquindades que tratan de hundirme, pero yo no estoy dispuesto a declinar posiciones que tanto me han costado levantar. Necesito despejar mi mente de contaminaciones banales y aspirar profundo el aire fresco de un nuevo horizonte, que me ofrece el hecho de estar al lado de Marina y su generoso mundo. Hasta eso molesta a la gente, mi intento por ser feliz. Qué creen que hace un escritor en la vida, encerrarse en la biblioteca o vivir sólo para escribir. El escritor es un hombre normal que necesita a menudo dejar de serlo, entonces escribe hasta terminar el libro y regresa a la normalidad. De nuevo padece las debilidades mundanas y hasta cae herido a veces con los

---

[16] Augusto Roa Bastos fue nombrado por el dictador Higinio Morínigo segundo secretario de la Embajada de Buenos Aires, como figura en el Registro Oficial del año 1946, página 1301, cargo que no desempeñó alegando motivos de salud. Hasta 1982, fecha en que es expulsado cuando había acudido a presentar el poemario de Jorge Canese, Paloma negra, paloma blanca, Roa Bastos visitó en varias oportunidades desde la subida al poder del dictador Morínigo y dedicó una oda a Stroessner y Perón, Eternamente Hermanos, al asistir el presidente argentino a la toma de posesión del golpista dictador paraguayo, en 1954. *Literatura y sociedad. La narrativa paraguaya actual (1980-1995)*, de **José Vicente Peiró Barco**.

flechazos de Cupido. Cualquiera que me ve y observa mi integridad corporal pensará que fui víctima reiterada de este dios del amor, pero sólo pasé en mi vida por varias intervenciones quirúrgicas. Pero las cicatrices más profundas deben estar alojadas en los fuelles de mi corazón. De ahí mi canto que a menudo se escapa lastimero y nostálgico. La figura de la mujer preside toda mi vida, por eso me declaro públicamente feminista y sueño que el Paraguay tenga algún día una presidenta de la nación. Porque todos los presidentes hombres han dejado poco para las generaciones venideras, o ¿alguien también me va a refutar esta conclusión que tenemos a la vista? Aunque algunos críticos literarios resaltan que en mis obras no aparecen prácticamente personajes femeninos, sin embargo están dispersos en todos mis libros, no llegan a ser heroínas o protagonistas directas pero están configuradas en papeles muy dignos o actitudes moralizantes. Salvo Madama Sui, que el libro abre y cierra con su protagónico como dicen hoy día los comentaristas televisivos. Igualmente, creo que las críticas las hicieron antes de haber escrito esta novela que mencioné. La mujer debe ser la guía del mundo, por su instinto de vida y su compromiso con la especie humana. El hombre con su ambición de poder muy pronto pierde de vista todo, la noción de libertad y el concepto de vida. Retomemos, Montiel, el asunto de la hipnosis.[17] Ya estamos en los umbrales de la sesión. Usted, mi sensible Augusto,

[17] A pesar de su exilio ordenado por Stroessner siguió vinculado con el Paraguay desde Toulouse. En 1986 confeccionó una carta-proclama en la que llamaba a la unidad al pueblo paraguayo y en la que sugería la necesidad de una apertura democrática en el Paraguay, que Carlos Villagra Marsal leyó en la Plaza Italia de Asunción, lugar donde se reunían las manifestaciones contra la dictadura. Esto provocó que fuera declarado persona non grata. Después de la caída del dictador podía volver a su país, pero siguió viviendo en Francia. *Literatura y sociedad. La narrativa paraguaya actual (1980-1995)* de **José Vicente Peiró Barco.**

relájese y trate de no pensar nada por un rato. Imposible, Montiel. La mente puede pensar en la nada, pero nunca no pensar. Es como pedir a alguien que viva pero sin respirar. Sin embargo, ya estoy relajado y atento a las instrucciones. Fije, mi dolido Augustito, su mirada en la medalla que balancea, no deje de seguirla con los ojos sin parpadear. Mi alma ya es un péndulo que danza al compás de un sueño muy profundo. Siga mirando y aminore la respiración. Mis ojos miran pero ya no ven la armonía que deja trazada en su vaivén la medalla. Siga mirando fijo y vaya cerrando los ojos. Mis párpados han caído como pesados telones que cubren el horizonte de luces. Recuéstese y responda a mi pregunta. ¿Augusto, me percibe ahora? ¿A quién cree que se dirige con tanta petulancia, Montiel? Respóndame, Augusto Roa, sólo lo que le pregunto. Usted puede hacerlo. No me grite, señorito, ni alce la voz de aquí en más en mi presencia. ¿Quién me escucha ahora, entonces? Sepa de una vez, yo no soy su paciente, don psiquiatra. ¡Hable, quien fuera... ! Lo haré como si lo fuese, aunque lo que yo preciso sea un secretario, no un doctor que se hace llamar especialista del alma, y quizá un pelotón. Quien fuese, hable que yo sabré qué hacer con su relato. No estoy para hilvanar un relato, vengo a refutar la infamia de la historia a través de uno de sus protagonistas que está bajo mis pies, como un dragón ante la espada de San Jorge. ¿Pero quién habla? ¿No tiene nombre esa voz que se arroga nada menos que la de la historia? Soy el Supremo, Doctor Gaspar Rodríguez de Francia, Dictador Perpetuo del Paraguay. Discúlpeme, aunque no corresponda pedirle, doctor Montiel. Escuche atentamente cuanto sigue. No se puede defenestrar a un prócer, como a este servidor de la patria, con habladurías de gente interesada sólo en su beneficio y su comercio. Este

señor escriba que tiene recostado a su merced, a través de quien estoy hablando, hizo de compilador de documentos supuestamente fehacientes y no son más que libelos contra el Superior Gobierno que me honrara dirigir. Yo soy hacedor de toda una patria, no un juguete para un escriba sin escrúpulos. No puede construir mi imagen a partir de otros dictadores de facto, sin sustento jurídico ni legitimidad popular. Yo soy un Dictador con autoridad conferida por un Congreso democrático y popular. Ellos, los tiranos a los que estudió para retratarme en el ejercicio del poder, son vulgares dictadores autoritarios y rayanos a los criminales. Lo que no puedo concluir es que haya confundido a uno con los otros, soslayando alegremente épocas y contextos históricos. Yo le tomo como una adhesión a los detractores de este Servidor patriótico que murió sin dejar más bienes que la dignidad y el orgullo a un pueblo que dará qué hablar alguna vez.[18] Pero escuche, Su Excelencia, Augusto con su obra maestra basada en su célebre dictadura, le hizo famoso en el mundo, su persona se transformó en un personaje universal. Faltaba más, yo viví, luché y morí en pos del prestigio y la gloria, y usted me corre con que su dependiente psiquiátrico me dio fama. Nada más deleznable para un hombre ilustrado que se jacta de libertario consecuente y abanderado de las causas de su pueblo. No me vengan con macanas y zonceras, las razones de la patria están por encima de cualquier interés humano o

[18] En 1995 ha obtenido el Premio Nacional de Literatura con su novela *Madama Sui*, en votación muy reñida y ajustada con la obra finalista, *El júbilo difícil* de Villagra Marsal, la que ha acrecentado el carácter polémico de su figura literaria. A pesar de todo, Augusto Roa Bastos fue el gran impulsor de la narrativa paraguaya desde que en 1953 publicara *El trueno entre las hojas*, y es el escritor más importante que ha dado el país; sigue siendo el único narrador paraguayo que publica con regularidad fuera del ámbito latinoamericano. *Literatura y sociedad. La narrativa paraguaya actual (1980-1995)*, de **José Vicente Peiró Barco.**

divino, son los valores supremos que deben guiar nuestra conducta y castigar nuestro desatino. Siempre obré acorde a mi conciencia, construida con materiales ideológicos de la Ilustración jacobina y concepciones afines a una democracia social; con un estado proverbial como expresión de la clase popular dominante; con ingredientes heredados del comunitarismo indígena y gestión colectiva sobre los medios de producción; formada también en la moral cristiana consecuente con el prójimo y la ética del idealismo kantiano. Hice propio en mi conducta aquel enunciado ético que pocos practican y menos difunden. Obra de tal modo que la máxima de tu acción se convierta en ley universal. Eso procuré lograr en mi vida y con mi obra. Quise que rigiera la virtud toda mi vida. Una virtud surgida de las profundidades teológicas y filosóficas, en concordancia con las leyes inspiradas por grandes hombres de la antigüedad y pensadores de la Ilustración. Estableciendo lo social como centro de toda acción humana. La sabiduría y la ciencia al servicio del hombre, no el hombre al servicio del conocimiento y el capital. La educación al alcance de todo el pueblo y que la ignorancia deje de ser negocio de algunos letrados. Y la clave de mi éxito está en que me apoyé en los campesinos, sector social que tiene vocación de trabajo y profesa el patriotismo. Los habitantes de puerto son poco confiables, son proclives a la especulación y rebusques alejados de la producción. Las fuerzas armadas pasaron a engrosar las filas del pueblo. Repartí herramientas a los soldados y fusiles a los campesinos. En tiempo de paz, todos fuimos pueblo. En tiempo de guerra, todos soldados. Terminaron las clases y las castas en el Paraguay, la nación se llenó de riquezas y abundancia por doquier. Sin embargo, todos coinciden en que nada dejó crecer a su sombra, el

poder absoluto aplastó todo a su paso, inclusive a los compañeros de la gesta emancipadora. El método de rigor y la implacable tozudez para lograr mi objetivo, a veces, hicieron que algunos confundieran mi sistema con autoritarismo y hasta despotismo. Pero nada más extraño y lejano a mi estilo, el título honorífico de Dictador Perpetuo con que me ungiera el pueblo a través de su Congreso, me permitió legítimamente gobernar de acuerdo a la voluntad de mis fueros íntimos. Pero he ahí la gran cuestión que a muchos llaman a confusión. Este sujeto Roa, el Compilador de la Infamia, que en este momento me sirve de púlpito, ha cometido la tropelía de mezclarme con tiranuelos, manejados con hilo negro por el imperio, y lograr así un perfil acabado de un autoritario vulgar, según sus propias palabras. En la República de Platón el filósofo era el rey y no al revés como ocurrió con los dictadores latinoamericanos, infradotados para el ejercicio de poder que debe guardar el bien público y garantizar la integridad de una nación. En mi caso, los dictados de mi mandato surgían de una mente virtuosa y una moral basada en el ejemplo de vida. Jamás exigí a nadie lo que yo no estaba dispuesto a cumplir, el pueblo seguía mi ejemplo de laboriosidad, honestidad y abnegado patriotismo. Siempre evité caer en debilidades personales, habitualmente mi guía fue el interés general y la ley, antorcha de mi orientación. Pero no faltaron los enemigos que han hecho de mí un retrato desvirtuado. Me han puesto fuera de la ley de los hombres y conmiseración del Creador. Me llamaron siniestro dictador y verdugo de su pueblo. En cambio, la libertad fue lo único no negociable para el Paraguay durante mi mandato. Pero abundan los documentos y testimonios de sus contemporáneos que lo acusan de déspota sin misericordia y tirano comparable a Ati-

la por su crueldad. Ahí está, Atila fue un gran guerrero y defensor de su pueblo. Puras patrañas. Enmudecieron hasta las guitarras, escribió otro ignoto detractor. No hubo gobierno en mi época que haya promovido tanto la música como el del Paraguay, importando más instrumentos musicales que armas y municiones. Llenó las cárceles de compatriotas ilustres, dijo un viajante despechado que no pudo anclar su barco de piratas en el puerto de Asunción. El Paraguay en la práctica no tenía cárceles, apenas algunos lugares de confinación y reclusión transitoria. El delito en el Paraguay se había vuelto una idea extraña y sólo provino allende las fronteras. O si no que averigüen con el señor Bonpland, a quien tuve que pedir, muy a pesar mío, que se retire del Paraguay porque el mundo creía que yo lo tenía preso y él que pedía, de rodillas, que lo dejase vivir tranquilo y progresando en el Paraguay. Pero tuvo que marcharse con todas sus pertenencias. En la primera noche que pernoctó en Corrientes perdió la mitad de su ganado y dijo sencillamente cómo se nota que ya estoy fuera del Paraguay. Se dice con justa razón que las comparaciones siempre son odiosas, pero por lo general son necesarias para comprender un hecho histórico a la distancia. En todo mi período de gobierno, los fusilamientos, que eran sólo por traición a la patria, no llegaron a veinte. Mientras, mi más acérrimo enemigo y acusador de déspota, don Juan Manuel de Rosas, en una sola razzia contra los unitarios, colocó sobre pica las cabezas decapitadas de sus opositores, en las dos veras del camino que va de Buenos Aires a Luján, sin haber sido demonizado por la historia como fui yo. Tampoco fui afecto a los elogios y genuflexiones de mis seguidores. Primero fui admirador del pueblo que me vio nacer y luego fui admirado en vida y llorado en mi muerte. Los

detractores esperaron que se produjera una alegría popular con la noticia de mi muerte, fueron defraudados y el pueblo redobló compromiso al guardar duelo sin esconder lágrimas. No estaban errados, conmigo habían perdido el mejor soldado y el más humilde de los ciudadanos que ha dado la tierra fecunda del Paraguay. Consagré mi vida a la gloria del Paraguay, entregué todos mis conocimientos y voluntad ante el altar de la patria. He renunciado a muchas cosas que alegran al varón pero empequeñecen al hombre, y he ganado otras, grandezas y dignidad para enaltecer el nombre de un pueblo exterminado varias veces pero nunca vencido. Jamás hubiera cristalizado los ideales de una patria verdaderamente libre si no hubiese contado con un pueblo capaz e indoblegable como el paraguayo. No conozco un pueblo tan altivo como el paraguayo, nada de hueso perdido que inventaron los infamantes de mi gobierno. Más infamantes aún los que compilan, reproducen y amplían en libros y tratados sobre esta ridícula afirmación. Pero ya vendrá el Refutador de la Infamia a poner los acentos sobre las íes que correspondan, a subrayar nuestros aciertos y comprender los errores históricos, pero sin soslayar las traiciones de unos pocos ni los heroicos gestos de la mayoría del pueblo paraguayo. De mi boca nunca salió agravio para este glorioso pueblo, sólo elogios y gratitud infinita por tanta lealtad. Lo demás, son pastos para los detractores que sólo les quedan rumiar su derrota para siempre. A qué se debió su encarnizada persecución de los opositores y su política de aislamiento. No hubo tal persecución, sólo imperó la ley y no permitió jamás el libertinaje de los seudopatriotas al servicio de los intereses foráneos. Paraguay nunca se aisló, lo aislaron por su ejemplo de libertad y progreso. Por su soberanía emblemática e in-

dependencia económica. La buena educación hizo que los paraguayos fueran libres y la aplicación de la ciencia exacta posibilitó la equidad y la igualdad. No la suma y resta de los mercaderes que acechaban el Paraguay con frustrada intención. Mi estrategia se debe buscar y rastrear en la historia de lucha del pueblo paraguayo. Seguí la hazaña guerrera de los guaraníes ante los conquistadores. Imité la formidable lucha de los comuneros ante el mundo, que resistieron hasta morir a los ejércitos de los Virreinatos de Lima y Buenos Aires, de las Misiones Jesuíticas y los bandeirantes esclavistas del Brasil. Pero nunca me tembló la mano a la hora de obrar por la patria, la firmeza de carácter fue mi sello personal. Cuando la justicia determina una sentencia siempre me gustó dictarla a viva voz y hacerla cumplir al pie de la letra. Como el caso que nos ocupa en esta ocasión, la conspiración de 1820 que pretendió encontrar en mí el manso cordero para el Viernes Santo, para ahorrar presupuesto, he decidido juntar a todos los enjuiciados en una sola jornada. Los hombres falsos son como los billetes falsos, circulan entre los reales y legítimos sin distinguirse unos de los otros. Pero yo los identifiqué con suma facilidad, porque los falsos próceres decían querer liberarse del yugo español y ofrecían a cambio el porteño o el brasileño. Mi consigna y condición para integrar la Junta siempre fue la libertad absoluta en lo político y en lo económico. Los hechos son irrefutables cuando les asisten razones históricas, amparo jurídico y legitimación popular. Luego la historia puede escribir cualquiera, inclusive los detractores y los enemigos reales de la verdad. El problema viene después, con la indigestión de los consumidores de la carne podrida y la proliferación del contagio en cadena. Por suerte, el tiempo provee de vez en cuando algún Refutador de

la Infamia enemiga. No dilataré más el cumplimiento de la sentencia que obra en mi poder, exijo solícita atención. Yo, el Supremo, comunico al pueblo y ordeno a Policarpo Patiño, fiel de fechos, secretario y amanuense del suscripto, mande a los fusileros que preparen los actos de justicia bajo El Naranjo, con murgas y fanfarrias, para el escarnio público. Serán pasados por las armas los traidores de la patria, como resarcimiento de su culposa responsabilidad y ejemplo impartido por tan deleznables actos en contra de la integridad moral y política independiente del Paraguay. Los cargos y pruebas están compilados y documentados en forma fehaciente en las fojas de los expedientes, que pueden ser consultados bajo estricta autorización del tribunal a cargo. Todos los sentenciados que aguardan su ajusticiamiento fueron descubiertos en su labor conspiraticia, mediante intercambio de correspondencias y escritos varios con los porteñistas, españolistas y brasileñistas, elaboración de libelos y actividades concretas para derrocar al Superior Gobierno y aniquilar la independencia del Paraguay. Por todo ello y otros elementos punibles, se procede a la ejecución plena de la sentencia de los condenados y cómplices de la confabulación. Que pase Mauricio José Troche, instigador. ¡Confinación perpetua! ¡Cúmplase! Que pase Fernando de la Mora, conspirador. ¡Prisión perpetua! ¡Cúmplase! Que pase Vicente Ignacio Iturbe, traidor. ¡Al Naranjo! ¡Apunten! ¡Fuego! Que pase Juan José Machaín, traidor. ¡Apunten! ¡Fuego! Que pase Pedro Juan Cavallero, traidor. ¡Al Naranjo! ¡Apunten! ¡Fuego! Que pase Fulgencio Yegros, traidor. ¡Al Naranjo! ¡Apunten! ¡Fuego! Que pase Augusto Roa Bastos, compilador. ¡Al Naranjo! ¡Apunten! ¡Fuego!

Diciembre, 2001.

La horca

Hispania, la tierra legendaria que honrara Aníbal, el general de origen cartaginés, frente a los romanos que cayeron derrotados bajo su estratagema en muchas batallas. Pero Hispania no tardó en dejar ser régimen tribal y convertirse en una provincia imperial. Para dar luego al imperio romano tres emperadores: Trajano, Adriano y Teodosio. En el campo del pensamiento y de las letras dio a Pomponio, el geógrafo; Columela, el tratadista; los poetas Marcial y Lucano; Séneca, el retórico; Séneca el filósofo y dramaturgo; y Quintiliano, el mayor orador que conociera Roma.

Ocurrió en aquel tiempo que, desde la península ibérica, fue llevada ante los tribunales romanos a Bonia, una joven gitana acusada de ofender

a los dioses, al emperador, violentar la moral y las buenas costumbres. Era de tal belleza la muchacha que despertó gran admiración en todos cuantos la hayan visto. Entre ellos, Quintiliano, de simple admirador, al escuchar la escandalosa sentencia que le mandaba a la horca, pasó a ser un furibundo defensor de la joven. Las acusaciones se basaron en testigos que afirmaron que la gitana poseía un don para encantar a los hombres, hacerlos olvidar de su esposa e hijos, desertar a los soldados del frente de batalla y contar con un cuerpo endiablado que producía una epidemia de deseo sexual en la ciudad.

Quintiliano, ante el sumarísimo juicio y sentencia en primera instancia, apeló a favor de Bonia. Echó mano a su manejo de la retórica que tanta fama le diera en todo el imperio, subestimó las acusaciones y enfatizó la belleza de la joven. Presentó al tribunal su argumento jurídico, filosófico y estético, donde fundamenta que la sentencia dictada conllevaba un crimen de lesa humanidad.

Si bien las acusaciones, decía el orador, pueden ser tomadas en cuenta, el castigo es inaceptable porque atenta contra una obra de la naturaleza, una escultura de arte, una belleza artística, la anatomía perfecta de la joven condenada. Para subrayar su razonamiento y fundar en pruebas fehacientes sus consideraciones, la mandó desnudar a la gitana ante el tribunal que, después de un cuarto intermedio, pudo rever la sentencia y perdonó la vida a Bonia.

La actuación de Quintiliano fue muy celebrada en la ciudad y comentada en todos los rincones del Imperio romano. Pero uno de los fiscales que acusó a la gitana y

logró la sentencia para mandarla a la horca, herido en su honor, lo increpó al orador victorioso de la causa.

—¿Acaso el arte de la oratoria es superior a la verdad? —preguntó muy ofendido el fiscal a Quintiliano.

—La verdad es hija de las buenas razones—respondió el orador sin darle mayor importancia a su opositor del caso.

—Entonces, el delito desaparece con un montón de bellas palabras— redondeó el jurista imperial mostrando su abierta disconformidad al despedirse.

Quintiliano se despachó con una advertencia desafiante y acalló al porfiado fiscal:

—Pronuncia tan sólo una palabra y hallaré motivo para mandarte a la horca.

La batalla semántica

El cacique en todo momento rechazaba las supuestas ventajas que ofrecía la vida integrada a la sociedad paraguaya, pero el ministro insistía con la posibilidad de desarrollo que brinda la luz eléctrica, la atención médica gratuita del hospital nacional, la escuela pública para todos los niños de la comunidad y muchas otras ofertas de la civilización.

El *mburuvicha* o jefe de la tribu un tanto ofuscado, se acomodó su vincha de plumas, clavó en el suelo tres veces su vara de mando y agitó su maraca solicitando atención. Sin pretender convencer al alto dignatario, dejó fluir una vez más su defensa teogónica a favor de la conservación del estilo de vida y la cultura propia:

—Por algo ustedes se llaman ciudadanos, porque viven en la ciudad. También por algo a nosotros nos llaman erróneamente salvajes, aunque debería ser selvajes, porque vivimos en la selva.

Volvió a golpear su bastón tres veces en el piso, dio un paso adelante hacia el ministro de Educación, enviado por el gobierno para disuadir a los aborígenes de Tatakua, como queriendo hacerse escuchar mejor:

—Ustedes a los niños mandan a su escuela para educar en todo, nosotros les mandamos a los nuestros a la selva para aprender de todo, la naturaleza es la única materia que el hombre debe estudiar para vivir armónicamente y sobrevivir en el tiempo sin fin.

El ministro se retiró al instante, después de escuchar al cacique repetir las mismas palabras de siempre, apenado por no poder doblegar tanta tozudez.

Sin posibilidad de que le escuche más la máxima autoridad educativa del Paraguay, el cacique siguió su alegato para rematar en una arenga, en tono jubiloso y con énfasis de haber vencido:

—Ustedes viven de la naturaleza, nosotros vivimos con la naturaleza. Somos el puente entre la tierra que siembra cuerpos y el cielo que cosecha almas.

El parco

Cuando murió, Monterroso seguía escribiendo el cuento más corto del mundo.

Febrero, 2003.

Índice

El relator 7
Laconia 15
La fobia 17
El maleficio 19
El desatino 33
La salud de Cristo 35
El día que los niños dejaron de jugar 37
Esopo y la dialéctica 47
La riña 49
El gran soñador 55
El fútbol según Palanca 57
Con el alma herida 71
Ofertas del paraíso 75
Trasnochados 81
El tren que partió un día y no volvió nunca más 85
El paseo del sabio 95
El oyente 97
El celador 111
Apología de Diógenes 113
Con tactos 123
El arte de llorar 125
El refutador 129
La horca 159
La batalla semántica 163
El parco 165

Gilberto Ramírez Santacruz es en la actualidad, quizá, el más prolífico y recio escritor del Paraguay. A pesar de ser todavía joven, posee ya una vasta obra que toma distintos géneros como la poesía, la novela y el cuento en donde se mueve, cosa rara, como pez en el agua. Y es precisamente con el cuento que nos vuelve ahora a sorprender. Y decimos nos vuelve a sorprender porque los cuentos que publica en su nuevo libro están llenos de originalidad, poesía y factura del mejor estilo, que nos recuerdan a los más grandes del género.

El Maleficio y otras maldades del mundo, de este libro estamos hablando, ya desde su título nos atrapa invitándonos a entrar en ese mundo para saber de qué maldades habla el autor. La sucesión de cuentos, uno más sorprendente que otros, escritos con pluma segura y vigorosa, en donde no falta la ironía, el humor y "lo real maravilloso", que nos recuerda a Carpentier o a García Márquez, nos lleva de la nariz porque atrapa desde las primeras líneas y no lo podemos soltar. Ahí está el oficio y la maestría de un escritor cuando no permite que dejemos el libro y no queda más remedio que seguir hasta el final y leerlo de un tirón, y después lanzar un largo suspiro mientras aún seguimos disfrutando de las historias narradas.

El libro tiene obras brevísimas, a la manera de Monterroso –homenaje al maestro, dice el autor–, verdaderas joyas, pequeñas obras maestras, y otros cuentos breves, escritos con una perfección y maestría inigualables. En total son 25 cuentos. Destacan, a nuestro juicio: "El relato" (suerte de ponencia y cuento), "El día que los niños dejaron de jugar", "Esopo y la dialéctica" "Apología de Diógenes", "El refutador" (en donde los principales personajes son Augusto Roa Bastos y Rodríguez de Francia, una feliz mezcla de ficción y realidad histórica), entre otros cuentos, que también sobresalen por su eficaz desarrollo y remate final. En cuanto a **El Maleficio**, que da título al libro, es un perfecto y acabado relato largo en donde predomina lo mágico, la poesía y la más cruda realidad. En síntesis, Gilberto Ramírez Santacruz con este libro ha llegado a la verdadera madurez. Su verbo, ahora, alcanza niveles profundos, ricos y claros al mismo tiempo.

Armando Almada Roche

ARANDURÃ
EDITORIAL

ISBN 978-99953-50-37-6